



JANA
WESTWOOD

*Los pecados
heredados II*

Contenido

[Título](#)

[Créditos](#)

[Glosario](#)

[Los pecados de los padres](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Querid@ lector](#)

[Retando al destino](#)

Los pecados heredados II

Jana Westwood

© Jana Westwood
Portada: Jana Westwood
1ªEdición:

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, bajo la sanción establecida por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización escrita de los titulares del copyright

Glosario de personajes del primer capítulo, situado en el pasado, por orden de aparición.

Andrew Cornforth/Layland: Padre de Caroline. Futuro conde de Southbourg.

Darrel Symmons: Padre de Norwell.

Amelia Wilkie: Madre de Caroline.

María Hindley: Madre de Norwell.

Norwell: Bebé en los brazos de su madre.

Meredith Coppenhall: Esposa de Andrew Cornforth. Futura condesa de Southbourg.

Condesa de Southbourg: Madre de Meredith Coppenhall.

Twyla: Criada en casa de los Cornforth. Tía de Penny (futura amiga de Caroline).

Perkins: Mayordomo de los Cornforth.

Annie: Criada en casa de los Wilkie.

Los pecados de los padres

Andrew Cornforth pensó que era la joven más dulce y atractiva que jamás había visto. Darrel Symmons sonrió perverso al pensar en lo que sentiría Meredith, la esposa de su amigo, si pudiese verlo.

—Puedo presentártela, si quieres —dijo antes de beber de su copa—. Es amiga de mi hermana.

—¿Quién es? —preguntó sin dejar de mirarla, era como si hubiese un potente imán entre ellos que no le permitía alejar sus ojos de ella.

—Se llama Amelia Wilkie y vive sola con su padre, que es pastor de la parroquia de Winpenham. —Darrel soltó la copa vacía en la bandeja que portaba uno de los criados y la cambió por otra llena—. Ven, voy a presentaros.

—No —dijo tajante.

—¿Por qué? —Su amigo lo miraba con el ceño fruncido y expresión de sorpresa—. ¿Qué tiene de malo que te la presente?

—Soy un hombre casado.

—Vaya —dijo volviendo a mirarla—, no sabía que Meredith fuese tan dominante.

Su amigo lo miró molesto.

—No es eso.

—¿Ah, no? Pues es lo que parece. Y lo cierto es que desde que te casaste con ella pareces otro. Todo el mundo lo comenta.

—¿Qué comenta todo el mundo? —Su enfado iba en aumento.

—Pues que te tiene dominado.

—Eso no es cierto —arguyó agitado—, ninguna mujer va a dominarme.

—Ya lo veo —insistió su amigo—. Pero, no te agobies, lo entiendo. Ahora eres un hombre casado, con responsabilidades. Pronto tendrás un hijo, para ti se acabó la diversión.

Andrew miraba a Amelia Wilkie con el corazón acelerado. Había algo en ella que lo atraía poderosamente.

—Por lo que dice mi hermana es una buena chica —siguió Darrel, que no había dejado de beber—. Son las que más me gustan.

Andrew conocía bien a Symmons y sabía perfectamente lo que eso significaba.

—Déjala en paz —dijo.

—Vaya, menudo caballero estás hecho. —Darrel hizo caso omiso a su severa mirada y se alejó de él para acercarse a Amelia y a su hermana, que paseaban por el salón mientras charlaban.

Andrew no se movió y observó cómo su amigo la sacaba a bailar. Después de que acabó la pieza, Darrel se acercó con ella dispuesto a presentarlos.

—Este es mi buen amigo Andrew Layland —mintió—. Andrew, te presento a Amelia Wilkie.

—Encantado, señorita Wilkie —dijo Andrew besándole la mano con evidente nerviosismo.

—Mucho gusto, señor Layland —respondió la joven con una sonrisa.

Darrel Symmons entró en su casa tratando de no hacer demasiado ruido. No quería que los criados lo viesen borracho. La fiesta había resultado mucho más aburrida de lo esperado, tan solo el hecho de que su amigo se hubiese prendado de aquella mojigata hizo que fuese soportable. Se detuvo un momento para deleitarse con lo que había hecho. Desde que Andrew y Meredith se comprometieron había tenido que mantener las formas y disimular el profundo desgarró que aquel hecho había provocado en su corazón. Siempre creyó que Meredith sería suya, jamás imaginó que escogería a su amigo. De haberlo sabido...

Fue tambaleándose hasta las escaleras y se sujetó al pasamanos esperando que dejaran de moverse de manera tan incómoda. Volvió a sonreír imaginando la cara de Meredith, la futura condesa de Southbourg, cuando descubriese que su adorado marido tenía una amante. Aunque tan solo habían hablado, pensó de pronto poniéndose serio. ¿Y si Andrew se mostraba tan incorruptible como siempre? No, se dijo, había visto su cara al mirarla, estaba claro que había caído rendido a sus pies. ¿Cómo si no se explicaba que no le hubiese desvelado su verdadera identidad?

Él se encargaría de que aquella situación siguiese por el camino

correcto, los llevaría de la mano hasta el lecho si era preciso, pero Andrew Cornforth se metería entre las piernas de Amelia Wilkie y Meredith Coppenhall pagaría con dolor el haberlo rechazado.

Subió las escaleras despacio, mientras el odio iba aposentándose en su ánimo. Ella fue la culpable de que él se casara con María Hindley. ¡Cómo la detestaba! No soportaba su pátina de pureza, su verde y vacía mirada, sus manos frías, sus pechos diminutos... Lo había tildado de cruel muchas veces, pero ¿cómo si no podía cumplir con sus deberes maritales? El único modo de que se le pusiera dura era verla sufrir, castigarla por algo que había hecho otra. En algún momento su conciencia lo examinó haciendo que dudase de su comportamiento, pero según iban pasando los años y veía la felicidad que embargaba a su amigo al gozar de aquella increíble mujer, todas sus dudas se disiparon e hizo de la crueldad un nexa marital.

Imaginar lo que sentiría Meredith si Andrew la engañaba lo excitó sobremanera y en lugar de ir directamente a su cuarto decidió hacerle una visita a su esposa para desahogarse con ella. Al entrar en la habitación la encontró amamantando a su hijo y sintió tal repugnancia que deseó arrancárselo de los brazos. María levantó la cabeza y lo desafió con la mirada.

—No sabía que ya habías vuelto —dijo con frialdad.

—¿Por qué te empeñas en hacer eso? —masculló él con la voz pastosa—. Es obsceno.

—La naturaleza es sabia, nos dio pechos para que alimentásemos a nuestras criaturas —dijo María mirando la carita feliz de su bebé mientras succionaba con fruición.

—Para eso están las amas de cría —adujo su esposo desabotonándose el chaleco.

María lo miró con una sonrisa torcida.

—¿Para qué voy a emplear una pudiendo hacerlo yo? —preguntó—. ¿A quién molesto?

—¡A mí! —exclamó él con enorme furia.

María lo observó con el cansancio que da saberse impotente.

—Hace mucho tiempo que eso dejó de importarme —dijo con frialdad—. Desde que nuestro hijo nació tengo todo lo que necesito.

—¡Me has dado un hijo deforme! —El odio que había en sus ojos habría amedrentado a cualquier otra mujer, pero no a María Hindley.

Aquel hombre le había hecho cosas que ninguna mujer debería tener

que soportar y menos de un marido, el hombre que se suponía que debía protegerla. No podía pensar en la primera noche sin que su cuerpo temblase de terror. Le causó miedo durante mucho tiempo. Hasta que nació su hijo. Desde el momento en que tuvo a Norwell en sus brazos supo que jamás permitiría que volviese a hacerle daño.

—Mi hijo es un niño sano —aseveró con fiereza—. No tiene meñiques, pero no es ese el atributo que necesitará para ser un hombre de provecho. Lo educaré para que sea un gran hombre, mucho mejor que su padre.

Darrel se acercó a ella rubicundo y le propinó una sonora bofetada. María apretó al niño contra su pecho para evitar que se le cayera y después miró a su esposo con tal violencia que Symmons dio un paso atrás.

—Escucha bien lo que te voy a decir —advirtió la mujer mordiendo cada una de las palabras y el mismísimo demonio en los ojos—. Si vuelves a ponerme la mano encima o te atreves a tocar a tu hijo, te juro por Dios que te mataré. Esperaré el tiempo que sea necesario, no tengo prisa. Y una de esas noches que vuelves borracho, como hoy, después de estar con alguna furcia de esas que tanto te gustan, entraré en tu cuarto cuando te hayas dormido, me acercaré sigilosa y te rebanaré el cuello. Me quedaré allí contigo y te desangrarás viendo en mis ojos la enorme alegría que me producirá tu angustia y sufrimiento.

Darrel lo supo, supo que sería capaz de hacerlo y sintió el frío aliento de la muerte en su nuca. Sin decir nada se dio la vuelta y salió de su cuarto dispuesto a no regresar jamás a ella. María volvió a mirar a su pequeñín, que dormía plácidamente en sus brazos, y sonrió satisfecha. Se meció con él en los brazos y su dulce voz comenzó a cantar una nana para confortarlo. No necesitaba nada más.

—Hija mía, he venido en cuanto me han avisado. —La condesa de Southbourg entró en el saloncito como una exhalación y fue directa a abrazar a su hija, que la recibió con las mejillas pálidas y expresión afligida.

—Estoy bien, mamá —aseguró cuando deshicieron el abrazo—. Ha sido una falsa alarma.

—Menos mal —susurró su madre llevándola de la mano para sentarse en uno de los sofás—. Aún falta un mes para que sea el momento. Le he

dicho a Perkins que nos traiga té y pastas, necesitas comer más, tienes una enorme barriga, pero estás más delgada.

Meredith sonrió con tristeza.

—Las cosas no van bien en mi matrimonio —dijo—. Precisamente ahora que debería ser un momento mágico...

—Cuéntame lo que te preocupa —pidió su madre poniendo una de sus manos sobre las de su hija y dándole unas palmaditas cariñosas—. Estas cosas es mejor hablarlas con tu madre, cuando estés con tu marido debes ser comedida, a los hombres les altera mucho que los molestemos con niñerías. Tan solo lleváis dos años casados y el embarazo es algo demasiado molesto para ellos.

—¿Para ellos? —inquirió su hija—. Mamá, soy yo la que tengo que cargar con esto. La que no puede dormir, la que tiene los tobillos hinchados... ¡Apenas puedo comer nada sin que me siente mal!

Su madre movió la cabeza y cogió las manos de su hija.

—Lo sé, hija. Pero no debes olvidar que es la voluntad de Dios que sea así. —Le sonrió con ternura—. Después, cuando tengas a tu criatura en los brazos, todo eso desaparecerá.

Meredith asintió, comprensiva, pero su mirada seguía mostrando preocupación.

—Pero ocurre algo más —aventuró su madre.

—Ayer discutimos —explicó al fin—. Tuvimos una discusión tremenda, mamá.

La condesa sintió que el corazón se le aceleraba.

—Hija, tienes que ser menos impulsiva.

—Andrew me deja sola demasiadas veces —se quejó Meredith—. Sale temprano y no vuelve hasta tarde...

—¿Qué estás pensando? —preguntó su madre tratando de mostrar una expresión neutra.

—Sé que va a fiestas con Darrel y sé cómo es ese hombre.

—Estuvo cortejándote durante meses.

Su hija la miró con el ceño fruncido.

—Pero yo nunca le di esperanzas, mamá.

—¿Estás segura, Meredith?

La joven apartó la mirada, incómoda. No podía mentirle a su madre, ella estuvo allí y vio cómo ocurrieron las cosas. Le gustaba ser el centro de atención y mientras Andrew no se decidía a dar el paso permitió que Darrel la

adulara alentando incluso sus coqueteos. Creía que así sería más sencillo despertar el interés del joven Cornforth. Y funcionó.

—No me gusta que salga sin mí —reconoció en un susurro—. Temo que mi negativa para...

Su madre suspiró.

—Soy tu madre, pero también soy mujer y sé lo difícil que es cumplir con tus obligaciones cuando estás en tan avanzado estado.

Meredith se ruborizó.

—Hija, los hombres tienen una imperiosa necesidad y si no la satisface su mujer, pues a veces...

—Tú también crees... —El temor era ya un invitado más a aquella celebración.

—No pretendo aumentar tu preocupación —dijo la condesa mirándola con ternura—. Mi pequeña, siempre fuiste una jovencita muy sensible. Demasiado sensible.

Meredith se sintió como una niña.

—Andrew es un hombre muy atractivo, tiene un gran porte y es muy inteligente —siguió la condesa—. Eres una mujer enormemente afortunada por tenerlo de marido y es algo que no debes olvidar, pase lo que pase.

—Y me siento muy afortunada, mamá. Amo a mi esposo con devoción. Pero ¿qué es exactamente lo que estás tratando de decirme? ¿Que mire para otro lado mientras...?

La criada llegó en ese momento con el té y la condesa soltó las manos de su hija con cierta brusquedad para advertirla de que callase.

—Gracias, Twyla —dijo tratando de que toda la atención recayera sobre su persona para evitar que se cuchicheara entre los criados—. ¿Cómo está tu madre?

—Muy mal, condesa —respondió la criada con tristeza—. Mi hermana me escribió hace dos días diciéndome que no cree que pase el invierno.

—Lo siento mucho, Twyla —dijo la condesa—, pero debes tener presencia de ánimo, la muerte de nuestros mayores es ley de vida.

La criada asintió. No es que aquello aliviase en nada su pena, pero tampoco podía contradecirla.

—¿Necesitan algo más?

—Nada, Twyla, gracias —concluyó la condesa como si aquella fuese su casa y no la de su hija.

Cuando volvieron a quedarse solas, Meredith miró a su madre

expectante. La condesa suspiró, estaba claro que debían tener aquella conversación, aunque también sabía que no podía contarle exactamente lo que sabía por temor a que la reacción de su hija afectara al embarazo.

—Cuando estamos embarazadas nuestro cuerpo sufre un evidente cambio —explicó su madre—. Un cambio que no nos hace más atractivas, precisamente. Mientras tanto ahí fuera nuestros maridos se ven sometidos a la constante presión de estímulos...

Su hija la miraba sin comprender, mientras se llevaba instintivamente la mano a su abultado vientre.

—Lo que quiero decir, hija, es que tu marido se casó con una jovencita muy hermosa, con una figura admirable y unas mejillas sonrosadas. Y ha tenido que ver cómo tu cuerpo se transformaba. —La condesa miraba a su hija a los ojos tratando de que lo que le decía entrase en su cerebro causando el menor daño posible—. Si ocurre lo que nadie desearía, debes estar preparada para afrontarlo y minimizar los daños en lo posible.

—¿Sabes algo? ¿Me estás diciendo que...? —Meredith se puso de pie, nerviosa—. No, no es posible que pretendas que tolere...

—Vas a traer un hijo al mundo. ¿Qué hay más grande que eso? ¿No merece la pena cualquier sacrificio?

Meredith sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—No hay nadie en este mundo a quien quiera más que a ti —dijo la condesa también emocionada—, y haría lo que fuese por evitarte este sufrimiento. Pero soy tu madre y tengo una responsabilidad para contigo. Debo asegurarme de que seas una excelente esposa en toda situación, no solo en los buenos momentos.

—Estoy segura de que no todos los hombres hacen eso —masculló entre lágrimas—. No puedo creer que papá...

—Tú conociste a tu padre como padre, pero no olvides que también era mi esposo —le recordó su madre volviendo a cogerle las manos y haciendo que se sentara—. Hay hombres que no pueden evitar sucumbir a los encantos de otras mujeres cuando sus esposas están encinta, es así y nada va a cambiarlo. Es cierto que no todos, pero si Andrew ha tomado ese camino debes saber comportarte, por el bien de tu hijo.

Meredith se soltó de sus manos horrorizada.

—¡No podré soportarlo! —estalló.

—Escúchame, hija. Esto no tiene nada que ver con el afecto que Andrew te tiene, es un hombre y tiene unas necesidades físicas, nada más.

Esa mujer es tan solo tu sustituta y cuando nazca vuestro hijo él regresará a ti.

La sangre abandonó el rostro de Meredith hasta dejarlo completamente blanco. Instintivamente volvió a colocar la mano en su vientre.

—Tú lo sabías...

—No... yo...

—¡Dímelo! —gritó su hija a punto de perder el control por completo.

—Escúchame bien, hija. Una esposa debe mantener el orden y la estabilidad de su hogar a toda costa, incluso en momentos como este. Y una madre debe proteger a sus hijos siempre que le sea posible. Sí, he oído hablar de esa joven, aunque no la conozco, pero no podía decirte nada porque eso tan solo te iba a provocar un dolor innecesario.

—¿Innecesario? —Meredith se había quedado sin fuerzas. Sus hombros cayeron como su ánimo y la expresión de su rostro era la de la desolación.

Su madre asintió.

—Él volverá a ti —insistió.

—¿Volverá? —susurró—. Yo lo amaba con toda mi alma...

—Si lo deseas hablaré con él —dijo la condesa con pragmatismo—. Sería mucho más fácil si todavía viviese tu padre, pero aun así si tú quieres trataré de que entienda...

Meredith negó con la cabeza y se limpió las lágrimas.

—No, mamá, no hagas nada.

—¿Estás segura?

Meredith asintió lentamente. Sentía que se había abierto una sima profunda y oscura bajo sus pies y temió que, si se movía, la oscuridad se la tragaría para siempre.

Andrew Cornforth entregó el sombrero y el abrigo a Perkins.

—¿La señora está en el saloncito? —preguntó.

—Sí, señor —respondió el mayordomo—. En diez minutos estará la cena.

—Perfecto, me tomaré un jerez mientras esperamos.

El marido de Meredith recorrió los metros que había hasta el salón y se puso la más amplia sonrisa que fue capaz de fingir antes de abrir la puerta.

—Buenas noches, querida —dijo acercándose a su esposa.

Meredith había tratado de disimular las ojeras y la rojez de sus ojos sin éxito.

—¿Estás bien? —preguntó Andrew visiblemente preocupado.

—No es nada —mintió.

Su marido se sentó a su lado en el sofá y la cogió de las manos igual que había hecho su madre aquella misma tarde.

—Querría preguntarte algo, Andrew —dijo Meredith mirándolo a los ojos.

—Pregunta lo que quieras, cariño.

—¿Todavía me amas?

Aquella pregunta enervó la espalda del hombre, que aun así mantuvo una expresión imperturbable. Comprendió que había descubierto algo, aunque estaba seguro de que no la verdad.

—Claro que te amo, Meredith —aseguró muy serio—. Sé que anoche perdí un poco los papeles y lo siento...

—No te preocupes —dijo ella sin apartar la mirada—. Pero quiero que sepas que puedes decirme lo que sea, cualquier cosa. Estoy preparada para escucharlo.

Andrew Cornforth lo pensó durante un segundo, pero enseguida comprendió que era imposible. La sociedad, su mundo no se lo permitiría. Era del todo imposible.

—No sé a qué te refieres, querida —negó muy serio.

Meredith sabía que no podía enfrentarse a ello, no directamente. Ninguna esposa haría evidente algo que la dejaría en una situación vulnerable frente a sus iguales. Algo que, además, no serviría para devolverle su sitio. Si aquello se hacía público todo el mundo hablaría de ello. Se convertiría en la comidilla en todas las reuniones a las que asistiese. Aquellas que se hacían llamar amigas la mirarían de reojo mientras cuchicheaban, compadeciéndola unas y regocijándose otras, pero todas aliviadas de no ser ellas el centro de atención. Y cuando todo acabase, cuando él volviese como había augurado su madre, todos seguirían mirándola de aquel modo. Se puso la mano en el vientre para recordarse que tenía que pensar en su hijo.

—¿Recuerdas el día que me preguntaste si me casaría contigo? — Esperó hasta que Andrew asintió—. Ese día fue el más feliz de mi vida, más incluso que el día de nuestra boda. Paseábamos por el jardín de mis padres y hacía una tarde maravillosa.

—Lo recuerdo bien —dijo él con tristeza.

Meredith sintió que las lágrimas afluían a sus ojos al mirarlo.

—No he dejado de amarte ni un solo instante desde entonces. Desde antes incluso —confesó—. Todo el mundo estaba convencido de que me casaría con Darrel Symmons, pero dejó de existir para mí en cuanto te conocí.

Andrew recordaba bien aquella época y sabía que decía la verdad. Para él también fue instantáneo, se enamoró de ella en cuanto cruzaron unas cuantas palabras porque era de esas mujeres que se muestran tal cual son desde el primer instante, sin dobleces ni fingimiento.

—Llevo a tu hijo en mis entrañas —dijo con pesadumbre—. Pensaba que yacer juntos en el lecho conyugal era la muestra suprema del amor, pero ahora sé que esto que llevo aquí es mucho más grande que ese primitivo acto. Te pido que no lo olvides y que aunque ya me hayas perdido el respeto a mí, no se lo pierdas jamás a tu hijo.

—Meredith, yo...

Ella le hizo un gesto para que se detuviese y negó con la cabeza al tiempo que se ponía de pie.

—Ya me siento madre y mi bienestar no puede pasar por delante del de mi hijo. —Lo miraba con tal intensidad que traspasó la barrera que él se había auto impuesto—. ¿Qué no haría una madre por sus hijos?

—Meredith —susurró poniéndose de pie frente a ella. Le cogió la cara entre las manos y la miró con fijeza—. Te amo, no he dejado de amarte ni un segundo.

Los ojos de su esposa se llenaron de lágrimas.

—¿Qué es el amor, Andrew? —preguntó.

Su marido trató de besarla en los labios, pero ella giró la cara. Después volvió a mirarlo y había gran determinación en sus ojos.

—Amar es escoger —dijo con seguridad.

Andrew frunció el ceño y apartó las manos de su cara.

—¿Y qué pasa si no puedes escoger? —preguntó.

Ella sintió el puñal atravesándole el pecho. Notó la fría punta clavándose en su piel, penetrando hasta lo más profundo hasta chocar con la empuñadura. Bajó la cabeza y cerró los ojos un instante, no quería ponerse a llorar, no quería derrumbarse frente a él.

—Estoy cansada —susurró—. Me voy a la cama.

Andrew hizo ademán de acompañarla, pero ella le hizo un gesto con la

mano para que la dejase sola.

Su esposo la observó mientras salía del salón. Cuando se quedó solo se dejó caer de nuevo en el sofá con la vista puesta en la chimenea encendida. Las llamas crepitaban alegres, contoneándose y moviéndose agitadas. ¿Cómo se había enterado? Había tenido mucho cuidado. Un sudor frío empapó su espalda y escondió la cabeza entre las manos. Se sentía como un canalla, pero en ese momento lo que más le aterraba era la idea de que Amelia también lo descubriese. No podría soportar la idea de causarle ese dolor, a ella no.

Se levantó y fue hasta el bar para ponerse un whisky. Vertió una generosa cantidad y dio un largo trago que lo reconfortó. Miró hacia la puerta por la que había salido su esposa y sintió que la culpa se enroscaba en su estómago. Él no quiso que aquello ocurriese, verdaderamente amaba a Meredith cuando se casó con ella. La amó casi desde el mismo día en que la conoció. ¿Se podía amar a dos mujeres a la vez? Sí, se podía, él era la prueba viviente de ello. No había dejado de amar a Meredith, ni siquiera cuando se despertó aquel profundo sentimiento por Amelia en su corazón y en su alma. Bebió otro trago y apuró el contenido del vaso dejándolo después sobre el carrito. Meredith era su esposa. Ella al menos tenía eso. Pero ¿qué tendría Amelia si todo se descubría? ¿Qué sería de ella?

—La cena está servida —anunció Perkins junto a la puerta.

La condesa bajó del carruaje sujetándose en la mano de su lacayo, que esperaba paciente a que la venerable mujer pusiese un pie en tierra.

—Espere aquí, Ingram —ordenó con firmeza y después caminó hasta la entrada de la casa.

—¡Ya voy yo, Annie! —se oyó dentro de la casa.

Cuando Amelia abrió se sorprendió al ver a la condesa de Southbourg frente a su puerta.

—Condesa... —dijo visiblemente emocionada—, es un honor tenerla en nuestra casa.

—No sé si pensará lo mismo cuando escuche lo que he venido a decirle.

Amelia se apartó para dejarla entrar y cerró la puerta antes de volverse para seguirla hasta el salón.

La joven hija del reverendo escuchó a la condesa sin emitir ningún sonido. En su cabeza el mundo se descompuso en pequeños pedazos y su

corazón se hizo añicos sin que separase siquiera las manos que había entrelazado sobre su regazo.

—Annie, por favor, déjame entrar.

—Señor Lay... Cornforth, ya le he dicho que la señorita Wilkie no está en casa —repitió la criada, que tenía los ojos rojos de tanto llorar—. Ayer estuvo aquí la condesa de Southbourg, su suegra, y le explicó quién era usted y que está casado con su hija. El reverendo llegó antes de que se marchara y tuvo que escuchar cosas horribles sobre su hija.

—Pero ¿a dónde ha ido? —Andrew estaba desesperado, estrujaba su sombrero sin compasión—. Debo encontrarla para poder explicarle...

—¿Qué va a explicarle? —inquirió la criada limpiándose las lágrimas—. Ha destrozado su vida y la de su... ¡Oh, váyase!

Annie se metió en la casa y cerró la puerta de golpe en su cara, temerosa de decir algo de lo que tuviese que arrepentirse. La criada se metió en la cocina, aunque no iba a cocinar para nadie ya que la habían dejado sola.

Después de que la condesa le contase la verdad, Amelia había hecho que Annie fuese a buscar al reverendo para que supiese lo que había hecho. Estaba dispuesta a sufrir el mayor escarnio posible por su culpa. No importaba que él la hubiese engañado porque ella sabía que no era ese su único pecado.

Cuando la condesa se marchó, le contó al reverendo que estaba embarazada y que se marcharía de su casa para siempre. No estaba dispuesta a manchar su buen nombre y su prestigio frente a todo el pueblo. Pero el reverendo no lo permitió y con lágrimas en los ojos la obligó a meter algunas cosas en una maleta y la llevó a casa de su hermana en Lottingham. Allí se quedaría hasta dar a luz y después decidirían qué hacer con la criatura.

Durante semanas Andrew llamó a la puerta de la casa una y otra vez preguntando por Amelia. Y una y otra vez Annie le pidió que se marchara y no volviese. Hasta que un día el reverendo se colocó frente a él y le dio uno de sus sabios sermones. Lo obligó a enfrentarse a lo que había hecho, sin decirle que su pecado había tenido fruto. Le hizo recordar quién era y el deber que tenía con su esposa y con los mellizos que ya habían nacido.

Amelia nunca sería para él y debía dejarla seguir con su vida. Jamás le hablaron de Caroline.

Capítulo 1

Caroline se acercó despacio, no quería asustarla. La condesa tenía la vista fija en las llamas que bailaban en los troncos de la chimenea. Se sentó junto a ella observándola, pero la mujer seguía con la mirada clavada en el fuego.

—Lady Meredith —susurró.

La condesa salió de su profundo letargo y giró la cabeza despacio para mirarla.

—Me alegra que hayas venido, Amelia —dijo con una triste sonrisa—. No creía que volvería a verte...

Caroline miró al conde, que observaba la escena con tristeza.

—No debí decirte aquellas cosas tan horribles —siguió hablando la condesa—, no debí maldecir a tu hija, que solo era un bebé inocente... como mis hijos.

—No se preocupe —la tranquilizó Caroline—, aquello ya pasó...

Meredith Cornforth sonrió.

—Estaba destrozada, no era yo la que hablaba, era mi dolor. Temí por mis hijos... por mí. Él era un fantasma, estaba al borde del abismo. Creí que lo perdería, que haría una locura...

Caroline puso una mano sobre las suyas y la condesa no la rechazó, al contrario, la cogió con cariño.

—He pensado mucho en ti. En lo sola que debías sentirte con aquella pequeña criatura y sin nadie que os protegiese...

Caroline le sonrió.

—Todo aquello pasó.

—¿Podrás perdonarme, Amelia? ¿Podrás perdonar todo lo que te hice?

Caroline había salido al jardín después de la visita a la condesa. Su padre y Norwell la observaban desde uno de los ventanales de la biblioteca.

—¿Cómo está? —preguntó el conde.

—Bien, casi todo el tiempo —respondió su marido sin dejar de mirarla.

El conde miró a su yerno con atención para averiguar qué callaba.

—¿Ya no tiene esos... ataques? —preguntó.

—De vez en cuando.

Andrew Cornforth recordó la primera vez que Caroline se puso a llorar desesperada en medio de una conversación relajada. Estaban cenando y la charla se centraba en la nueva tapicería que Meredith había elegido para los muebles de uno de sus salones. Todos vieron cómo Caroline empalidecía y se llevaba la servilleta a la boca para escupir la comida que no podía tragar. Rompió a llorar, desesperada, en un ataque de nervios aterrador. Era como si estuviese viendo al mismísimo demonio sentado frente a ella. Los intentos de Norwell por ayudarla solo aumentaban sus sollozos y su llanto se hacía más y más intenso. El conde se preguntaba cómo podía soportarlo y lo compadecía por ello en lo más hondo de su corazón.

—El viaje a España parece haberle sentado bien —apuntó su padre tratando de borrar esos recuerdos—. No es precisamente el viaje de novios que yo habría imaginado, pero según me ha dicho le ha fascinado ese país.

—Antes de volver me pidió que nos quedásemos a vivir allí. — Norwell se volvió a mirar a su suegro y su expresión demostraba a las claras que se lo había llegado a plantear.

El rostro del conde, en cambio, no era tan favorable a aquella idea.

—Ni se te ocurra —dijo.

—¿Ni se le ocurra qué? —Caroline había entrado sin que se percatasen y su marido la miró sonriente.

—Le he dicho a tu padre que te planteaste que nos quedáramos en España —confesó.

Caroline sonrió afable.

—Tranquilo —dijo poniendo una mano en su brazo—, fue un arrebató.

Dos criadas entraron en ese momento llevando sendas bandejas con todo lo necesario para tomar el té. Caroline se sentó frente a la mesita y se dispuso a servir la infusión en las tazas mientras los hombres tomaban asiento frente a ella.

—Me ha dicho la señora Surman que la condesa ha tenido algunos episodios violentos —inquirió Caroline entregándole la taza a su padre con

expresión preocupada.

—Violentos hacia ella misma —aclaró el conde—. Se cortó con un espejo que previamente había lanzado contra el suelo. No dejaba de llorar y de preguntar quién era aquella anciana. Su mente se ha trasladado a otra época pretérita y no se reconoce en la imagen que le devuelve el espejo. Hemos tenido que retirarlos todos.

—¿No reconoce a sus hijos? —preguntó Caroline después de servir a su esposo.

—Desde que sufrió el ataque, la mayoría del tiempo, no. —El conde se estremeció al revivir aquel momento.

Caroline cogió su taza y se la llevó a los labios con expresión apesadumbrada. Todo había ocurrido mientras ellos estaban de viaje y temía que su boda hubiese tenido algún peso en el terrible deterioro de la salud de la condesa.

—Siento no haber estado aquí —dijo—, hubiese podido...

—No hubieses podido hacer nada, querida. Meredith está enferma y su enfermedad no se cura de la manera tradicional. Los médicos querían ingresarla, pero me negué rotundamente. No permitiré que mi esposa vaya a uno de esos horribles lugares en los que encierran a los...

Caroline negó con la cabeza. Sentía una profunda tristeza por lo que estaban viviendo. A pesar de todo, sentía afecto por la condesa y no deseaba verla en aquel estado.

—¿Os quedaréis a cenar? —preguntó el conde, casi suplicando—. Podemos mandar aviso a Jonathan y a Meredith para que se unan a nosotros. Será como en los viejos tiempos...

—Jonathan está en Londres, no podrá venir avisándole con tan poco tiempo, y Meredith con los niños... —A Caroline le daba pena su padre, pero acababan de llegar de viaje y tenía ganas de disfrutar de su nueva vida y de la tranquilidad con su esposo.

—Tienes razón —dijo Cornforth bajando la cabeza.

—¿Por qué no lo organiza para el viernes, padre?

El conde la miró sorprendido.

—Perdóneme... —se disculpó por haberse tomado tales confianzas.

—No tienes de qué disculparte —dijo el conde mirándola con franqueza—. Soy tu padre y puedes llamarme así siempre que gustes. Lo que ocurre es que si lo haces en público eso dará lugar a que vuelvas a estar en boca de lenguas maledicentes.

Caroline asintió. Sabía que el conde tenía razón, hacer público su parentesco, aunque muchos ya lo sospechaban, no les ayudaría en nada.

—Tiene razón, no volveré a decirlo o acabaré metiendo la pata...

El conde dejó la taza en la mesita y fue a sentarse junto a ella. Hizo que soltase también su taza y la cogió de las manos sin dejar de mirarla a los ojos.

—Creo que ha llegado el momento de que hablemos tú y yo a solas, Caroline —dijo.

Norwell dejó su taza y se puso de pie.

—Iré a dar un paseo a caballo, si me lo permite, lord Cornforth.

—Adelante, adelante —autorizó el conde—, estás en tu casa, muchacho.

Cuando Norwell hubo abandonado el salón y padre e hija estuvieron a solas, el conde empezó a hablar dispuesto a revelarles sus más oscuros secretos.

—Conocí a tu madre en una recepción, nada especial, una reunión en casa de unos amigos. Mi esposa estaba embarazada y su carácter había cambiado. No digo esto para excusarme, desgraciadamente me temo que fuesen las que fuesen nuestras circunstancias habría ocurrido lo mismo. —Su mirada era muy triste, pero no trataba de conmovérsela, tan solo estaba haciendo un viaje que lo llenaba de amargura—. Mi amigo..., ya sabes quién, se empeñó en que lo acompañase y la verdad es que estaba bastante aburrido de no salir de casa más que por cuestiones de negocios, así que me dejé convencer con relativa facilidad. —Suspiró—. Amelia era una mujer normal, no tenía una belleza deslumbrante, ni un porte demasiado exquisito, pero verla fue para mí un fogonazo que destruyó cualquier resistencia antes de que se produjese siquiera. Quise que me la presentase enseguida y cuando pude hablar con ella todos los astros se alinearon. ¿Cómo te lo explico? Fue como encontrar algo que habías estado buscando de manera incansable sin saber lo que era. Amelia era una mujer inteligente, con una personalidad serena. Su dulzura al hablar me estremecía, nunca había conocido a nadie tan profundo, tan auténtico. Darrel Symmons me presentó como Andrew Layland ocultándole quién era en realidad.

Caroline apartó un instante la mirada, había pensado mucho en todo aquello, se había preguntado insistentemente cómo su madre pudo caer en los brazos del conde de Southbourg. Al saber la verdad la sintió más cerca de su corazón que nunca, pudo imaginarla como una joven inocente que se enamoró de un caballero respetable, creyendo que no hacía nada malo.

—¿Quieres que me calle? —preguntó el conde al ver su expresión.

—No, no, por favor, siga.

—Al día siguiente, después de aquella reunión, la hermana de Symmons organizó un picnic en el campo para nosotros cuatro. No invitó a nadie más a instancias de su hermano, para que no hubiese el peligro de que Amelia descubriese la verdad sobre mí. —El conde se puso muy serio al recordarlo, no le resultaba agradable revivir aquella infamia, sobre todo porque sus sentimientos hacia la madre de Caroline eran totalmente sinceros y aún perduraban—. Me enamoré profundamente de Amelia y a partir de ese momento me convertí en Andrew Layland. Era como si estando con ella fuese otra persona.

—¿Nadie lo delató?

—Tu madre volvió a Winpenham —dijo negando con la cabeza— e iniciamos una relación aparentemente normal. Nadie allí me conocía y pude actuar de un modo natural. Nunca pensé en que alguien me reconociese, era como si de verdad fuese Andrew Layland, un hombre sencillo y despreocupado. Al principio me resistí, traté de alejarme de ella varias veces, pero con ello solo conseguí aumentar mi devoción por ella.

Caroline bajó la cabeza y fijó la vista en sus manos.

—Sé lo que estás pensando —afirmó el conde—. Me comporté como un canalla, engañé a tu madre, a Meredith, al reverendo Wilkie...

Su hija levantó la cabeza sobresaltada y lord Cornforth asintió.

—Hasta ahí llegó mi soberbia e inmundicia —confesó—. Fui capaz de entrar en su casa y profanarla con mis mentiras y subterfugios. No solo robé la inocencia de tu madre, también le robé el futuro y una muerte digna para tu abuelo.

Los ojos del conde se llenaron de lágrimas.

—Cuando Amelia me descubrió...

—¿Cómo? —lo interrumpió Caroline, que buscaba desafortadamente un resquicio en su mente que la ayudase a perdonarlo—. ¿Cómo lo descubrió?

—Mi suegra, la condesa, se enteró de todo y se presentó en la casa del reverendo. Les contó a ambos toda la verdad, quién era yo, que estaba casado y que habíamos tenido a los mellizos... —El rostro del conde se endureció—. Nunca la perdoné por ello. Sé que aquel era el único final posible para nuestra historia, pero nunca la perdoné.

Caroline frunció el ceño.

—¿Que nunca la perdonó? ¿Cómo puede decir eso? Lo único que hizo la condesa fue proteger a su hija.

—Lo sé —concedió su padre—, pero Amelia era una víctima, no el verdugo, y sé que le causó un daño atroz injustamente. Y, además, me quitó la posibilidad de hacer lo correcto a mí.

—¿Lo habría hecho alguna vez?

—Quiero pensar que sí —dijo el conde apesadumbrado—. Y me habría asegurado de causarle el menor daño posible...

—Eso no habría servido de nada —aseveró Caroline negando con la cabeza—. ¿Cómo podría? No había nada que pudiese suavizarlo.

El conde aguantó estoicamente sus reproches, consciente de merecerlos.

—No pude hablar con ella —siguió—, no pude decirle que no era mentira, que mi amor era auténtico. Su padre la sacó de casa y la llevó a algún lugar lejos de allí, nunca descubrí a dónde. Yo no sabía que estaba embarazada y que por eso la había alejado de Winpenham. Supongo que fuese a donde fuese, Wilkie tenía pensado que allí te quedases tú. Pero tu madre no pudo separarse de ti, solo así se explica que volviese a la casa de su padre con una criatura y sin un marido.

—¿No volvieron a verse?

Lord Cornforth asintió.

—Yo la vi una vez. Iba camino de Roucester y al pasar por Winpenham no pude resistirme. Habían pasado diez años e imaginé que tendría su propia familia. Cabalgué hasta su casa y desde lejos la vi en el jardín cortando flores junto a una niña y un muchacho. —No pudo evitar que la melancolía se reflejase en sus ojos—. Recuerdo que sentí cierto regocijo al pensar que se había casado y que aquellos dos niños eran el fruto de ese matrimonio.

—Éramos Braden y yo —dijo Caroline pensativa.

—Imagino que sí, pero para mí los dos erais sus hijos y ella parecía feliz. No me acerqué, no quería perturbar su tranquilidad y sentía una pena tan honda que no creí que pudiese soportarlo. —Jugó durante unos segundos con los dedos de su hija, acariciándolos con ternura paternal—. Si hubiese sabido...

—Mejor así —dijo Caroline con madurez—. Ninguno de los dos podía... No importa lo mucho que se amaran, con el pecado recibieron el castigo y la penitencia.

—Hablas como tu madre —su voz estaba cargada de afecto—. Eres casi una niña y hablas como una anciana.

Durante unos segundos permanecieron callados, con la absoluta sensación de que eran tres en aquella sala.

—No sabes lo afortunada que fuiste de tenerla tanto tiempo contigo —dijo el conde—. Hubiera dado lo que fuese por estar unos años con ella. Ver aparecer sus primeras arrugas, sus primeras canas. Compartir largos paseos por el campo, charlar de cualquier cosa hasta que me doliera la garganta, cuidarla cuando estuvo enferma...

Caroline se limpió las lágrimas que descendían por sus mejillas y empezó a hablar. Durante mucho rato le contó todo lo que recordaba de su madre. Cada detalle, cada anécdota, cada gesto. El conde sintió que se le desbordaba el corazón, el amor que había guardado durante tantos años emanó como si de una fuente se tratase y lo anegó todo. Él también lloró sin disimulo y sus lágrimas se mezclaron con su risa al escuchar cómo Amelia se había disfrazado de anciana para explicarles una historia o cómo se enfadaba porque no le subía el suflé igual que a Annie.

Cuando Norwell regresó se encontró una estampa memorable, pero no dijo nada, actuó como si todo fuese normal y esperó a que su esposa se despidiese del conde para volver a casa.

—¿Estás bien? —le preguntó cuando el carruaje se puso en marcha.

Caroline asintió y agarrándose a su brazo apoyó la cabeza en él aspirando su familiar aroma. Podía entender el sentimiento que movió a su padre a hacer lo que hizo, amaba tan profundamente a Norwell que podía comprenderlo. Y también comprendía el amor que debió sentir su madre para entregarse a él. Quizá sospechó que no podrían estar juntos, quizá intuyó algo y aun así no pudo resistirse. La cuestión es que lo comprendía, era capaz de entender las debilidades humanas y de perdonarlas. Pero tenía claro que ella no era culpable de nada de todo aquello, no eran sus pecados. Su mente le decía que las cosas que hacemos por amor no deberían ser pecado. Porque el amor no hace daño. No fue el amor que sentía por su esposo el que perturbó la mente de la condesa. Al contrario, fue su odio. Ese debería ser el gran pecado. Ese y no otro.

Capítulo 2

Aquella noche estaba especialmente hermosa, pensó Norwell al verla entrar en el salón.

—¿Te apetece un jerez mientras esperamos a que nos sirvan la cena? —preguntó.

Caroline se acercó a él y le rodeó la cintura con los brazos mirándolo a los ojos con una sonrisa en los labios.

—He visto la lámpara. —Sonrió divertida.

Norwell puso cara de susto y enfado a la vez.

—¡Pero no debías! —exclamó soltándose mientras ella se reía a carcajadas.

—Eres muy malo escondiendo cosas —adujo con descaro.

—Nunca voy a poder sorprenderte con nada. —Ahora fue él quien la abrazó sin dejar de mirarla—. Eres una mujercita demasiado inteligente.

—Es preciosa y me encanta.

—Por eso la he traído desde España —confesó.

—No entiendo cómo no me di cuenta en el viaje. Pensaba que tenía todos los bultos controlados.

—Pues ya ves...

Norwell acarició su rostro con dulzura sin dejar de mirarla. Sintió una punzada en el pecho y su respiración se aceleró. Se apartó rápidamente para que ella no notase su excitación y fue hasta el carrito de las bebidas para servir el jerez. Caroline lo miraba conteniendo la respiración, no había sido lo suficientemente rápido. Cuando se acercó a ella con las dos copas en la mano Norwell vio la extrema palidez de su rostro y se maldijo en silencio.

—Toma, el jerez te reconfortará —dijo apartando la vista.

Ella asintió y bebió un sorbo rápidamente. Ninguno dijo nada durante unos segundos y Caroline se sentó en el sofá mirando hacia la puerta.

—¿De verdad no te importa que vivamos aquí? —preguntó cuando sus mejillas recuperaron el color.

Su esposo la miró y, al ver que estaba bien, se relajó. Se acercó a ella y

se sentó en la butaca en la que Amelia solía hacer sus labores de crochet.

—Ya te dije que me parecía una idea genial —le recordó—. Winpenham es un bonito pueblo y tiene unos alrededores muy inspiradores. Además, el despacho de tu padre es perfecto para mí.

—¿Te gustan los arreglos que he hecho? —preguntó ella emocionada por sus palabras—. Seguí tus indicaciones al pie de la letra.

—Es tal y como yo deseaba.

Había un velo en su mirada, algo sutil que solo ella percibía de vez en cuando en sus dulces ojos.

—Norwell, yo...

—Ya está la cena. —Kitty había aparecido de repente provocando que Caroline diese un respingo.

—Muy bien, Kitty —dijo poniéndose de pie.

Norwell la siguió hasta el comedor y se sentaron muy cerca el uno del otro tal y como les gustaba.

Contaban tan solo con dos criadas. Marelda, la cocinera, una mujer escuálida de aspecto amable que Caroline contrató después de entrevistar a otras tres. Y Kitty, la nieta de Annie, que había resultado tan eficiente y trabajadora como la vieja criada. Después de servirles el primer plato Kitty los dejó solos para que pudiesen hablar tranquilos.

—¿No vas a hablarme de tu nuevo libro? —preguntó Caroline.

—No, hasta que haya desarrollado bien la idea en mi cabeza —dijo él—. Aún estoy tomando notas.

Ella lo miró embelesada y él sonrió divertido.

—¿Por qué me miras así? —preguntó.

—Es tan maravilloso poder ser testigo de tu creación —admitió, emocionada—. Me siento privilegiada.

—Que tontería —dijo él y cogió la pequeña mano que descansaba sobre el mantel—. El afortunado soy yo.

—He visto que tenías varias cartas de Braden. —Caroline recuperó su mano para poder utilizar la cuchara—. ¿Que te ha contado?

—Pues habla de la editorial en Londres y dice que está funcionando muy bien. Pero tú debes saberlo, hace dos días recibiste carta de Olivia.

—Sí, y dice que están muy contentos con el trabajo que hace el señor Beche.

—Es un gran editor —corroboró su marido—, pero es aún mejor persona. Braden puede confiar en él. Pero, dime, ¿qué más cosas te ha

contado Olivia?

—Pues insiste en que los visitemos en Boston. No entiende que queramos vivir aquí y está convencida de que si vamos a verles acabaremos quedándonos en América. —Caroline mostró una sonrisa divertida—. Incluso hay una casa muy cerca de la suya que sería ideal para nosotros.

Norwell sonrió también.

—Lo sé. Braden dice que no para de hablar de eso.

—Es una mujer increíble —dijo Caroline con admiración—. Ayuda a Braden en la editorial...

—Sí, lo sé. Tiene un sexto sentido para descubrir talentos.

—Cuando pienso en ella siento que mi vida es un desperdicio. —Se puso seria—. Me gustaría ser útil, tener alguna ocupación...

Norwell la miró frunciendo el ceño.

—¿En qué estás pensando?

—¿Crees que yo podría hacer lo mismo que ella? —preguntó trazando figuras con la cuchara que se movía dentro de la sopa que había en su plato—. No quiero que te rías, pero me gusta leer y siempre dices que tengo un sexto sentido para interpretar... ¡No te rías!

Norwell trataba de contenerse, pero le resultó imposible.

—¡Claro que podrías! —afirmó rotundo—. Por supuesto que sí y hablaré con Tilford sobre ello mañana mismo.

La ilusión en el rostro de Caroline fue tan evidente que Norwell estuvo tentado de coger su caballo y salir galopando hacia Londres en ese instante.

—Hace tiempo que lo vengo pensando, pero no me atrevía a decírtelo por si pensabas que era una tonta.

—¿Tonta? Me parece una idea genial, Caroline. Y estoy seguro de que lo harás muy bien.

Su esposa lo miraba con expresión curiosa.

—¿Cuánto piensas esperar para contármelo? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

—A lo que te han propuesto.

—Ah, eso...

—¿Ah, eso? —dijo ella soltando una carcajada—. ¿Te crees que no sé que llevas todo el día deseando contármelo?

Norwell sonrió abiertamente.

—¿Tanto se me nota?

—Eres un libro abierto.

Su marido la miró con ternura y cierta timidez infantil.

—Entre las cartas que hemos recibido mientras estuvimos de viaje también tengo una de Gideon Woods, el director del Boston Examiner. En ella me ofrece la posibilidad de escribir en su periódico.

—¿Escribir qué? ¿Una novela por entregas?

Norwell negó con la cabeza sin esconder su sonrisa.

—No, quiere un trabajo periodístico literario.

—¿Crítica de obras?

Norwell volvió a negar.

—Quiere que hable de otras obras, pero desde la visión de un escritor. No será una crítica, será una opinión y en ella trataré de reflejar un punto de vista que revele e incida los pequeños detalles. Quiere algo directo y agudo, pero con la suficiente literatura para atraer a un lector interesado y exigente. No sé si sería capaz de darle lo que pide, pero...

Caroline se puso de pie y lo abrazó emocionada.

—¡Claro que serás capaz! Estoy segura de que harás un excelente trabajo.

Cuando escuchó los pasos de Kitty, que se acercaba con el segundo plato, volvió rápidamente a su sitio, con las mejillas arreboladas y la mirada intensa de su marido clavada en ella.

—Cuidado con las patatas, que acaban de salir del horno —advirtió la criada antes de salir del comedor.

Caroline lo miraba esperando que le contase todos los detalles.

—No puedo aceptar. Sería una sección semanal y es inviable hacerlo desde aquí —explicó—. El señor Woods insiste en su carta en que deberíamos trasladarnos a Boston. Me ha vendido las enormes ventajas de vivir en la ciudad de Donald Wharton y de lo mucho que eso beneficiaría a mi carrera literaria. Parecen haberse puesto de acuerdo todos para tratar de convencernos.

Caroline asintió con tristeza.

—No me extrañaría que Olivia y Braden hayan tenido algo que ver en esto.

—Pero nuestra vida está aquí —dijo su esposo—. No puedo separarte de tus hermanos ni de tu padre.

Caroline lo miró con atención. Por sus palabras se hacía evidente que si no se planteaba la posibilidad de marcharse era única y exclusivamente por ella, ya que él no tenía a nadie allí. Eso, lejos de reconfortarla, la hizo sentirse

culpable.

—¿Tú querrías? —preguntó.

Norwell la miró sorprendido.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Lo has dicho como si no hubiese aquí nada que te atase.

—Y así es —dijo Norwell con sinceridad—. Lo único que me importa en este mundo eres tú. Allí donde tú estés estará mi hogar.

Caroline sintió una de aquellas oleadas de intenso amor que la sacudían de pronto. Nunca era por nada extravagante, tan solo hacía falta un gesto, una simple palabra y de repente todo su mundo se reducía a aquellos ojos verdes que la miraban con ternura y que le decían que su dueño haría cualquier cosa por ella.

—¿Y ya has enviado una respuesta?

—En la carta me propone que escriba un artículo de prueba y lo envíe. Una especie de prueba, pero no sé si merece la pena teniendo tan claro que diré que no.

—Debes hacerlo —dijo ella—. Quizá se piensen lo de que lo hagas desde aquí.

Norwell la miró con una sonrisa, pero su expresión mostraba claramente que no creía que eso ocurriese.

—Dijiste que tratarías de recuperar las tierras de tu madre —le recordó Caroline—. Y eso no podrías hacerlo estando tan lejos...

—Cierto. Mañana voy a ver a los Wyeth y a los Fielden —asintió Norwell—. Aún no tengo el dinero, pero si todo sigue como parece espero que eso cambie algún día.

—¿Y eso no es suficiente para que desees quedarte?

—No lo sé —confesó con sinceridad.

Ahora fue ella la que colocó su mano en la mano masculina que descansaba sobre el mantel.

Caroline apoyó la cabeza en su pecho y Norwell la rodeó con sus brazos, como todas las noches. Al principio, después de la boda, se limitaban a dormir en la misma cama procurando que sus cuerpos ni siquiera se rozasen. En aquella época las noches solían ser desoladoras para ambos. Caroline apenas dormía y si lo hacía se despertaba en plena noche gritando

aterrada. Norwell le repetía día tras día que mantendría su promesa y poco a poco ella aprendió a confiar en él, no solo cuando era consciente de quién era y dónde estaba, también cuando se perdía en aquel lugar siniestro de su mente.

Norwell siempre era cariñoso y dulce con ella, y había conseguido que sus castas caricias no fuesen rechazadas de manera brusca. Ya podía abrazarla sin sobresaltos y tocar su cuello con los dedos sin que se le acelerara la respiración hasta hacerla tambalearse. Dormían en la misma cama con un ligero camisón y sin miedo a que sus manos rozasen por casualidad algún lugar delicado. Caroline iba ganando en confianza lo que Norwell perdía en resistencia y poco a poco el muro que habían levantado entre sus cuerpos se fue haciendo cada vez más débil.

—Quiero besarte —susurró él mirándola con ternura.

Caroline se movió para llegar hasta su boca. Norwell fue cambiando de posición hasta que ella tuvo la cabeza apoyada en la almohada y era él quien presionaba sus labios. Sus lenguas se enredaron en una danza acelerada, aquella era la máxima intimidad que habían logrado compartir. Hasta entonces, porque Norwell sintió de repente cómo el cuerpo de su esposa se arqueaba y su garganta emitía suaves gemidos. Su sangre se puso en ebullición al sentir la respuesta femenina y sus manos se aventuraron a explorar, bajo el camisón, la suave piel tan deseada.

Lejos de rechazarlo, Caroline dejó que la acariciase, su mente no podía pensar más que en aquella boca contra la suya y el enorme deleite de sentir el contacto de su mano acariciando su vientre, subiendo hasta sus pechos... Y entonces ocurrió, como un fogonazo deslumbrante que la obligó a abrir los ojos. El rostro de Norwell se había transformado en otro más maduro y su pasión y ternura era ahora lujuria y perversión. Sintió la mano que apretaba uno de sus pechos como si fuese una garra que se clavaba en su carne y la náusea le provocó arcadas. Se apartó de él con brusquedad y se incorporó de un saltó tapándose la boca intentando evitar el vómito.

Norwell estaba de rodillas en medio de la cama, con el corazón acelerado y la sangre bombeando masivamente hacia sus genitales. En un gesto instintivo de protección se apresuró a ir hacia ella para ayudarla, pero su esposa lo miró con los ojos llenos de lágrimas y su expresión lo hizo detenerse en seco. Con una mirada suplicante y culpable, corrió hacia el baño y vomitó.

Después de eso Caroline pasó varias noches acurrucada en el borde de

la cama, sin permitir que la rozase siquiera. Fue como volver a empezar. Pero Norwell estaba dispuesto a tener toda la paciencia del mundo, superando la angustia de saber que era su padre quien le había hecho eso. Pasaron los días y su comprensión y ternura la ayudaron a volver a él. La distancia entre ellos se fue acortando bajo las sábanas y volvió a dormir apoyada en su pecho.

Caroline no comprendía el enorme sacrificio que Norwell hacía, creía que lo sabía, pero su limitado conocimiento de la naturaleza masculina no le permitía tener más que una ligera idea. Su esposo la deseaba tanto que le dolía hasta el alma. Sentirla entre sus brazos, verla dormir junto a él y no poder acariciar su cuerpo lo estaba matando. Dos meses después de regresar de su viaje, cuando el sueño de Caroline se hizo más sereno y era capaz de dormir toda la noche sin pesadillas, Norwell empezó a tener problemas para dormir. Se levantaba en plena noche y se metía en su despacho a escribir de manera febril, casi en trance. Pero aquello que escribía no podría mostrárselo a nadie. Era demasiado íntimo, parecían los delirios de un loco, por eso los escondía en un cajón bajo llave, temiendo que si alguna vez su esposa descubría lo que había escrito huiría de él aterrorizada.

Capítulo 3

—¿Cómo va todo? —preguntó Meredith a su hermana mirando a su cuñado con disimulo.

—Muy bien —mintió Caroline—. Es un hombre maravilloso.

Meredith la cogió del brazo y la llevó hasta un sofá situado en el lado opuesto a donde estaban los dos caballeros charlando. Cuando estuvieron sentadas miró a su hermana a los ojos.

—¿Cómo va... todo? —volvió a preguntar en voz muy baja.

Caroline frunció el ceño sin comprender al principio, hasta que vio en los ojos de su hermana a qué se refería.

—Pues... eso... no...

—Lleváis meses casados, no es posible que aún no...

Caroline bajó la mirada y la fijó, incómoda, en sus manos.

—No quiero hablar de eso —susurró—. No aquí.

Meredith comprendió que la situación no era muy cómoda.

—Ven, hermana —dijo elevando la voz. Se puso de pie y la obligó a seguirla—. Quiero enseñarte el nuevo ajuar que he comprado para la pequeña Vernette.

Las dos mujeres se acercaron a los caballeros.

—Voy a enseñarle a Caroline lo que he comprado para nuestra hija —dijo mirando a su esposo—. ¿Podréis estar un rato sin nuestra compañía?

—Claro, querida —aceptó Alston—, tomaos el tiempo que necesitéis.

Las dos mujeres salieron del salón y Meredith arrastró a su hermana hasta su dormitorio, consciente de que en aquellos momentos era el lugar más resguardado de la casa. La llevó hasta las dos butacas situadas bajo la ventana y cuando estuvieron sentadas la miró expectante.

—Explícamelo todo —pidió.

Caroline se puso completamente roja y se sentía tan avergonzada que no pudo emitir palabra.

—Si te pones así es que aún no habéis consumado el matrimonio. Ninguna mujer que ha yacido con su esposo durante dos meses se ruboriza

por hablar de este tema con su hermana —aseguró rotunda.

—Meredith, no quiero hablar de esto —suplicó con poca firmeza.

Su hermana respiró hondo por la nariz y después de pensarlo durante unos segundos acercó la silla para poder cogerle las manos antes de hablar.

—Caroline, lo que te pasó fue horrible, lo sé. Ese hombre te agredió de un modo brutal y...

—Por favor —susurró con rabia al notar que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Meredith volvió a pensar en ello.

—Escucha —empezó de nuevo—. ¿Amas a Norwell?

Caroline asintió y una lágrima resbaló desde el borde de su ojo.

—Bien, eso creía yo. ¿Y has pensado en lo que todo esto le está haciendo a él?

—Claro que lo he pensado, lo pienso todos los días. No quiero que creas que soy una estúpida insensible —dijo soltándose con brusquedad—. He intentado superarlo de un millón de formas: pensando en ello, no pensando en ello, intentando decirme que no fue tan horrible, pensando que no ocurrió... Nada funciona. Cuando llegamos a un punto de intimidad, a un momento concreto, todo estalla por los aires. Es como si mi cuerpo no me obedeciese, me entran sudores fríos y el estómago empieza a saltar dentro de mí. Tengo que ver su expresión desolada, cómo se hace pedazos frente a mí. Es horrible.

Meredith asintió.

—Lo comprendo, es algo físico que no puedes controlar. Pero algo habrá que hacer, Norwell es tu marido. No podéis seguir así para siempre, como dos amigos que comparten una casa. Ningún hombre puede aguantar eso sin que algo se le pudra dentro.

—¡Lo sé! —exclamó Caroline limpiándose las lágrimas con rabia—. Se levanta por las noches y se mete en su despacho hasta que amanece. Sé que lo hace porque no puede dormir a mi lado sin... ¡Lo he intentado, Meredith! ¡Juro que lo he intentado!

Su hermana la observó pensativa.

—Pero ¿te gusta? —preguntó—. ¿Te gusta que te acaricie? ¿Que te bese?

Caroline asintió.

—Me gusta mucho —confesó—, y siento que mi cuerpo se enerva cuando lo hace, el corazón se me acelera y deseo abrazarlo tan fuerte que no

pueda separase de mí.

Su hermana sonrió y volvió a cogerle las manos.

—Habla conmigo, Caroline —la conminó su hermana—. Necesitas hablar de lo que sientes y sé que con Norwell será más difícil.

—No puedo hablar de ello, Meredith.

Su hermana movió la cabeza con tristeza

—Tendrás que decidir si quieres permitir que lo que te hizo Darrel Symmons sea el pilar sobre el que se sustente tu vida y la de Norwell.

Nadie de su familia mencionaba a aquel desalmado delante de ella y sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

—No vuelvas a nombrarlo —exigió.

—¿Por qué? —inquirió su hermana aparentando indiferencia—. Te has empeñado en convertirlo en un conjuro, como si pronunciar su nombre pudiese invocarlo. Eso es lo que debes afrontar, Caroline. Tan solo es un hombre y ya nunca más podrá hacerte daño. Ni él ni ningún otro. Norwell no lo permitirá.

—El pequeño Darcie cuidará de ella como Jonathan cuidaba de mí —dijo Meredith mirando a su marido, que estaba sentado en la cabecera de la mesa.

—Estoy seguro —corroboró Alston sonriendo, mientras miraba a Norwell con complicidad paternal—. Y del vuestro, cuando lo tengáis, Darcie es un niño muy protector.

—¿Qué te pareció el artículo de Norwell? —preguntó Caroline para cambiar de tema.

—Muy bueno, la verdad. «Vivian Gray, retrato de un hombre político» —enunció Alston—. ¿He sido el primero en leerlo?

—El segundo. —Señaló a su esposa—. Después de ella.

—He de decir que la novela de Benjamin Disraeli me resultó muy interesante —apuntó Caroline—. Aunque no percibí algunas de las sutilezas que desgrana Norwell en su artículo, estoy totalmente de acuerdo en que Vivian Gray es el alter ego de Disraeli.

Meredith miraba a su hermana sin dar crédito.

—Es muy probable —dijo Alston asintiendo—, el papel de Sara Austen así lo indica. En mi opinión no hay duda.

—Nunca dejarás de sorprenderme, querida —dijo Meredith, al fin—.

Yo intenté leer ese libro tan aburrido y no pasé del segundo capítulo. Y mírate tú, no solo lo leíste sino que te gustó.

Los otros se rieron ante la expresión de sorpresa con la que miraba a su hermana.

—Leo todo lo que escribe Norwell. —Caroline miraba a su hermana con cariño—. Y soy su mayor admiradora. Si escribe sobre algo debo conocer de lo que habla para poder hacerle justicia.

Los esposos se miraron con cariño.

—¿Y habéis decidido ya si cambiaréis Winpenham por Boston?

—Winpenham es un pueblo agradable y tranquilo —dijo Norwell sonriendo divertido—. Hay muchos lugares para pasear y es ideal para escribir.

—No te burles —dijo Caroline con falso enfado.

—No me burlo —respondió con expresión inocente—, soy totalmente sincero.

—Aquella pequeña casa es un gran cambio en relación a la mansión de tu madre —dijo Alston—. ¿Has pensado ya qué vas a hacer con ella? Es desolador pasar por allí y ver el estado ruinoso en el que quedó tras el incendio.

—No voy a hacer nada —dijo Norwell poniéndose serio—. Se quedará así.

Su cuñado lo miró extrañado.

—¿Así? Pero eso es un agravio para tus antiguos vecinos. Si es una cuestión de dinero sabes que puedes contar con mi ayuda. Podrías derruirla por completo a la espera de levantar otra más adelante, cuando las cosas os vayan mejor.

Norwell dejó el tenedor sobre el plato y miró a Alston.

—No quiero derruirla, quiero que se quede como está. Los vecinos están a suficiente distancia como para que puedan soportarlo y cuando pase el tiempo se acostumbrarán.

Caroline, que estaba sentada a su lado, cogió su mano sobre la mesa y la apretó con suavidad para darle calor y Alston por fin captó la severa mirada de su esposa.

—Contadnos más cosas sobre España y sus pintorescas gentes —pidió Meredith—. ¿De verdad las mujeres son tan poco comedidas como dicen?

Norwell terminó de desvestirse y se puso la camisa de dormir antes de meterse en la cama. Caroline miraba hacia la ventana mientras lo esperaba. El hombre se metió entre las sábanas y colocó un brazo bajo la cabeza, pensativo. Caroline se colocó boca abajo, apoyándose en los antebrazos para poder mirarlo a los ojos con comodidad.

—¿En qué piensas?

—En nada —mintió.

Caroline observó la habitación en la que su hermana los había instalado. Sabía que era una de las mejores de la casa. No podían volver a Winpenham después de la cena, era demasiado tarde y no tenía sentido.

—Norwell... —susurró.

Él la miró, saliendo de su abstracción, y ella pudo ver en sus ojos la oscuridad de la que emergía. El hombre le sonrió con tristeza y acarició su rostro con suavidad. Ella se abrazó a él apoyando la cabeza en su pecho y cerró los ojos aspirando el olor de su cuerpo.

—¿Crees que debería derruirla? —preguntó—. La casa de mi madre.

—No tienes que hacer nada que no quieras —respondió ella.

Norwell siguió con sus pensamientos y poco después notó cómo el cuerpo de Caroline se relajaba y su respiración se iba haciendo más pausada. Sentirla entre sus brazos, tranquila y segura, le provocaba emociones contradictorias. Por un lado le reconfortaba saber que ahora podía protegerla, pero era inevitable que acabase volviendo a repetirse en su cabeza una escena que había recreado hasta el más mínimo detalle como si la hubiese presenciado. Una escena de ultraje y dolor que le corroía el alma y le emponzoñaba el corazón. No podría librarse de aquella angustia, de aquel sentimiento de culpa. Sentía cómo su cuerpo se enervaba, cómo la temperatura de su cerebro subía amenazando con explotar dentro del cráneo.

Había algo oscuro en sus pensamientos, algo salvaje y primitivo que lo aterraba. Deseaba a su mujer, la deseaba tanto que era un esfuerzo titánico soportar aquel deseo. Sabía que jamás le haría daño, antes se clavaría un puñal en el pecho que causarle el más mínimo dolor. Sin embargo, cuando se dormía, sus sueños le hablaban de otro ser que habitaba en su interior, agazapado como una bestia salvaje preparada para atacar a su presa. En ese sueño repetitivo, él estaba en la casa de su madre mirándose en el espejo que hizo añicos antes del incendio y, al mirar hacia abajo, veía a Caroline bajo su cuerpo, llorando y suplicando que no lo hiciese mientras él la penetraba sin

compasión.

Con aquellos pensamientos en su cabeza le resultaba imposible sentirla cerca y con sumo cuidado resbaló debajo de ella y se levantó de la cama. Cogió la bata que había dejado sobre la butaca y salió de la habitación procurando no hacer ruido. Recorrió el silencioso pasillo hasta las escaleras. Se encerraría en la biblioteca, se tomaría un whisky y leería un rato hasta que el sueño lo venciera. Con un poco de suerte el sofá de sus cuñados sería tan cómodo como parecía.

La chimenea estaba encendida y la tenue luz del candelabro sobre la mesilla bañaba el suave perfil de Meredith. La hermana de Caroline levantó la cabeza del libro que leía al escucharlo entrar.

—No esperaba... No quería molestar. —Norwell se quedó parado junto a la puerta dispuesto a darse la vuelta a una palabra de su cuñada.

—Pasa Norwell, te estaba esperando —dijo con una dulce sonrisa—. Ven, el té aún está caliente.

El hombre recorrió la distancia que lo separaba de ella y se acercó al fuego a calentarse las manos.

—Hace frío —dijo algo incómodo.

—Enseguida entrarás en calor —le aseguró ella al tiempo que señalaba una butaca para que se sentara—. Te preguntarás qué hago aquí esperándote. No hay modo de que podamos hablar durante el día sin que mi hermana se percate de ello y sé que tienes dificultades para dormir. Así que te he tendido una emboscada.

Norwell no apartó la mirada de sus ojos, sabía que Meredith quería muchísimo a Caroline y cualquier cosa que quisiera decirle, él la escucharía con atención e interés.

—Soy la persona más cercana que tiene, la única con la que puede hablar de... según qué temas. —No estaba demasiado cómoda hablando de ello, pero se había prometido hacerlo y nunca faltaba a las promesas que se hacía—. Mi madre ha perdido la cabeza por dejar que el sufrimiento se enquistara en su ánimo durante años. No puedo quedarme de brazos cruzados viendo que mi hermana está haciendo lo mismo. Debemos ayudarla, Norwell.

—Es lo que más deseo en el mundo —dijo él con expresión sincera—. Estoy haciendo todo...

—Lo sé, lo sé —lo interrumpió al tiempo que bajaba los pies al suelo y dejaba el libro junto a ella—. Haces todo lo que puedes, pero me temo que no será suficiente para el problema que nos ocupa. Me he informado y quiero

hablarte del doctor Jacobs, un psiquiatra de Boston que se ha hecho famoso por el alto grado de éxito de sus tratamientos.

Norwell frunció el ceño.

—¿Crees que tu hermana necesita un psiquiatra?

—Creo que debemos hacer lo que sea necesario para ayudarla a superar el trauma. Podrías hablar con Braden, pedirle que se informe bien, que vaya a verlo y le comente la situación sin darle nombres... de momento.

Norwell fruncía el ceño, pero era evidente que aquella idea no le parecía del todo descabellada.

—¿Crees que podría ayudarnos? —preguntó tratando de no emocionarse demasiado.

—Creo que no perdemos nada por intentarlo.

—Hablaré con Braden, pero... —Norwell la miró un instante en silencio.

—No la estás traicionando —dijo Meredith sonriendo.

—No la obligaré a hacer nada —constató.

—No te perdonaría que lo hicieras —aclaró su cuñada—. Pero por ahora no podemos decirle nada, primero debemos saber si hay algo que decir.

—No voy a mentirle. —La firmeza en su rostro era inamovible—. Jamás tramaré ningún engaño contra ella, ni siquiera por su bien.

—Así debe ser —dijo Meredith muy seria—. Y debes dejar de beber, no olvides que el alcohol no es la solución a nada.

Norwell empalideció sintiendo que tiraban de sus entrañas.

—No eres como él —aclaró Meredith sabiendo lo que estaba pensando—, pero el alcohol saca lo peor de los hombres. No busques consuelo en la botella, no acabará bien y no te perdonaremos que le falles.

El hombre la miraba con una mirada furibunda, pero ella sabía que aquella furia no era contra ella. Estaba diciendo en voz alta algo que él ya sabía y eso le hacía daño, pero debía hacerlo porque si seguía por aquel camino podría llegar a un punto de no retorno. Y no iba a permitírselo.

Norwell bajó la mirada con un gran peso en su corazón y en su ánimo. Meredith no imaginaba sus miedos, el terror que lo atenazaba al pensar que algún día pudiese ser como ese monstruo. No podía saber que sentía cómo la oscuridad que había contemplado desde niño en su progenitor había empezado a rodearlo.

—Conseguiremos ayudarla, hermano —lo dijo con todo el cariño que fue capaz de poner en su voz tratando de que supiese que no estaba solo.

Capítulo 4

«Querido Norwell,

Tal y como convinimos, he investigado al doctor Samuel Jacobs. Es un joven psiquiatra que tiene revolucionada a la alta sociedad de Boston. Al parecer todo el mundo quiere ser tratado por él en un campo que hasta ahora no provocaba más que rechazo. Eso, lejos de animarme, me hizo pensar que se trataba de un entretenimiento de las clases acomodadas, que se aburren y buscan nuevos actores para sus fiestas. Pensé que se trataba de un charlatán con más o menos talento para la escena, que les decía lo que querían oír haciéndoles sentirse importantes.

Debo reconocer que mis apreciaciones estaban muy lejos de la realidad. Después de mis indagaciones con algunos de sus pacientes, me decidí a abordarlo directamente en su consulta. Es un hombre culto e inteligente, ha estudiado la mente humana en profundidad y tiene vocación de ayudar a los demás en un tema de lo más delicado. Tal fue la confianza que me brindó que le hablé de Caroline, sin dar detalles sobre su persona pero mencionando el trauma que sufre. Se mostró realmente interesado por ella y me aseguró que es un caso perfectamente recuperable si se trata. Después de varias charlas me atreví a decirle que se trataba de una amiga de Inglaterra y le pregunté si estaría dispuesto a visitarla. Me dijo que sí, pero me puso una condición. Esta condición es para él totalmente inexcusable y del todo imprescindible, hasta tal punto que no se prestará a ello de ningún otro modo. Si quieres traerla para iniciar un tratamiento deberás explicarle la verdad sin tapujos. Según Jacobs el tratamiento no funciona si paciente y médico no tienen confianza mutua y absoluta.

Habla con ella y convéncela. De verdad creo que el doctor Jacobs puede ayudarla.

Tu amigo,
Braden Locksley»

Caroline levantó la cabeza del papel y miró a su marido con las

mejillas tan rojas que parecían quemadas por el sol.

—¿Cómo has podido...? —Se puso de pie sintiendo que le faltaba el aire.

—Escúchame, Caroline...

Ella caminó hacia la puerta dispuesta a salir de aquella habitación, no podía ni mirarlo a la cara. Norwell la cogió del brazo y le impidió hacerlo.

—No puedes irte sin que lo hablemos. Te he dejado leer la carta...

Caroline lo miró furiosa.

—¿Que me has dejado leer la carta? ¿Y eso tiene que alegrarme? ¿Cómo has podido traicionar así mi confianza? ¿Qué le has contado a Braden? ¿Le has hablado de nosotros?

—No le he contado nada.

Kitty entró en el salón preocupada por los gritos.

—¿Necesitan algo? —preguntó.

—Kitty, déjanos solos —ordenó Norwell mirándola con severidad—. Ve a la cocina y cierra las puertas.

La joven criada se marchó sin hacer objeciones y, obediente, cerró la puerta del salón.

—Suéltame, quiero irme. —Caroline tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Mírame —dijo autoritario, haciendo caso omiso de su súplica—. ¡Mírame!

Caroline sintió un escalofrío que recorría su espalda y la sangre abandonó su rostro. Lo miró asustada.

—No quiero gritarte —susurró atormentado—, tan solo quiero que me des la oportunidad de explicarme.

La soltó, no soportaba ver aquella expresión de temor en sus ojos dirigida hacia él. Tiró de su pelo hacia atrás buscando la calma que había perdido.

—Te he demostrado lo mucho que te quiero —empezó a hablar con mucha tristeza—. Jamás haría nada que te hiciese daño. He renunciado a... No sabes lo mucho que... ¡Dios! ¡No me mires así!

Se apartó de ella aguijoneado por un sentimiento de impotencia, de ansiedad insoportable.

—¡No sé qué hacer! —se dejó caer en el sofá y escondió la cara entre las manos.

Caroline lo observó y fue consciente de los sollozos que sacudían su cuerpo antes de escuchar su angustia. Corrió hasta él y se arrodilló para

abrazarlo.

—Tan solo quiero ayudarte —gimió Norwell entre dientes. Levantó la cabeza y la miró con aquellos ojos verdes llenos de lágrimas—. Me destroza el alma no poder tocarte, sentir cómo te invade la náusea ante la sola idea de que pueda poseerte. Me siento morir cada noche teniéndote en mis brazos sin poder mover ni un dedo para acariciarte. Me está destrozando...

—¿Ya te has cansado de esperar? —dijo ella con tristeza.

Él cogió su cara entre las manos.

—¡No! Por mí esperaría toda la vida si fuese necesario, pero te veo marchitarte delante de mis ojos y no puedo soportarlo. Veo cómo te doblas por el dolor cuando crees que no te veo y sé que estás recordando lo que te... ¡Dios! ¡Querría matarlo! —exclamó lleno de odio.

—No hables así —pidió con tristeza.

Norwell negó con la cabeza y lágrimas de rabia cayeron de sus ojos.

—No puedo soportar verte sufrir. —Mordía cada palabra con la furia latiendo en su mirada—. Querría matarlo con mis propias manos. Algunas noches, cuando tomo demasiado whisky, imagino que lo tengo delante y no imaginas las cosas que le hago en mi cabeza, las múltiples formas de hacer daño que se me ocurren... ¿En qué me estoy convirtiendo, Caroline?

Ella lo abrazó con fuerza, no quería oírlo hablar de ese modo. Sabía que estaba sufriendo, pero no imaginaba hasta qué punto aquello lo estaba destruyendo.

—Abrázame —suplicó—, abrázame fuerte, Norwell.

Él obedeció y enterró la boca en sus cabellos emitiendo un gemido contenido que debería haber sido un grito ensordecedor.

—Si crees que estoy loca, iremos a ver a ese médico.

Norwell se apartó de golpe para mirarla a los ojos y acarició su mejilla con una sonrisa.

—Si tú estás loca, no hay nadie cuerdo en este mundo —dijo de manera muy convincente.

Caroline sonrió también.

—¿Entonces no piensas que he perdido la cordura?

—¡Dios, cómo te amo! —susurró él con aquella intensa mirada que hacía que todo el universo de Caroline se tiñese de verde.

—Siempre he querido ir a América —confesó con timidez—. Me da un poco de miedo el largo viaje en barco, pero será toda una aventura.

Norwell la besó en los labios con ternura. Fue ella la que tornó aquella

caricia en un apasionado gesto.

—¿A Boston? —El conde no disimulaba su disgusto—. ¿Es que no hay buenos médicos en Londres?

Meredith miraba a su hermana con expresión afligida, pero no dijo nada.

—A mí me parece bien —intervino Jonathan.

Caroline lo miró con sorpresa.

—¿Te parece bien?

Su hermano sonrió abiertamente y asintió convencido.

—¿Has hablado con Norwell? —preguntó Meredith.

—Claro que he hablado con Norwell —confesó el interpelado—. ¿Con quién quieres que hable si no es conmigo? No tiene familia y no es que le sobren los amigos gracias a su padre.

—¿Y qué te ha dicho para convencerte? —preguntó Caroline intrigada.

—No ha hecho falta que hiciese ningún esfuerzo para convencerme. Sé que cualquier cosa que piense será por tu bien. Lo único que mueve a ese hombre es tu bienestar. Me lo explicó y después de meditarlo un rato comprendí que no pasaba nada por intentarlo.

Caroline no daba crédito. Había pensado en un montón de motivos con los que argumentar su decisión y Jonathan estaba allí delante, con aquella sonrisa diáfana y una mirada convencida, convirtiéndose en su mejor argumento.

—Yo sigo reacio —insistió el conde.

Su hijo se acercó a él y puso una mano en su hombro.

—¿Ha visto a madre esta mañana? —preguntó Jonathan—. He estado con ella y no sabe ni quién soy. A veces me reconoce, pero la mayor parte del tiempo, no. Me ha hablado de su madre; durante una hora ha estado hablando de la abuela como si acabase de visitarla. Cada vez está más alejada de la realidad. Cada vez se pierde más en el pasado.

—Caroline no es tu madre —masculló el conde.

—No, no lo es, pero está claro que los traumas se enquistan en nuestro cerebro y, si los dejamos, tarde o temprano toman el control de nuestras vidas.

—¿Tú qué opinas, Meredith? —El conde buscaba una aliada.

Su hija miró a Caroline durante unos segundos antes de responder.

—Estoy de acuerdo con Jonathan —dijo al fin—. Cualquier cosa que decida Norwell será bueno para ella.

—Reconozco que al principio me asustó la idea de ponerme en manos de un psiquiatra, —confesó Caroline—, pero eso era porque no quería reconocer que tengo un problema y que no se resolverá solo.

—Pero Boston está muy lejos —se quejó lord Cornforth—. ¿Cuánto tiempo os quedaréis?

—El tiempo que dure el tratamiento —dijo Caroline.

Su padre seguía con aquella expresión de preocupación y su hija lo miró entrecerrando los ojos tratando de averiguar qué le ocultaba.

—¿Qué le preocupa realmente? —preguntó al fin.

Andrew Cornforth se acercó a la ventana de su despacho y miró hacia el jardín. La enfermera paseaba a la condesa sentada en su silla de ruedas, la misma en la que Caroline lo paseaba a él cuando estuvo enfermo. El conde se volvió a mirar a su hija.

—Él está allí. —No hacía falta que mencionase su nombre para que ella supiese a quién se refería.

La expresión de Caroline se crispó y Meredith se levantó como si alguien hubiese tirado de ella.

—¿No está en Filadelfia? —preguntó.

El conde se volvió a mirar a sus hijos y asintió.

—Entonces no hay nada que temer —aseveró su hija.

—¿Estás segura de que es una buena idea? —siguió el conde mientras miraba a Caroline con evidentes deseos de que lo convenciese—. ¿Qué sabes de ese médico? ¿Por qué es tan bueno?

—Braden lo investigó y su porcentaje de fracaso es tan bajo que resulta despreciable —intervino Jonathan.

—No quiero dejar que lo que me pasó defina mi vida. —Caroline se acercó a su padre y lo miró con convicción—. No es justo, ni para mí ni para Norwell.

El conde cogió una de sus manos y la acunó entre las suyas.

—No lo es, hija. Y me parecerá bien cualquier método que te ayude. Ojalá hubiese alguna posibilidad para la condesa.

Caroline sonrió.

—Cuando vuelva le diré si merece la pena que viaje hasta allí con ella.

—¿Crees que...? —El conde no fue capaz de terminar la frase y miró a

los mellizos con expresión culpable—. Le hice mucho daño. He hecho mucho daño a personas a las que quiero muchísimo.

Meredith apartó la mirada, pero Jonathan se mantuvo serio y firme como un soldado.

—La soledad es mi castigo —sentenció el conde—, en ella los recuerdos son tan vívidos que a veces no sé ni en qué momento vivo.

—No está solo, padre —dijo su hijo—. No son nuestros errores los que nos definen, es tomar la decisión de hincar la rodilla en tierra para pedir perdón por ellos.

Andrew Cornforth miró a su hijo con orgullo y a su hermana con ternura. Meredith encontró el valor para mirarlo y, aunque no podía borrar de su expresión el dolor que le había causado escucharlo, también manifestó el amor que sentía por él.

—¿Cuándo os marcháis? —preguntó a su hermanastra.

—Mañana por la mañana. Pero hay algo que me preocupa —dijo Caroline mirando a Jonathan—. No sé cuánto tiempo estaré fuera y no me gustaría perderme tu boda con Alessandra Flannery. ¿Habéis pensado en una fecha?

El joven desvió la mirada con tal sutileza que Caroline fue la única en darse cuenta.

—No hemos hablado de fechas, no queremos precipitarnos.

El futuro conde de Southbourg fue hasta el carrito de las bebidas.

—¿Os apetece una copa de jerez? —preguntó.

Todos asintieron agradecidos. Cuando se acercó para darle la copa, Caroline la cogió con inquisitiva mirada. Sabía que su escrutinio sería más efectivo que cualquier pregunta.

—No preguntes —susurró el joven.

Observó a su hermano mientras llevaba las copas a los demás y Meredith hablaba de la ilusión que le hacía que hubiese pronto otra boda en la familia. Jonathan fue hasta la chimenea y se apoyó en la repisa sin decir nada, dejando que su padre y su hermana elucubrasen sobre los invitados y la fiesta, mirando de soslayo a Caroline, que no necesitó escucharlo para saber que las cosas no iban bien.

—La boda de Caroline fue demasiado sencilla —adujo Meredith mirando a su padre—. Ojalá me hubiese dejado organizarla como le pedí.

—Las bodas son como aquellos que se casan —dijo Jonathan mirando a su melliza con ironía—. La tuya fue un cuento de hadas, tuviste suerte de

que Alston te dejase hacer todo lo que quisiste.

—Alston me ama —dijo como si con eso estuviese todo dicho.

—Lo sé —dijo su hermano—, no dejas de decirlo.

Meredith le sacó la lengua. Caroline los observaba complacida, todavía se maravillaba de la suerte que había tenido al encontrarlos. Jonathan y Meredith eran los mejores hermanos que jamás soñó tener. El conde también los observaba, pero su semblante era triste. No hay sentimiento más cruel que el sentimiento de culpa, que te mina por dentro quitándote la alegría y la posibilidad de ser feliz.

Caroline terminó su copa y la dejó sobre la mesilla poniéndose en pie.

—Debo marcharme ya —dijo mirándolos a los tres con cariño—. Esta noche Norwell y yo cenamos en casa de Penny. Se ha empeñado en preparar una cena de despedida y no he podido decirle que no.

Se acercó a su padre, que la cogió por los hombros y la besó en la frente con ternura.

—Que tengas un buen viaje, querida mía —dijo—. Esperaré tus noticias.

—Le escribiré contándole cada detalle —se comprometió.

Meredith la abrazó con la efusividad que la caracterizaba.

—No te preocupes por nosotros —le pidió—, debes pensar en ti y en Norwell. Quiero que vuelvas a ser la Caroline que llegó a esta casa, la que me robó el corazón con aquella mirada dulce e inocente.

Su hermana cerró los ojos un instante, no quería emocionarse y que la viesen llorar. Solo era un viaje y esperaba no tardar demasiado en volver.

—Escríbeme, Meredith, y cuéntame muchas cosas de esos dos tesoros que tienes y a los que voy a echar mucho de menos —dijo mirándola con una forzada sonrisa—. Gracias por traerlos para que pudiese pasar un rato con ellos.

—¿Lo dices en serio? ¡Se morían de ganas de estar con su tía preferida! —se rio Meredith—. Si Alston y Norwell no se los hubiesen llevado no nos habrían dejado hablar contigo ni un momento.

Caroline sonrió satisfecha. Era totalmente cierto lo que decía su hermana y no había nada que desease más que tener algún día sus propios hijos y disfrutar todas las horas posibles en su compañía.

—¿Me acompañas a buscar a Norwell? —le pidió a su hermano cuando se acercó para despedirse de ella—. Me dijo que quería comentarte algo de un libro que le pediste...

Jonathan tardó un instante en darse cuenta de lo que pasaba, pero supo reaccionar a tiempo.

—Ssssí, es cierto, estuvimos hablando de eso el otro día —mintió.

Ni Meredith ni el conde se percataron de la estratagema de Caroline y los dejaron marchar.

Capítulo 5

—Ahora cuéntame qué ha pasado entre Alessandra y tú —pidió Caroline a su hermanastro haciendo que aminorase el paso para darle tiempo a explicarse antes de llegar junto a Norwell y Alston, que jugaban con los pequeños.

Jonathan la miró con aire pensativo, como si estuviese analizando las posibles respuestas, pero finalmente se rindió. Necesitaba hablar con alguien y Caroline sabía escuchar.

—Siempre me gustó Alessandra, desde que éramos niños —comenzó—. Creía que era una jovencita dulce y tímida, muy tímida, y a esa timidez achacaba en parte su comportamiento esquivo para con algunos. Por ejemplo, hacia ti.

—¿Hacia mí? —cuestionó sorprendida.

—Desde el primer momento mantuvo las distancias contigo, incluso cuando todos te aceptaron sin reservas como la ahijada de mis padres. Yo estaba convencido de que esa postura procedía de su timidez.

Caroline sabía muy bien que no era ese el motivo de su frialdad, lo había sabido siempre. Tenía un don especial para captar el desprecio de los demás, la vida que había tenido de niña en Winpenham la había preparado para ello. Era cierto que Alessandra Flannery nunca se había acercado a ella, como también lo era que tampoco había permitido que ella lo hiciese. Cada vez que Caroline había intervenido en un corrillo en el que Alessandra estuviese, la joven se había diluido como gota de agua, escapando con cualquier excusa. Si lo pensaba bien, apenas habían cruzado una frase desde que Jonathan y ella se prometieron.

—¿Qué tengo que ver yo con vuestra relación? —preguntó molesta—. Quien va a casarse con la señorita Flannery eres tú, no yo.

—¿Crees que puedo casarme con alguien capaz de despreciar a mi hermana?

—No soy tu hermana —dijo rotunda y muy seria—, no para ella. Jonathan la miró igual de rotundo.

—Pero lo eres. Y cualquiera que esté en mi vida tendrá que tratarte como tal y respetarte como mereces.

—¿Habéis discutido por mí? —Caroline no daba crédito y estaba muy molesta con aquel tema.

—Discutimos por su soberbia y falta de caridad cristiana, pero no fue por ti —respondió, visiblemente enfadado—. He pasado por alto muchos comentarios. Comentarios hacia personas que no han tenido tanta suerte en la vida como ella, o como yo. Siempre los achacaba a su timidez, su juventud, su falta de experiencia y a que ha vivido entre algodones. Pero cada vez me resulta más difícil obviar esa clase de comportamiento...

—Querido Jonathan —dijo Caroline apoyando su mejilla contra el fuerte brazo de su hermano—. No quiero influir en ti a este respecto, pero debes pensar muy bien lo que haces porque de ello dependerá el resto de tu vida, y también el de la señorita Flannery. El matrimonio es un compromiso muy serio y debes estar completamente seguro de lo que quieres antes de embarcarte en ello.

—Te lo voy a contar todo. —Jonathan miró a su hermana con expresión avergonzada—. La otra noche asistimos a una fiesta en casa de los Malory. Eira, la hija de Blanford Bolan, llevó como acompañante a su amiga Arabelle Howes.

—No la conozco —dijo Caroline negando con la cabeza.

—Su padre era el capitán de marina Turner Howes; murió hace cinco años a causa de unas fiebres tifoideas. Desde entonces, su madre y ella viven modestamente a las afueras de Southbourg. Por esa causa la señorita Howes no ha recibido la misma educación que Alessandra, algo que mi prometida sabe perfectamente. Cuando Arabella se acercó a felicitarla por su perfecta ejecución al piano, Alessandra la convenció para que interpretase una pieza. Vi cómo Arabella trató de excusarse aduciendo que no estaba a la altura de los allí presentes, pero ella insistió hasta convertirlo en algo personal. Durante todo el rato que duró la interpretación de la señorita Howes, Alessandra estuvo cuchicheando con sus amigas y sus risas no pasaron desapercibidas para nadie, incluida Arabelle.

—Qué crueldad —musitó Caroline imaginando la escena.

—Cuando le afeé en voz baja su comportamiento, avergonzado por lo que estaba presenciando, Alessandra se molestó y la atacó con mayor crueldad si cabe. —Jonathan se veía mortificado al recordarlo.

—Que situación más desagradable —convino Caroline.

La expresión en el rostro de su hermano se fue haciendo más y más dura.

—La señorita Howes agachó la cabeza mientras Alessandra la humillaba públicamente hablando del pasado jacobita de su familia materna, hecho que los despojó de todos sus privilegios y los desterró de la corte hace más de un siglo.

—Dios mío —susurró Caroline. La soberbia de su futura cuñada había sobrepasado todos los límites del decoro.

—Como comprenderás, la imagen que tenía de Alessandra se ha hecho añicos y ahora tan solo puedo verla como se mostró esa noche —confesó.

Su hermanastra no lo dijo en voz alta, pero ahora comprendía que le resultase tan difícil pensar de manera halagüeña en su próxima boda, y ella no podía animarlo a ello. Jonathan lo vio en su expresión y suspiró derrotado.

—Vayamos a buscar a Norwell —dijo—, al final se os hará tarde.

Caroline arreglaba el pañuelo del cuello a su marido mientras él la miraba con atención.

—¿Qué pasa? —preguntó rodeando su cintura y colocándole las manos en la espalda.

Ella se maravilló de que la conociese tan bien, había puesto todo su esfuerzo en que no notara su estado de ánimo.

—Esta tarde he tenido una triste conversación con Jonathan.

—Me di cuenta cuando os vi. Él parecía una cafetera a punto de estallar —recordó Norwell.

Caroline asintió.

—¿Es algo que yo pueda saber? Aprecio realmente a tu hermano, ya lo sabes, y si puedo hacer algo por él...

Su esposa negó con la cabeza.

—Es algo... delicado que tiene que ver con su prometida —dijo mirándolo con una disculpa—. No debo hablar de ello, ¿no te importa?

Norwell asintió y la estrechó más entre sus brazos.

—¿Aún no te has arrepentido? —inquirió Caroline mirándolo a los ojos.

Su esposo no comprendió la pregunta.

—Dime la verdad —insistió ella—, ¿no has pensado en ningún momento que no deberías haberte casado conmigo?

El hombre entrecerró los ojos escudriñándola con atención y, después de unos segundos en los que se esforzó por descubrir si lo estaba preguntando en serio, negó con la cabeza.

—Sabes que no —aseveró.

—No, no lo sé —susurró ella—, no puedo evitar pensar en lo que estás soportando y...

—Shsssss —la hizo callar cogiendo su cara entre las manos y mirándola a los ojos con ternura—. Te amo, Caroline.

—Por eso, precisamente —susurró ella—. Sé lo que supone el amor para un hombre, no soy ninguna tonta.

Norwell sonrió con sensual galantería.

—Pero yo no te amo solo como hombre. Amo tu mente, tu predisposición a la generosidad y la facilidad con la que ayudas a todo aquel que se te acerca. Me gusta tu manera de ver el mundo, la voracidad inagotable de tu curiosidad y tu permanente deseo de aprender. Adoro cómo coges el tenedor entre tus dedos, cómo colocas la taza sobre el platito antes de beber. Me deleito observándote mientras lees y cómo te muerdes el labio cuando algo te inquieta. Me gusta verte acurrucada bajo las mantas como una niña y reír a carcajadas cuando te hago cosquillas. No hay nada que no soportase por estar contigo, vida mía. Nada.

Caroline tenía los ojos llenos de lágrimas cuando se abrazó a él y recostó la mejilla contra su pecho. Norwell aspiró el aroma de sus cabellos con un suspiro silencioso. Cuando Caroline levantó la cabeza pidiéndole un beso no se hizo de rogar e inclinó la cabeza posando sus labios en los de ella con suavidad. Caroline sintió que el calor recorría su espalda cuando las manos de su esposo se movieron lentas pero decididas hasta su nuca y el beso se hizo más profundo e intenso. Lo rodeó con sus brazos y sus cuerpos se apretaron en un lazo perfecto. Norwell se separó lo suficiente para poder mirarla a los ojos mientras acariciaba su mejilla. Y aquella mirada sincera y diáfana la desarmó. Sintió que algo se movía en su vientre, un anhelo que la hizo buscar en sus labios el aliento que le faltaba. Lo deseaba de un modo desconocido y embriagador, y ese deseo nubló su mente por unos segundos borrando todo lo que no fuese aquella lengua y sus manos acariciándola. Sin darse cuenta se encontraron sobre la cama, perdidos entre abrazos que

buscaban al otro. Norwell no quería dejarse ir, sabía a dónde lo llevaría todo aquello, no era la primera vez que algo explotaba dentro de ella para, al final, regresar al mismo punto. Al mismo oscuro y aterrador punto. Por eso, cuando ella hizo ademán de desabrocharle el pantalón él sujetó su mano con firmeza obligándola a mirarlo. La pasión en los ojos de Caroline se fue diluyendo como una luz mortecina y Norwell la abrazó con ternura acunándola mientras se perdía de nuevo en su insatisfecha amargura.

Penny pidió a Caroline que la ayudase en la cocina mientras los hombres se tomaban una copa y charlaban de sus cosas.

—Este es mi reducto —dijo cuando estuvieron solas entre cacharros—, aquí podemos hablar tranquilas. Siéntate y nos comeremos unas de estas galletas que he preparado para ti.

Caroline sonrió al ver que había hecho las galletas de Annie.

—Echaré de menos estas cosas —confesó Caroline cogiendo una y mirándola como si fuese un collar de rubíes.

—No quiero que te vayas —dijo Penny apesadumbrada—. Entiendo que debes hacer lo que sea por recuperar tu espíritu, pero no me gusta que no tengáis una fecha para regresar.

Caroline pensó muy bien lo que iba a decir, no quería molestar a su amiga.

—No tenemos intención de quedarnos en Boston, Penny. Aquí tengo personas a las que quiero. —Le cogió la mano con cariño—. Pero también tengo amargos recuerdos que necesito borrar. No te negaré que cuando estuvimos en España quise quedarme allí para siempre, no sé si cuando estemos en Boston sentiré lo mismo, pero lo cierto es que allí hay tenemos más vínculos que en España.

Su amiga asintió comprensiva, aunque sus ojos acuosos decían otra cosa.

—¿Me escribirás? —preguntó sonriendo entre lágrimas—. Ya sabes que tengo buena relación con el cartero.

Caroline asintió y sus ojos también se humedecieron.

—¡Te voy a echar tanto de menos! —confesó.

—Yo sí que te voy a echar de menos —dijo la otra limpiándose la cara mojada—, y más cuando esto empiece a crecer.

Caroline la vio ponerse las manos en la barriga y se llevó las manos a la boca para ahogar un grito.

—¿Estás...?

—Shssssss —la hizo callar su amiga—, Mayhew aún no lo sabe. Quería decírtelo a ti primero.

—¡Oh, Penny! —Se levantó de la silla para abrazarla. Las lágrimas fueron ya imparables y las dos mujeres lloraban y reían sin concierto ninguno.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Caroline de vuelta en su silla.

—Perfectamente. —Penny se veía más lozana y saludable que nunca, con las mejillas sonrosadas y los labios de un color intenso—. No he tenido ninguna molestia. La madre de Mayhew dice que para muchas mujeres es así, que apenas se enteran de que están embarazadas. Ella, en cambio, echaba los hígados todas las mañanas durante los primeros meses, así que está claro que soy afortunada. Una vez más.

Caroline sonrió, quería mucho a Penny y su felicidad era motivo de gran alegría para ella.

—Si necesitas cualquier cosa envía una nota al conde y él te ayudará, sabe lo importante que eres para mí.

Penny asintió.

—¿Y tú? ¿Cómo estás tú? —preguntó con la tranquilidad que la caracterizaba.

Caroline analizó su día a día antes de responder.

—Creo que mejor. Ya no me cambio de ropa varias veces al día —dijo, refiriéndose al comportamiento compulsivo que mantuvo durante las primeras semanas—. Tampoco me lavo las manos constantemente, ya lo has visto.

Penny asintió, esas eran las cosas más evidentes para los que estaban cerca de ella, aunque sabía que había otras mucho más ocultas que probablemente también eran más graves.

—¿Y lo otro? ¿Has hecho algún avance?

Caroline respiró hondo, pero no apartó la mirada al negar con la cabeza.

—A veces siento un deseo tan intenso hacia él que no puedo contenerme. Pero entonces algo se rompe dentro de mí y todo vuelve a empezar.

—Ese médico sabrá lo que hacer. Si Norwell cree que puede ayudaros,

estoy segura de que lo hará —dijo su amiga cogiéndole la mano—. Y no importa lo que tardes, tu marido esperará lo que haga falta.

Caroline la miró con fijeza, había algo en su mirada, algo que quería decirle, pero no sabía cómo hacerlo sin sentir que lo estaba traicionando.

—Somos amigas —dijo la otra leyendo en sus ojos—. Sabes que puedes contarme lo que sea y que lo que digas no saldrá de aquí. —Se señaló el lado izquierdo del pecho.

Caroline asintió y bajó la cabeza mirando la falda de su vestido.

—A veces, cuando cree que estoy dormida, se queda mirándome —dijo con la voz tensa—. Es como si estuviese en trance, ni siquiera se da cuenta de que tengo los ojos abiertos. Su mirada es oscura y lúgubre y tiene una expresión perversa. No sé lo que pasa por su mente en esos momentos, pero te aseguro que, sea lo que sea, no viene de él.

Capítulo 6

Permaneció tumbada en la cama en un tenso sopor, mirando el techo, despejada e impávida. De vez en cuando la sacudía un espasmo, como si alguien agitase las sábanas y el frío de la noche viniese a recordarle que estaba viva. Percibía el vacío al otro lado de la cama como un castigo mientras su mente la hostigaba con ideas inquietantes y las mezclaba con sus aterradores recuerdos. Pensó en lo agradable que sería cerrar los ojos y no tener que sentir nunca más aquellas manos sujetándola como garras afiladas que desearan sajar su carne. No tener que percibir el aliento ebrio sobre su boca y aquella maloliente lengua lamiendo sus pechos. Las imágenes que permanecían en su mente, perennes pero difusas casi todo el tiempo, se volvían grotescamente claras en algunas ocasiones, como en ese instante en que podía sentir incluso el peso de su cuerpo sobre ella. Caroline apretaba las piernas con fuerza como si con ello pudiese resistirse a sus recuerdos. Como si la memoria no fuese capaz de trascender lo físico y las fragmentadas visiones no pudiesen colarse debajo de las mantas y agredirla de nuevo, una vez más.

Cuando eso sucedía su raciocinio reaccionaba tan solo a unas pocas y primarias emociones: dolor, angustia e indefensión. Ni siquiera era capaz de emitir un sonido, tan solo agarraba con fuerza las sábanas y miraba al techo tratando de borrar su rostro tan nítido frente a ella. Y esperaba. Esperaba a que la espesa tiniebla que acababa cubriéndolo todo viniese a liberarla de aquellos recuerdos.

Abrió los ojos recuperando la respiración y giró la cabeza hacia la ventana. La porción de cielo que mostraban los visillos aparecía cuajada de estrellas, que se fueron transformando en círculos entre sus lágrimas. Hubiera deseado desaparecer en la oscuridad, ser engullida por la nada y adentrarse en el lugar en el que todos descansan. Que una tibia marea la rodease por completo en un reconfortante abrazo.

Después de un buen rato escuchó un reloj en la lejanía dar las cuatro. Se sentó en la cama limpiándose las lágrimas y volvió a mirar aquel lado

vacío de la cama. El viento ululaba contra la ventana como si quisiera entrar. Caroline bajó los pies al suelo y se calzó las zapatillas, fue hasta la bata que descansaba en una butaca y se la puso apretando bien el cinturón, como si necesitase notar que algo la sujetaba.

Recorrió el pasillo hasta las escaleras y bajó silenciosa como un espíritu que hubiese venido a visitar su antiguo hogar desde el más allá. Era tan lúgubre su ánimo que se imaginó muerta y con su alma vagando por aquella casa. Se detuvo frente a la puerta del despacho que había sido de su padre y escuchó en silencio. Dentro se oían, de vez en cuando, los ruidos propios de la actividad humana, nada destacable: un tintineo metálico, una silla que se arrastra... Se armó de valor y entró.

Norwell levantó la vista del papel y empalideció al verla.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —preguntó al tiempo que movía los papeles de manera que cubriesen lo que estaba escribiendo. Se puso de pie y caminó hasta ella—. ¿Estás bien?

Caroline lo abrazó sin decir nada y durante unos segundos permaneció con su mejilla apoyada en el pecho masculino mientras él la apretaba contra sí con ternura. Después de eso su esposa caminó por el despacho observándolo todo. Los libros en las estanterías, los objetos de escritura sobre la mesa, los muebles, las lámparas... Norwell tan solo la observaba a ella, temeroso e inquieto de tenerla allí en aquellos momentos. Reprimiéndose para no ocultar sus papeles en un cajón y cerrarlo con llave.

—¿Qué escribes? —preguntó al fin, y todos los temores de su esposo se hicieron patentes en su rostro.

Caroline no perdía de vista aquellos ojos verdes consciente de que había formulado las palabras mágicas que lo obligaban a cumplir su promesa: Nunca te mentiré.

Los labios de Norwell eran una apretada línea que hacía juego con la de su dura mandíbula. La tensión que soportaba aquel rostro era tan evidente como la que mostraban sus puños apretados y la acerada mirada de sus ojos verdes.

—Mis pesadillas. —Mordió aquellas dos palabras dejando que saliesen de su boca contra su voluntad.

Caroline se acercó a la mesa, pero él le barró el paso poniéndose delante y mirándola con severidad.

—No te mentiré —aseveró—, pero no te dejaré leerlo.

Caroline sintió fuego en sus mejillas al percibir el peligro, pero no

pudo contenerse y trató de esquivarlo. Norwell se movió volviendo a interrumpirle el paso.

—He dicho que no te dejaré leerlo.

Nunca lo había visto así, sus ojos lanzaban chispas y todo su cuerpo estaba rígido y duro como un muro de piedra.

—¿Qué has escrito en ellos? —preguntó retándolo.

—Ya te lo he dicho, mis pesadillas.

—No, quiero que me digas las palabras exactas. No puedes mentirme, ¿recuerdas? —Se sentía poderosa y blandía su espada con maestría—. Si no me dejas leerlo tendrás que recitarlo en voz alta.

Él la miró dolido y con una expresión contenida que trataba de mantener su enfado a raya.

—No me pidas eso, Caroline.

—¿Qué puedes haber escrito que sea tan terrible como para que no me dejes leerlo? —dijo ella moviendo la cabeza—. Nada que salga de tu pluma puede serme esquivo. Sé quién eres, conozco tu alma...

—No, no la conoces —arrastró las palabras—, y no querrás verla.

Caroline empalideció al ver su expresión, pero ya no tuvo dudas y con un firme gesto hizo que se apartara y la dejara pasar. Norwell apretó los dientes mientras sus ojos se llenaban de lágrimas, pero no se opuso. Era mucho peor tener que explicárselo, decir en voz alta todas aquellas cosas lo habría matado.

Caroline sacó de debajo los folios escritos y trató de colocarlos de manera ordenada siguiendo la numeración que había en la parte superior derecha. Se sentó en la silla que había ocupado su marido noche tras noche desde hacía semanas y empezó a leer con manos temblorosas y el corazón palpitante. Al principio se sintió como en uno de sus sueños, la atmósfera de la narración era pesada y lúgubre, el protagonista estaba subyugado por sus emociones y pensamientos. Hasta que de repente todas esas emociones y sentimientos derivaban hacia el objeto de sus deseos. Entonces se iniciaba una profunda descripción de esos deseos, de todo lo que haría si ella se lo permitiese, de todo lo que le haría a ella sin ningún reparo ni contención. Cada caricia, cada gesto. Casi podía sentir sus manos sobre sus pechos, sobre sus nalgas, entre sus piernas. Sintió su miembro duro y caliente entre las manos y su boca abrasándole el cuello.

Caroline respiraba agitada y sujetaba el papel con tal delicadeza que una suave brisa se lo habría arrebatado de las manos. Después de terminar de

leer las hojas que había sobre la mesa mantuvo aún la mirada sobre ellas varios minutos.

Norwell estaba de espaldas a ella, no se había movido ni un milímetro. Su cuerpo seguía rígido como una roca y sus manos apretadas. Caroline no sabía qué hacer ni qué decir.

—Norwell... —susurró. Él no se movió. Se levantó de la silla y lo rodeó para ponerse frente a él y poder verle la cara—. Háblame.

Su marido tenía los ojos como el cristal brillante, las lágrimas parecían haberse solidificado creando una barrera que impedía que se desbordaran.

—No eres como él —susurró ella poniéndole una mano en la cara con suavidad.

Bajo sus dedos pudo sentir la tensión que lo atacaba con arrolladora potencia. Parecía un volcán a punto de erupcionar y Caroline no sabía cómo enfrentarlo. Norwell la cogió por la muñeca y apartó su mano como si le quemase.

—¿Has leído lo que he escrito? —inquirió mordiendo cada palabra—. ¿Eres consciente de todo lo que te haría si estuvieses en una de mis pesadillas?

Caroline no apartaría los ojos de aquella mirada por muy aterradora que fuese.

—Sí, lo he leído. —Se esforzó en mantener entereza—. Nada de lo que has escrito te hace parecerme a él. Tus deseos son fruto del amor, no de la crueldad...

—¿No has visto lujuria en mis palabras? —Seguía sujetándola de la muñeca y su rostro estaba tan cerca del de Caroline que podía sentir su aliento contra su boca—. Si me dejara llevar por mis deseos te tomaría aquí mismo, ahora. —Cogió su otra mano y la llevó hasta su dura erección—. Lo he imaginado dentro de ti hasta correrme y te aseguro que la fuerza que contiene no encontraría barrera humana capaz de detenerlo.

Caroline sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, pero no apartó la mano, mantuvo el contacto con firmeza.

—Estás soportando demasiada tensión —dijo con voz dulce—. Sé que es muy duro para ti...

—Sí —afirmó apretándose contra su mano y gimiendo como si su contacto le causase dolor—. ¡Dios! ¡Cómo te deseo!

Se apartó de ella con rabia y se volvió hacia el escritorio apoyando las manos en él y cerrando los ojos cabizbajo.

—Soy un monstruo —masculló entre dientes.

Caroline se abrazó a su espalda.

—No eres un monstruo, eres el hombre más bueno y dulce que he conocido jamás —señaló con ternura—. Eres comprensivo y paciente y te amo con toda mi alma.

Norwell no se movía, seguía sintiendo aquella furia inhumana que lo embargaba cuando imaginaba el más mínimo rastro de su padre en él. No apartaba las manos de la mesa, como si estuviese encadenado por el delito que acababa de cometer contra ella. Se sentía avergonzado y asqueado por la violencia de sus letras. Caroline cogió una de sus manos y tiró de él con firmeza para que la siguiera. Norwell la miró con ojos de loco sin comprender lo que pretendía.

—Debemos solucionar esto de una vez —dijo ella con la mirada seca y limpia—. Esta noche seré tuya.

Norwell negó moviendo la cabeza, horrorizado.

—¡No! —exclamó soltándose de su mano.

Ella lo miró desconcertada.

—¿No quieres que sea tuya?

—¡Claro que quiero! ¡Me cortarían un brazo si con ello pudiese tenerte!

—Su voz estaba cargada de angustia—. Pero no te tomaré así, no con esa resignación. No quiero tu rendición, quiero tu entrega. Quiero que seas mía en cuerpo y alma como yo lo soy tuyo.

—Quiero ser tuya. —Caroline se acercó de nuevo a él—. Quiero que reescribas mi cuerpo con tus caricias. Quiero despertarme por las noches abrazada a ti y sentir la ternura y el amor que desprendes en cada porción de piel de mi cuerpo.

—Caroline, no me hagas esto —suplicó y sin esperar respuesta la atrajo hacia él y la estrechó contra su pecho—. Sé lo que pretendes, pero no podemos hacerlo de ese modo. Sabes que no lo soportarás.

—Déjame intentarlo una vez más —pidió ella sintiendo que las lágrimas afloraban al fin.

Él cogió su cara entre las manos para que lo mirase a los ojos.

—No es solo por ti —confesó—, temo no ser capaz de resistirlo una vez más. Temo no poder detenerme, cerrar los ojos para no ver el terror en los tuyos y tomar lo que tanto ansío.

—Yo no te culparía...

—¡Pero yo sí lo haría! ¿No lo comprendes? Si te tomase contra tu

voluntad sería como él y eso me mataría. —La miraba aterrado—. No habría manera humana de borrar eso de mi cabeza, Caroline. La próxima vez que intimemos será con total entrega por ambas partes, seguros de que podemos llegar hasta el final. No aceptaré otra cosa.

Caroline se mordió el labio y asintió mortificada por la certeza de que todo lo que decía era cierto. Hizo el gesto de abrazarlo, pero se detuvo, insegura.

—Puedes abrazarme —dijo él sonriendo con tristeza—, no soy tan débil.

—Prométeme una cosa —pidió apoyando de nuevo la mejilla contra su pecho—. Si dejas de amarme seré la primera en saberlo.

Norwell se apartó para que pudiese ver sus ojos.

—Jamás dejaré de amarte, Caroline Wilkie.

Ella se apretó de nuevo contra su pecho y pensó en su madre y en la condesa. Cerró los ojos prometiéndose que lucharía por él con todas sus fuerzas.

Apoyada sobre la barandilla de cubierta, Caroline observaba con emoción las agitadas aguas del mar que navegaban. Giró la cabeza y observó a su marido, sentado y distraído en sus escritos. Algunos pasajeros la saludaron al pasar, había entablado conversación con muchos de ellos en aquellos días y les sonrió con agrado.

Volvió la vista de nuevo al océano azul que llevaba viendo desde que iniciaron el viaje y se preguntó si se sentiría cómoda en los Estados Unidos. La llegada era inminente, apenas faltaban unas pocas horas para atracar en el puerto de Boston y, aunque no era un viaje de placer exactamente, sentía cierto nerviosismo por conocer aquella tierra de la que tanto había oído hablar.

Los pasajeros deambulaban por la cubierta charlando amigablemente en grupo o por parejas o, como ella, se entretenían mirando por la barandilla. Caroline se sentía pegajosa por la brisa del mar en su piel y no dejaba de sorprenderle ver a los americanos que regresaban a casa y que parecían inmunes a aquella húmeda salinidad. Se los veía frescos y animados a pesar de los días que llevaban de viaje.

Escuchaba sin atención retazos de conversaciones que, de vez en

cuando, dibujaban una imperceptible sonrisa en sus labios. No pretendía fisgonear, pero había momentos en los que le era del todo imposible no captar algunas de esas conversaciones por el elevado tono que empleaban los que estaban inmersos en ellas. En ese momento la esposa de Wheeler Lunney, de Southampton, hablaba con su marido sobre la señorita Lingham tildándola de ser una estirada sin remedio. Decía, con total convencimiento, que los habitantes de Southampton tenían un especial don para discernir la desagradable petulancia de los londinenses y que la señorita Lingham poseía esa característica en grado sumo.

Caroline se maravillaba de la locuacidad de la señora Lunney, a la que había visto charlar amigablemente durante toda la cena del día anterior con la señorita Lingham y su madre. Incluso se había tomado la molestia de presentársela a ella alabando las virtudes de la joven londinense con total entusiasmo. No quería ni pensar en lo que diría de ella cuando no estaba dentro de su radio de acción. No es que a Caroline le importase lo que los demás hablasen a sus espaldas, pero había aprendido a reconocer a ese tipo de persona capaz de juzgar a su prójimo con tanta elocuencia y tan poca justicia.

El viaje llegaba a su fin sin contratiempo destacable y Caroline hizo un repaso mental por aquellos curiosos días. Norwell y ella habían paseado del brazo por aquella cubierta mientras el buque surcaba el mar bajo la enorme curva del cielo. Pero también habían leído mucho y Norwell había tomado notas sin parar. Caroline sospechaba que su marido se había inspirado enormemente observando y escuchando a algunos de los pasajeros que compartían aquel viaje hasta América. En especial la familia francesa, un matrimonio de mediana edad que viajaba con sus dos hijos: una joven de la edad de Caroline y un muchacho de unos diecinueve años. No había nada indecoroso en el escrutinio del escritor, era algo encaminado a su interés por el comportamiento humano. El mismo interés que sintió por Lola o Pedro en España.

La joven, a la que llamaban Marie, se preocupaba por todo lo que sus padres pudiesen necesitar y estaba claro que su opinión era muy importante para todos los miembros de la familia, pues no hacían nada que ella no les indicase primero. Leía libros en francés y caminaba por la cubierta a buen ritmo, como si estuviese desentumeciendo sus músculos más que paseando. Su hermano la acompañaba en alguna ocasión, pero la mayoría de veces caminaba sola. La joven no se relacionaba con nadie más e ignoraba al resto

del pasaje como si en realidad viajasen solos. Caroline le había sonreído un par de veces, pero en vista de que no parecía ni siquiera verla, dejó de intentar ser amable y se mantuvo en una apacible distancia. Por eso se sorprendió tanto al verla charlando con Norwell cuando giró la cabeza desde la barandilla del barco.

Norwell le dijo algo a la joven y juntos se acercaron a Caroline.

—Querida, déjame que te presente a Marie Gouges. Le presento a Caroline, mi esposa.

—Encantada —dijo la joven francesa.

—Un placer —respondió Caroline.

—Estaba hablando con su marido de su maravillosa novela —explicó.

Caroline no pudo disimular su sorpresa.

—La familia de la señorita Gouges vive en Boston y conoce a Olivia —explicó Norwell.

—¡Oh! Por su acento creí...

—Mi madre es actriz —se adelantó Marie—, y mi padre concertista de piano. Hemos viajado por todo el mundo. Afortunadamente los idiomas no son un problema para nosotros. Mi hermano nació en Italia y yo nací en Viena.

—Una familia muy interesante —adujo Caroline admirada.

La joven se encogió de hombros.

—Supongo que visto desde fuera debe verse como algo muy extravagante, pero le aseguro que somos una familia muy normal.

—Nos habíamos hecho una opinión equivocada sobre usted —confesó Norwell con una naturalidad que hizo sonrojar a Caroline—, creíamos que era un poco estirada porque no se relacionaba con nadie que no fuese su familia.

Marie sonrió divertida.

—Si hay algo que aprendes cuando viajas mucho es que no puedes hacerte amigo de todo el mundo porque no todo el mundo es digno de ser tu amigo —explicó—. La vida te enseña que algunas relaciones pueden ser un yugo atado a tu cuello.

Aquello despertó la curiosidad de Norwell, pero se abstuvo de preguntar.

—¿Y viven en Boston? —preguntó Caroline, que no podía estar más de acuerdo con aquella aseveración de la joven.

—Así es —asintió—. Mis padres están casi siempre fuera. Cuando no

es uno es el otro el que tiene que hacer algo en algún lugar fuera de Boston. Evan y yo tan solo los acompañamos en contadas ocasiones para no alterar innecesariamente el ritmo de nuestras vidas.

—Debe ser duro para ellos separarse de sus hijos —dijo Norwell.

Marie sonrió abiertamente.

—Diría que en esta familia el padre soy yo —anunció—. Si se han fijado en nosotros ya se habrán dado cuenta de que suelo ser la que lleva la voz cantante en esta ópera. Mis padres viven en un mundo distinto al normal, son personas acostumbradas a recibir atención. Y mi hermano es digno hijo suyo. Me temo que soy la única de esta familia a la que le preocupa la organización y el orden de las cosas.

Caroline sonrió también.

—Nos habíamos fijado —confesó Norwell—, pero no quería que pensara que somos unos chismosos, el interés era por la evidencia de que no eran una familia al uso y mi mente de escritor se vio irremediabilmente atraída por ese hecho.

—Lo comprendo —aceptó Marie y sin dejar de sonreír miró a Caroline—. ¿Y cuál es su excusa?

La interpelada sintió que sus mejillas se teñían de rojo.

—¡Discúlpeme! —pidió Marie al ver que la había avergonzado—. Estaba bromeando.

Caroline bajó la mirada sintiéndose como una niña a la que pillan entrando en la alacena a escondidas.

—No debe avergonzarla sentir curiosidad por cómo viven o piensan otros, señora Symmons —dijo Marie—. El mundo está ahí para que saquemos partido de todo lo que nos muestra y muchas mujeres pasan por él como si no fuese con ellas, como diría mi amiga Adella Cadwell. Cuando estén instalados en casa de sus amigos les haremos una visita para que la conozcan. Ella sí que merece su atención.

—Será un placer —dijo Caroline, agradecida—. Entonces ¿conoce a los Locksley?

—Olivia y yo somos amigas desde niñas. —Sonrió al tiempo que asentía—. Y su esposo es un gran hombre.

—Entonces no hay duda de que nos veremos —confirmó Norwell.

La señorita Gouges hizo un gesto de despedida y se alejó de ellos caminando a buen paso como era su costumbre. Norwell y Caroline se miraron interrogadoramente.

—Una mujer sorprendente —dijo ella, a lo que su esposo asintió convencido.

Capítulo 7

Desembarcaron entre montones de equipajes y con gran algarabía en el muelle. La enorme edificación de madera que lo cubría crujía bajo sus pies mientras caminaban tratando de encontrar la salida hacia la ciudad. La gente estaba enfrascada en organizar sus equipajes y agruparse. Hablaban a voces y con cierta irritación, lo que aturdió a Caroline hasta hacerla desear echar a correr hacia la valla que les separaba de la ciudad y de sus carruajes aparcados. La mayoría de los que habían entablado algún tipo de relación se ignoraban ahora sin prestarse la más mínima atención. Sin embargo, Norwell y Caroline barrieron con la mirada a toda aquella marabunta de personas buscando entre los pasajeros a Marie y su familia, sin éxito.

Los trabajadores del muelle se movían con familiaridad entre bultos y pasajeros tratando de organizar el caos y poco a poco cada pasajero se reunió con sus pertenencias y familiares o amigos.

Olivia y Braden esperaban impacientes, deseando verlos aparecer. Llevaban un buen rato sentados dentro de su carruaje a la espera de que los pasajeros descendiesen del barco.

—¿Ya has decidido cuándo vas a decírselo? —Olivia miraba a su esposo con mirada interrogadora.

Braden no ocultaba su preocupación frente a ella, jamás la había engañado con nada y aquella no iba a ser la excepción.

—¿Crees que debería esperar? —preguntó.

Olivia asintió.

—Deja que se instalen, que conozcan a nuestros amigos... Ya tendremos tiempo de hablar con ellos y prepararlos.

El rostro de Braden se transformó en una máscara pétrea.

—No sé cómo puede reaccionar Norwell cuando lo sepa. —Movi6 la cabeza y dejó salir el aire por su nariz—. Si lo hubiese sabido antes...

—No tiene caso torturarte, ya están aquí y no hay nada que hacer —dijo Olivia poniendo una mano sobre las de su esposo—. Nosotros

cuidaremos de ella.

Braden los vio aparecer y abrió la puerta del coche para salir a recibirlos.

—¿Habéis tenido buen viaje? —preguntó después de los besos y abrazos de rigor.

—Muy bueno —respondió Norwell.

—Ha sido toda una experiencia —apuntó Caroline—. El océano es impresionante. Y el barco estaba repleto de gente tan diversa... Hemos conocido a una amiga tuya. Marie Gouges.

Olivia sonrió abiertamente.

—¡No sabía que Marie iba en vuestro barco, qué coincidencia más interesante!

—Tan solo hemos hablado una vez, la señorita Gouges es una mujer bastante hermética —dijo Norwell.

—Pero es encantadora —apuntó Caroline rápidamente—. Nos ha gustado mucho charlar con ella.

Su esposo la miró con ternura, le emocionaba ver lo dispuesta que estaba siempre a juzgar con generosidad a los demás.

—Tenía tantas ganas de que vinierais —dijo Olivia cogiéndola del brazo—. Estoy deseando enseñarte la casa, la ciudad, llevarte a la editorial y al periódico...

A Caroline se le iluminaron los ojos.

—Yo también lo estoy deseando —confesó—. Aún no me creo que estemos aquí.

—Te voy a presentar a personas increíbles. Estoy segura de que vais a causar sensación entre todos ellos —apuntó.

—Después del almuerzo os dejaremos descansar un rato —dijo Braden sonriendo—, porque esta noche conoceréis a nuestros mejores amigos en una cena especial que Olivia ha organizado para vosotros.

—Marie estará entre ellos —dijo su esposa con una gran sonrisa.

—¡Walter! —exclamó Norwell abrazando a su amigo de la infancia—. ¡Cómo me alegro de verte!

—Bienvenido a Boston —dijo el otro con una enorme sonrisa—.

Estaba deseando veros.

Norwell miró a Caroline y le hizo un gesto para que se acercase a ellos.

—Te presento a mi esposa —dijo cogiéndola por la cintura—. Caroline, este es Walter Ebbs, del que tanto te he hablado.

—Encantada, señor Ebbs —saludó tendiéndole la mano con una sonrisa—. Es cierto que he oído hablar de usted en muchas ocasiones.

—Espero que bien, señora Symmons —comentó el hombre—. Ese ha sido mi caso respecto a usted. De hecho, he oído tanto hablar de Caroline Symmons que es como si ya nos conociésemos. Así que llámame Walter, por favor.

Caroline sonrió satisfecha al tiempo que asentía. Braden y Olivia se acercaron a ellos.

—Le pedimos a Walter que fuese puntual y por primera vez ha cumplido —dijo Braden sonriendo—. Incluso ha llegado el primero.

—Y hubiese venido antes de haberme sido posible —confesó—. Ardía en deseos de ver a mi buen amigo.

—Han pasado más de cinco años desde que te marchaste de Inglaterra —dijo Norwell.

—Toda una vida, a juzgar por cómo ha cambiado la tuya.

—La señora Adella Cadwell y la señorita Marie Gouges —anunció el mayordomo.

Caroline se volvió al escuchar aquel nombre y Olivia la cogió del brazo.

—Ven, acompáñame, te presentaré a estas dos queridas amigas. Aunque a Marie ya la conoces.

Caroline saludó a Marie Gouges con una afable sonrisa.

—Encantada de volver a saludarla, señora Symmons —dijo la joven—. Le presento a mi querida amiga Adella Cadwell.

La señora Cadwell era una mujer de unos treinta años con una mirada perspicaz y diáfana. Tenía un rostro delicado y una figura esbelta, pero la firmeza de su mirada resultaba sorprendente en aquellos ojos cristalinos. Observaba a Caroline como si tuviese ante sí una mesa llena de libros que debía catalogar.

—Señora Symmons. —Adella tomó la palabra ante la atenta mirada de las tres mujeres—. ¿A qué se dedicaba usted en Inglaterra antes de casarse?

Caroline la miró sorprendida por aquella pregunta tan directa.

—Pues... —dudó—. Daba clases a niños sin recursos.

Adella frunció el ceño.

—¿Daba clases a niños pobres?

Caroline asintió.

—¿Y cómo le pagaban esas clases, si eran pobres?

—Pues, como podían. A veces con una gallina, otras con verduras...

Adella Cadwell siguió observándola durante unos segundos y finalmente le tendió la mano.

—Encantada de conocerte, Caroline, te llamaré Caroline —constató.

—Igualmente —dijo estrechándole la mano con delicadeza.

—Y tú me llamarás Adella, nada de señora Cadwell, que me hace sentir vieja.

—Aquí donde la ves, Adella es una respetable viuda —dijo Olivia riendo—. Marie, ya podemos respirar tranquilas, Adella ha dado su visto bueno a Caroline.

—Vamos, Olivia, no te escondas detrás de tu madre y danos algo de beber.

Caroline no entendió el comentario.

—Adella opina que cuando me comporto como una elegante anfitriona me escondo detrás de mi madre —explicó Olivia—. Piensa que las mujeres vivimos siempre bajo la sombra materna, como si creyésemos que pueden vernos y juzgarnos aunque no estén presentes.

—Adella es una mujer peculiar —dijo Marie mientras Olivia hacía un gesto a uno de los lacayos para que les trajese champán—. Tiene unas ideas demasiado avanzadas y controvertidas para poder manifestarlas en cualquier lugar. Pero en casa de los Locksley se encuentra muy a gusto, como ha podido comprobar.

—El hogar de Braden y Olivia es una de las pocas mansiones de Boston a las que no prendería fuego —explicó Adella con una seductora sonrisa.

—Aquí está Gideon Woods, el único que faltaba —anunció Olivia—. Es el mejor amigo de Braden —aclaró bajando la voz para que solo Caroline lo escuchara.

—Gideon, te presento a Norwell Symmons —dijo el anfitrión acudiendo a recibirlo—. Y esta es Caroline, su esposa.

—Mucho gusto —dijo después de besar la mano de la mujer—. Me alegra poder conocerles en persona. Espero que su viaje haya sido lo menos

pesado posible.

—Muy bueno, gracias —susurró Caroline al director del Boston Examiner.

—Tenía muchas ganas de conocer en persona al autor de tan notable novela —se dirigió ahora a Norwell—. Debo decirle que no pude despegarme del libro una vez lo hube iniciado.

—No sé qué responder a eso —dijo Norwell visiblemente incómodo.

—¿Y ya ha tomado una decisión respecto a la oferta que le hice?

—Aún no, pero le aseguro que estoy pensando mucho en ello —respondió el escritor.

—Espero que su estancia entre nosotros acabe de darle los argumentos necesarios que yo no pude transmitirle en mi carta. El artículo que me envié sobre Vivian Gray es extraordinario. Todos saldremos ganando si deciden quedarse.

—Bueno, dejad las alabanzas para después de la cena, que la señora Curley no ha estado cocinando durante horas para que ahora se eche a perder su gran trabajo —dijo Olivia—. Pasemos al comedor.

—Me gustaría conocer la opinión de la señora Cadwell sobre la novela del señor Symmons —pidió Gideon una vez se habían sentado a la mesa—. Estoy seguro de que no nos dejará indiferentes su sabia perspicacia.

—Querido señor Woods —comenzó la interpelada—, viniendo de usted ese halago debo tomármelo como una ofensa, ya que es público y notorio su pobre criterio al respecto.

—Señora Cadwell, su sabiduría va a la par con su belleza, ambas cosas evidentes; en especial esto último.

—Dejad de discutir —pidió Braden intentando ponerse serio—. Mis invitados no os conocen lo bastante para poder entender vuestras batallas dialécticas.

—Señores Symmons, es muy sencillo —dijo Adella mirándolos a los dos—, no deben hacer el menor caso a nada de lo que diga el señor Woods, de ese modo no perderán el tiempo en tonterías.

—Y, por el contrario —intervino el director del Examiner—, deben escuchar atentamente todo lo que diga la señora Cadwell y después hacer lo opuesto. Es el modo más seguro de no errar en sus decisiones.

—Estoy empezando a temer sus opiniones sobre mi obra —dijo Norwell aparentando preocupación.

—Yo tengo una teoría —dijo Marie—. Creo que Pedro se inventa todas esas cosas para ganarse a Carlota y que, en realidad, es un pillo capaz de cualquier cosa por derrotarla.

—Yo creo que es sincero —interpuso Olivia—. Todo lo que dice, hace y siente es auténtico.

Todas las miradas se clavaron en Adella, que no se inmutó por ser el centro de atención.

—Por supuesto que es sincero, ningún hombre sería capaz de fingir de ese modo. Sería distinto si hablásemos de una mujer, pero Pedro no, imposible. Lo que ocurre es que creo que el señor Symmons ha querido engañarnos a todos y ha utilizado a Pedro como excusa para contar lo que verdaderamente siente Nathaniel.

Sus amigos la miraron sorprendidos.

—Nathaniel es el que está verdaderamente enamorado de Carlota y el autor utiliza a Pedro para manifestar esos sentimientos de manera velada porque se siente intimidado por dicho personaje.

Las otras mujeres miraron instintivamente a Caroline porque las dos creían que Nathaniel era el alter ego de Norwell.

—Estoy totalmente de acuerdo con la señora Cadwell —dijo Caroline.

—Adella —la corrigió la mencionada.

—Adella —concedió la joven—, pero debo confesarles que a pesar de estar casada con el autor no tengo ninguna influencia sobre él y jamás he conseguido que me revelase si estoy en lo cierto o no, de modo que no podré despejar sus dudas.

—¿Y eso qué importancia tiene? —preguntó la americana levantando una ceja—. Mejor incluso. De ese modo podemos pensar y decir lo que gustemos sin que haya peligro de que él nos desmienta con el triste argumento de que es el autor. Y volviendo a la trama, Nathaniel es el observador necesario, es como un narrador que quiere contarnos una historia escondiéndose a la vista de todos. No quiere que lo intuyamos allí agazapado tras las cañas, observándonos. Para ello crea un personaje, Pedro, un hombre sencillo y leal, con una historia de muerte y abandono que lo persigue durante toda la novela hasta que lo atrapa. Nathaniel nos increpa, nos remueve y hace que nos manifestemos poniendo en Pedro lo que en realidad es nuestra propia visión del amor. O la de Nathaniel, en realidad, que nos ha manipulado todo

el tiempo.

—¿Y cómo explica las lágrimas de Carlota sobre la tumba de Pedro? —preguntó Gideon.

—Pedro era creyente, hay varias escenas en las que se le ve asistiendo a misa o hablando con el párroco, que lo considera un buen católico. — Adella se sentía cómoda con tanta atención, hablaba con naturalidad y soltura como si estuviese acostumbrada a hablar en público—. Sin embargo, la tumba no tiene nombre, es una tumba triste y solitaria en mitad del campo. Tan triste y solitaria como se muestra Nathaniel a lo largo de toda la novela. Una tumba en la que nunca se enterraría a un católico practicante como Pedro. Como ve, señor Symmons, no ha sido necesario que privase a su personaje de los meñiques para ser descubierto.

Caroline miró a su esposo y percibió la enorme satisfacción que los comentarios de la joven estaban suscitando en él. Incluso la manera tan directa con la que había mencionado su carencia física.

—Veo que no le desagradan mis comentarios —dijo la señora Cadwell—. Me alegro por ello.

—Sus comentarios son siempre muy elocuentes —comentó Gideon sonriendo.

—En cambio los suyos carecen por completo de interés —dijo Adella sin mirarlo siquiera.

—La señora Cadwell está tan segura de sí misma que no teme que la tilden de frívola por acudir a las reuniones en casa de los Rushe —insistió Gideon.

—El señor Woods está tan preocupado por que no lo consideren frívolo que es capaz de pasarse horas delante del armario para asegurarse de encontrar un atuendo lo suficientemente sencillo para ese fin.

Aquella contradicción hizo reír a Caroline, que tuvo que contenerse para no soltar una carcajada.

—La señora Cadwell es muy ingeniosa —dijo el amigo de Braden—. Algún día diré algo que la dejará muda y espero que todos ustedes sean testigos.

—¿Que se marcha de Boston? —preguntó Adella con expresión inocente—. Avíseme, pienso ir a despedirlo con mucho gusto.

—¿Qué ocurre en esas reuniones? —preguntó Caroline sin poder contener la curiosidad.

—Son reuniones sobre espiritismo —explicó Olivia—. A Adella le

atrae sobremanera todo lo que tiene que ver con lo sobrenatural.

—Reconozco que es mi secreto inconfesable —reconoció la joven.

—¿Secreto? —Rio Marie.

—Todos me entendéis —dijo Adella sonriendo.

—¿A usted también le ha parecido agradable el viaje, señorita Gouges?
—preguntó Walter mirando a la joven sentada frente a él en la mesa.

—No demasiado —respondió—. Es demasiado largo y debía estar vigilando a Evan para que no se metiese en líos. Supongo que si hubiese sido un viaje con mi flamante esposo para conocer otro país y ver a buenos amigos, habría sido distinto.

—Cualquiera pensaría al escucharte que suspiras por un marido —se rio su amiga.

—Eres muy mala, Adella —dijo mirándola con falso enfado—, sabes que no era eso lo que estaba diciendo.

—No te enfades, Marie, sabes que te quiero —pidió—. Realmente a Marie le gusta mucho viajar —añadió mirando a Caroline—, incluso ha estado en España, como usted y su esposo.

—Y pienso volver —confirmó su amiga—. Ahora tengo el aliciente de encontrar a Pedro, sueño con pasar una noche en La Primorosa.

—No la decepcionará el viaje, se lo aseguro —afirmó Caroline.

—Yo la acompañaré, si me deja —aseguró Adella.

—No sé si España está preparada para aceptar una visitante como usted —argumentó Gideon apartándose para que le cambiasen el plato.

—Antes de que Adella responda con una de sus incisivas respuestas, creo que sería justo que explicásemos a nuestros invitados recién llegados a qué se debe esta manifiesta enemistad tan poco edificante entre vosotros —dijo Braden.

Los dos interpelados asintieron dando permiso para que así fuese y Olivia fue la encargada de narrar los hechos.

—Resulta que en el periódico que dirige Gideon se publicó un editorial sobre la Reina Victoria en el que se cuestionaban algunas de sus decisiones con respecto a las relaciones de Inglaterra con Estados Unidos. Pero entre esos temas tan serios Gideon intercaló un comentario sobre el luto de la Reina y sobre la tristeza de la mujer que hay en toda reina, al perder al hombre que amaba. Adella leyó el artículo y escribió una respuesta algo... poco comedida. ¿Te parece correcto? —preguntó mirando a su amiga, que asintió conforme—. Gideon se negó a publicarla y desde ese momento

tenemos que sufrir sus interminables trifulcas verbales.

Adella la miró curvando una ceja en señal de irónica queja.

—Pero ¿qué decía en ese artículo? —preguntó Norwell.

—Si quiere que se lo resuma en una frase —dijo Marie—, venía a decir que una mujer puede preocuparse por algo más que su aspecto.

—¿Está en contra de la belleza en sí? —preguntó Norwell desconcertado—. ¿O tan solo de que las mujeres deseen manifestarla con sus cuidados?

—No estoy en contra de la belleza, señor Symmons, ni siquiera de la mía propia, después de todo soy actriz. Pero no creo que sea algo que Dios nos ha dado para que no nos preocupemos de la verdad o la humanidad, dando por hecho que de eso ya se ocupan los hombres —señaló poniéndose realmente seria—. No soy capaz de centrar tanta atención en mi apariencia física como para dejar de lado las cualidades que verdaderamente me preocupan, como son la justicia, la sabiduría y, sobre todo, la verdad. Las mujeres hemos sido marginadas, se nos ha despojado del derecho a opinar o decidir con la excusa de nuestra belleza y nuestra debilidad. Eso resulta sospechoso, ¿no les parece? ¿Cómo algo aparentemente bueno puede convertirse en una lacra? Tan solo se nos concede ser sabias en el amor, la única pasión que nos está permitida. Amar y ser bellas, esa es nuestra finalidad en este mundo. Y a cambio nos convierten en tiranas de esa debilidad haciendo que los hombres nos sirvan en tareas insignificantes como abrirnos la puerta. Como si no fuésemos capaces de salir de una habitación si no hay un hombre junto a nosotras que nos abra paso. Si tienes un carácter fuerte debes ser domesticada, como un animal de compañía, porque no interesa que tengas opiniones y mucho menos que las manifiestes. No se nos permite liberar nuestros pensamientos y llevarlos hacia lugares inhóspitos en los que necesitemos algo más que un vestido bonito o un agradable sillón. Nos quieren languideciendo en silencio, hermosas, pacientes y subyugadas por quienes deberían ser nuestros semejantes. Ningún hombre podrá demostrar jamás que la mujer es inferior a él, pero no lo necesitan, tan solo deberán repetirlo como una oración para que, generación tras generación, sus descendientes la aprendan y la impongan. Mientras la fuerza bruta gobierne el mundo seguirán sometiéndonos y obligándonos a languidecer exhaustas por tanta represión. Pero estoy segura de que llegará el día en el que, tanto en política como en todos los ámbitos de la realidad humana, se nos permitirá ser algo más que un bonito recipiente creado por Dios para otorgar placer al

hombre. Y cuando esto suceda se nos permitirá fortalecer nuestro cuerpo y nuestra alma. Dejarán de educarnos para depender de otros y empezaremos a ser verdaderamente útiles a la sociedad. ¿Es acaso la Reina de Inglaterra menos eficiente por ser mujer? ¿Es lo más constatable de su reinado el hecho de que vista luto por la muerte de su esposo?

Gideon aplaudió con palmadas lentas y firmes.

—¡Bravo! —exclamó.

Caroline miraba a Adella con tal admiración y sorpresa que su expresión atrajo todas las miradas hacia ella.

—Está claro que tu esposa no ha tenido ocasión de conocer en Inglaterra a ninguna mujer que manifestase sus ideas como la señora Cadwell —dijo Walter sonriendo a su amigo.

—Puedes estar seguro —dijo Norwell también sorprendido.

Capítulo 8

Después de la cena pasaron al salón todos juntos sin hacer distinción de sexos. Se permitió a las mujeres beber lo que desearon y siguieron conversando con total libertad.

—Quería agradecerle sus palabras sobre mi novela. —Norwell se había acercado a la señora Cadwell que contemplaba la hermosa luna desde uno de los grandes ventanales.

—Me gustó muchísimo, señor Symmons —dijo ella con una sonrisa afable—. Y no sabe cómo me alegré al saber que Pedro existe de verdad.

—Estoy seguro de que Carlota y usted habrían sido buenas amigas, de haber existido.

Adella se giró poniéndose de frente a él. Tenía su copa entre las manos cerca del pecho.

—¿Por qué me mira así? —preguntó el inglés algo turbado.

—Estoy tratando de averiguar qué piensa de mí.

—¿Y a qué conclusión ha llegado? —preguntó Norwell después de unos segundos.

—Aún no lo he decidido. Aquí en Boston encontrará tanto personas que me encuentran interesante como otras que creen que estoy loca.

—En mi defensa le diré que no considero que este usted loca —dijo sonriendo.

—¿Quién no está loca? —Walter se había acercado a ellos.

—Hablábamos de mí —dijo la joven con naturalidad—. Un tema recurrente siempre que me hallo presente.

Walter se quedó prendado de sus ojos, tan claros y brillantes como una gota de rocío.

—Perdonadme —se disculpó Norwell viendo que Caroline le hacía un gesto para que fuese con ella—. Mi esposa me reclama.

Vieron a Norwell alejarse y se volvieron hacia la ventana.

—Hace una noche preciosa —dijo Walter.

—Así es. —Se giró para mirarlo con interés—. Dígame, señor Ebbs,

¿qué opina usted de las mujeres?

Walter frunció el ceño pensando con rapidez, tratando de encontrar dónde estaba la trampa.

—¿Se refiere a las mujeres en general o está pensando en alguna en concreto? —le siguió el juego

Adella entrecerró los ojos e inclinó la cabeza con sensual coquetería, pero Gideon Woods se acercó a ellos y no pudo decir lo que estaba pensando.

—He visto que va a representar la próxima obra de su amigo Dickens —dijo.

La señora Cadwell lo miró sin disimular que le molestaba su interrupción.

—Espero que no haya comprado ninguna entrada —dijo—, al menos no una lo suficientemente cerca del escenario como para que tenga el desagradable sobresalto de verlo.

El director del Examiner soltó una carcajada sin poder resistirse.

—Reconozco que es usted una mujer única, señora Cadwell. Ese detalle debe ser el único en el que coincidimos el señor Reasbeck y yo.

Adella lo fulminó con la mirada.

—No creo que el señor Reasbeck haya hablado de mí con usted —dijo cortante.

—No, el señor Reasbeck no me tiene en gran estima —confesó Gideon—, de hecho creo que estoy en su lista negra. Al parecer no le gustan algunos de los artículos que se han publicado en mi periódico sobre lo pernicioso del juego en nuestra sociedad. Debería decirle a su amigo que el director no escribe todo lo que se publica en su periódico.

—Pero sí lo aprueba, supongo —dijo ella.

—¿Y usted no está de acuerdo en lo que publicamos? ¿No cree que el juego sea peligroso?

—El juego es juego, señor Woods, los peligrosos son los jugadores —sentenció—. Y ahora, si me disculpan, voy a charlar con las damas, estoy segura de que su conversación será mucho más interesante que la suya.

—No debería meterse con él —comentó Walter cuando se quedaron solos—, es un hombre peligroso.

—Lo es —confirmó Woods—, por eso no podemos callarnos.

—Pues al menos no debe ser tan abierto ni tan agresivo con ella —susurró—, ya sabe lo que dicen.

Woods asintió mientras miraba hacia el lugar en el que las mujeres

charlaban.

—Sí, lo sé —afirmó—, y no sabe cuánto lo siento.

—Adella es una gran actriz —le explicaba Marie a Caroline—, no debe hacerle mucho caso, casi nunca. Tan solo cuando le hable en serio.

—¿Y cómo sabré cuando habla en serio? —preguntó Caroline con preocupación.

—No temas —dijo Adella, divertida—, lo sabrás, mi querida amiga.

—Pero la característica más interesante de la señora Cadwell no es el hecho de que sea actriz —apuntó Gideon de nuevo en el grupo—. Hay en ella peculiaridades mucho más destacables.

—El señor Woods se refiere a su condición de mujer progresista —dijo Olivia sentándose junto a Caroline con otra copa de champán en la mano—. Ya sabes, mujeres que quieren cambiar el mundo, que están convencidas de que es una buena idea que podamos votar.

—Cuando podamos votar podremos decidir qué gobernantes tenemos y solo entonces se tomaran la molestia de tener en cuenta nuestras necesidades —argumentó Adella.

—¿A usted le gustaría poder votar, señora Symmons? —preguntó Gideon Woods, que observaba a las damas apoyado en la repisa de la chimenea.

—No me lo había planteado nunca —dijo Caroline con sinceridad.

—Pues debe hacerlo —dijo el director del periódico—, porque si no estará haciendo lo que han hecho siempre las mujeres: dejar que otros decidan por ellas. Aunque debe tener cuidado no sea que para librarse del yugo masculino acabe cayendo en el suyo —señaló a Adella.

—¿A qué yugo se refiere? —inquirió Adella mirándolo con los ojos brillantes por el alcohol que había ingerido—. No creo que esté hablando de lo que hacemos nosotras, porque está claro que no ha entendido nada de nuestro discurso si cree que puede compararlo con las imposiciones a las que hemos sido sometidas durante siglos por parte de los de su género.

Norwell hizo un gesto con la mano a Walter y a Braden para que lo acompañasen y juntos salieron del saloncito dejando a sus amigos en plena discusión sufragista.

—No podías esperar a mañana —dijo Walter con una sonrisa irónica entrando en el despacho detrás de Braden.

—¿Has podido averiguar todo lo que te pedí? —Norwell se volvió hacia él después de cerrar la puerta.

Su amigo asintió con la cabeza.

—¿Lo has pensado bien? —preguntó Braden con preocupación—. Se mueve en ambientes poco aconsejables.

Norwell se apartó el pelo tirando de él hacia atrás como solía hacer siempre que estaba nervioso. Desde que habían bajado del barco se encontraba en un estado de extraña euforia, como si estar allí le propiciase la solución a todos sus problemas. Y no solo por el médico al que iban a visitar.

—La quieres mucho —constató Walter.

Su amigo lo miró y no le fue necesario decir nada para corroborar aquella afirmación.

—Está bien, os contaré todo lo que he descubierto, pero antes ponme un whisky, Braden, que estoy harto de champán.

—No sé si no me arrepiento de haberte contado... —Braden se calló y sirvió los vasos sin decir nada más.

—Has hecho lo correcto, Braden —le dijo Norwell cuando le entregó su vaso—. Que no me lo contaras no habría cambiado nada. Estaba decidido a buscarlo y lo habría descubierto.

—Si Olivia se entera, me matará —dijo su esposo antes de dar un largo trago.

—Está loco por ella —dijo Walter mirándolo con admiración.

—Se llama amor, Walter. —El rostro de Norwell se oscureció y dio un largo trago a su bebida desviando la mirada para ocultar la angustia que mostraban sus ojos.

—Caroline parece una mujer maravillosa —dijo su amigo.

—Lo es —confirmó Braden.

—Hace cinco años que no nos veíamos, pero puedes contar conmigo para lo que sea. —Walter se acercó a él hasta que los dos hombres se encontraron frente a frente—. Ya sé que no tenemos la misma sangre, pero para mí eres como un hermano y lo sabes. Sé que estuviste a punto de morir abrasado en aquella casa, Braden me lo contó —dijo mirando al otro hombre—. También sé que es por algo terrible que hizo tu padre, aunque eso no me lo ha contado nadie.

Norwell no apartó la mirada pero tampoco respondió a la pregunta implícita.

—Yo no era tu amigo hasta hace poco —intervino Braden—, pero te

digo lo mismo que él: te ayudaré en lo que sea. Lo único que quiero es que entiendas que es peligroso. Boston no es Londres, Norwell, y aquí la gente tiene un modo distinto de solucionar sus problemas.

—Se refiere al hecho de que muchos van armados —añadió Walter.

—En el ambiente en el que se mueve Darrel, todos —confirmó Braden al tiempo que asentía con la cabeza.

—No lo olvidaré. Pero cuéntame de una vez qué has averiguado.

—Está bien —aceptó—. La viuda con la que se casó resulta que es la hija de Guy Weber, y es de su padre de quien le viene su fortuna. Su primer marido fue Malcolm Connely, amigo de la infancia de Newland Reasbeck. Ya has oído hablar de él, es dueño del club de juego más importante de la costa este. Malcolm adoptó el apellido de su suegro, imagino que porque tenía más pedigrí que el suyo. Cuando murió, su esposa no vistió luto por su marido, al parecer su matrimonio lo era solo de nombre. Viajó a Inglaterra y conoció a tu padre...

—No lo llames así —lo interrumpió Norwell y su expresión era tan fría y agresiva que consiguió estremecer a su amigo.

—Después del matrimonio, Darrel, al igual que su anterior esposo, adoptó el apellido Weber —continuó Walter—, no tengo ni idea del porqué. Hace cuatro meses se trasladaron a Boston y él se convirtió en algo así como la mano derecha de Reasbeck.

—Qué extraño... —susurró Norwell pensativo.

—Nadie sabe por qué lo contrató y mucho menos cómo consiguió estar tan arriba en el escalafón, pero lo cierto es que tiene un considerable poder en esta ciudad.

—Por suerte vive en las afueras —dijo Braden—, nos esforzaremos en que Caroline no tenga que verlo.

Norwell se alejó de sus amigos y volvió a la ventana centrando la vista en el brillante satélite para que le ayudase a concentrarse. Durante varios minutos permanecieron los tres en silencio, hasta que Norwell se volvió hacia ellos con los ojos entrecerrados como si aún no hubiese salido del todo de su meditación.

—Sabe algo —dijo en voz alta al tiempo que asentía—. Debió descubrir algo de Reasbeck y lo utiliza para beneficiarse.

—¿Algo como qué? —preguntó Braden.

—No tengo ni idea, pero es evidente. Pensadlo. Quizá Weber tenía alguna información sobre Reasbeck y Darrel lo descubrió.

—¿Y qué le impide matarlo? Si es como dicen no creo que tuviese el más mínimo problema en quitarlo de en medio —elucubró Walter.

—Quizá no pueda —dijo Braden hilando el pensamiento de Norwell—. Quizá ha hecho algo para protegerse con esa información.

—¿Algo como qué? —preguntó Walter.

—Quizá le ha dado la información a otra persona —apuntó Norwell—, con las instrucciones precisas para que en caso de que él muera lo haga público.

Walter abrió los ojos sorprendido.

—¡Qué genial idea! —exclamó.

Pero Braden no parecía convencido.

—Hay un fallo en ese argumento —confesó—. Estoy seguro de que Reasbeck tiene hombres capaces de hacer que alguien confiese cualquier secreto. Un hombre como ese se aseguraría de sacarle la información, y no creo que Darrel sea un valiente.

—Eso es cierto, el plan tiene una debilidad evidente —asintió Walter—, ni siquiera creo que yo fuese capaz de guardar un secreto si tratasen de sacármelo a golpes.

Norwell asintió y siguió pensando durante unos minutos mientras se paseaba por el despacho.

—Debemos descubrir cuál es el motivo de esa ascensión —dijo Norwell con una sonrisa torcida y perversa—. Y entonces encontraré el modo de que se vuelva en su contra.

—¿Quieres que el detective siga investigando? —preguntó Walter.

—Sí —dijo Norwell con determinación—, pero antes quiero conocerlo.

Cuando regresaron al salón, sus amigos parecían no haberse percatado siquiera de su ausencia, estaban enfrascados en una apasionada discusión en la que Adella era la protagonista, como siempre.

—¡Exacto! —exclamó la actriz, que había bebido más champán del que sería aconsejable para una dama—. A la mayoría de las mujeres no les importa si lo que les cuentan es cierto, lo único que quieren es que las dejen tranquilas. Prefieren preocuparse por su día a día y mantenerse lo más confortables y seguras que puedan en su hogar. Es aterrador enfrentarse a lo que ocurre fuera de su reducto y escogen ignorar el poder que ejercen de manera violenta y arbitraria algunos hombres sobre sus mujeres.

—No todas las mujeres, Adella —intervino Olivia—. Estás generalizando.

—Compadezco al pobre señor Cadwell —dijo Gideon antes de apurar su copa.

Norwell miraba a Caroline, que estaba pálida y bebía repetidamente de la suya con mano temblorosa. Comprendió que el tema que estaban tratando la afectaba sobremanera y se acercó disimuladamente hasta colocarse junto a ella. Cuando sus ojos verdes se cruzaron con Adella la expresión de la joven evidenció que había percibido en ellos la violencia que ocultaban, pero no pareció importarle y continuó hablando.

—No pienso volver a casarme jamás —afirmó rotunda—. No quiero un rey en mi reino, la única diosa en mi universo es la razón y solo a ella me someto. Las mujeres hemos sido aisladas de la razón. Nos engalanan, nos adornan, pero todo es para que no pensemos ni decidamos. Utilizan su idea del amor romántico, una noble pasión que nos venden como la más poderosa culminación de nuestra vida, para nublar esa razón que habita nuestro cerebro. Y como única ambición nos permiten ser hermosas. —Se echó a reír a carcajadas—. Así conseguimos su respeto: siendo bellas, como si en la belleza hubiese algo de meritorio. Las mujeres languidecemos en nuestra esclavitud, exóticas y hermosas, pero sobre todo sumisas. Señora Symmons, siento decirle que los hombres no permitirán que nos liberemos sin luchar. Ni siquiera su marido.

Caroline miró a Norwell y sintió un estremecimiento al ver su inquietante mirada.

—Adella... —Marie trató con un gesto de que su amiga comprendiese que se estaba excediendo.

—¿Qué opina, señor Symmons? —lo provocó la actriz ignorando las señales de sus amigas—. ¿Cree que los hombres están preparados para admitir que no son el ser superior que siempre han creído? ¿O cree por el contrario que deben educarnos con su fuerza bruta y hacer de nosotras tiernas corderitas a las que someter?

—Los hombres que abusan de las mujeres son escoria, seres inferiores incapaces de conseguir por mérito propio lo que anhelan —dijo Norwell con firmeza pero al mismo tiempo utilizando un tono suave—. Aborrezco a nuestra sociedad por permitir que esos hombres puedan seguir con sus abominables vidas mientras ellas son obligadas a callar y fingir que nada ha ocurrido.

Las manos de Caroline se crisparon sobre su copa y con sorprendente fuerza la hizo estallar en pedazos. Olivia corrió hacia ella al ver que la sangre goteaba incesante hasta el suelo.

—Lo siento —dijo Caroline al ver las gotas manchando la elegante alfombra.

—Braden, llama a Rosalie —ordenó Olivia con firmeza mientras envolvía su mano con sumo cuidado en su pañuelo de encaje, sin presionar para no clavar más profundamente los cristales que se habían quedado atrapados en ella—. No te preocupes, Caroline, Rosalie es mi doncella personal y tiene unas manos prodigiosas para curar cualquier herida.

—¡Qué torpe soy! —exclamó la herida.

Norwell la cogió por los hombros y la llevó hasta el sofá para que se sentase. Cuando llegó la doncella, con todo lo necesario para sacar los cristales y limpiar la herida, se apresuró a curarla ante la atenta mirada de todos los invitados.

—Me siento como una estúpida —susurró Caroline mirando a Olivia.

La esposa de Braden le sonrió con cariño y dando unas palmadas instó a sus invitados a seguir con la reunión.

—Vamos, dejemos que Rosalie haga su magia. ¿Más champán? —Hizo un gesto a uno de los lacayos para que se acercase con una botella a rellenar las copas vacías.

Los criados ya habían limpiado y recogido los restos de cristales, por lo que ya no había peligro de que nadie se hiciese daño.

—Apartemos los muebles y bailemos un poco. El baile es la mejor terapia contra cualquier mal —dijo Marie—. Gideon puede tocar el piano.

—Lo haré encantado —dijo el interpelado dirigiéndose hacia el instrumento.

—Siento haber sido la causante de tal desaguisado —dijo Adella que permanecía sentada junto a Caroline observando con atención el trabajo de Rosalie.

Norwell la miraba con expresión enfadada, pero no dijo nada. No podía decirle lo inoportunas y desagradables que habían sido sus palabras, pero algo en su expresión hizo que Adella comprendiese más de lo que ninguno de los involucrados habría deseado. No en vano era una mujer con una facilidad natural para leer en los demás.

—Ya está, señora Symmons —dijo la doncella cuando terminó el vendaje—. Mañana se lo cambiaré y en un par de días estará completamente

curado.

—Gracias, Rosalie —dijo Caroline con cariño—, tienes unas manos maravillosas.

—No hay de qué, señora. —La doncella recogió todo lo que había utilizado y se marchó del salón.

Caroline miró a su marido y sonrió con ternura al ver su expresión atormentada.

—Tan solo son unos pequeños cortes —dijo tranquilizándolo.

Norwell cogió su mano con delicadeza y la sostuvo como si fuese un bebé dormido al que no hay que despertar. Adella se levantó y se alejó de ellos en silencio con una conocida emoción en el pecho, y Walter aprovechó la ocasión que se le brindaba.

—Parece que la necesita más que yo —dijo ofreciéndole la copa de champán que tenía en la mano.

Adella lo miró un instante pensativa sin aceptar el ofrecimiento.

—Son una pareja muy especial —dijo en un tono que solo él pudiese escuchar.

—Me he dado cuenta —dijo Walter—. Cuidado, señora Cadwell, no vaya a cambiar su opinión sobre el matrimonio.

La joven lo miró con fijeza a los ojos.

—Si eso sucede, no será por nadie que usted conozca —dijo con una perversa sonrisa.

Walter la observó caminar hacia Olivia y sonrió antes de dar un largo sorbo a su espumosa bebida. La viuda se equivocaba.

Capítulo 9

La casa estaba en silencio al fin. Norwell miraba al techo pensativo mientras Caroline se acurrucaba contra su pecho.

—¿Qué habéis hablado Walter, Braden y tú? —preguntó ella de pronto.

Su marido se puso rígido pero consiguió que su cuerpo no manifestase el sobresalto camuflándolo con un ligero movimiento de acomodación.

—Hemos hablado de muchas cosas —respondió dotando a su voz de toda la normalidad que fue capaz de fingir.

Caroline levantó la cabeza para mirarlo.

—Os habéis escabullido —apuntó.

Norwell sonrió en un ejercicio actoral digno de un grande de la comedia.

—Bueno, Walter quería que le explicase cómo es que me casé contigo siendo un activo miembro del club de los «no me casaré nunca». Y también quería que le contase lo que pasó con... él.

Caroline esperó en tensión a que continuase.

—Nos conocemos desde niños, como tú y Braden —explicó esperando su comprensión—. Pero tranquila, no sabe los detalles, tan solo lo suficiente para que entienda que no quiero volver a saber nada de esa persona.

Su mujer volvió a apoyar la cabeza en su pecho y aspiró su aroma, que era como un bálsamo para su tranquilidad.

—Mañana tengo mi primera visita con el doctor Jacobs —susurró.

—Todo va a ir bien —dijo él pensativo, aunque sus pensamientos iban por otros derroteros—. Cuando nos marchemos de Boston todo lo que pasó habrá terminado para siempre. Empezaremos una nueva vida y olvidaremos los malos momentos. Te lo prometo.

Ella se apretó con fuerza contra él y cerró los ojos como si estuviese rezándole a un dios invisible para que lo escuchara.

—¿Qué opinas de la señora Cadwell? —Cambió de postura y se colocó boca abajo, apoyada en los codos para poder mirarle.

Norwell tenía uno de sus musculosos brazos doblado con la mano bajo su cabeza, la mirada en el techo y una pierna doblada en postura relajada.

—Es una joven muy interesante —confesó él sin saber los pensamientos que ocupaban la mente de su esposa—. Reconozco que me siento un poco intimidado cuando hablo con ella.

—¿Intimidado? —preguntó con precaución.

Norwell asintió y apartó la mirada del techo para poner sus ojos verdes sobre ella.

—Tiene una manera de pensar tan extraordinaria y su pasión al mostrar sus ideas es tan... no sé cómo describirlo.

—Firme y segura —apuntó Caroline—, esos dos adjetivos la definen bien. Nunca he conocido a nadie tan convencido de lo que piensa.

Norwell había bajado su mirada y Caroline la siguió para darse cuenta de que el camisón mostraba sus pechos sin pudor. Movi6 la mano para taparse, pero en el último momento se retrajo y no lo hizo. Su marido levantó la mirada clavándola en sus ojos. No hacía falta decir nada, era suficiente con aquel cruce de miradas para saber lo que sentía cada uno.

—Será mejor que durmamos algo —dijo él besándola en la frente y después se colocó de lado dándole la espalda.

Caroline se puso también de lado apretándose el camisón contra el pecho con un sentimiento contradictorio, una mezcla de decepción y alivio. Cerró los ojos, sus miembros se aletargaron y enseguida cayó en un profundo sueño. La imagen de Adella yaciendo con Norwell se convirtió en su pesadilla y fue testigo de cómo la joven satisfacía los más secretos deseos de su esposo ante su atenta mirada. La vio besarlo y acariciarlo sin reparos arrancándole gemidos que creía que solo ella debería poder escuchar. Y todo ese tiempo la mirada de los verdes ojos de Norwell estaba clavada en ella con el reproche implícito de aquel que siente que no le han dejado otro camino. Esto es por tu culpa, decía aquella mirada, tú me has empujado a ello.

El doctor Samuel Jacobs resultó ser un hombre demasiado joven, a juicio de Caroline, no debía tener más de treinta. Su aspecto era agradable, incluso atractivo. Complexión delgada, rostro simétrico, facciones bien dibujadas y mirada directa.

—Señores Symmons —dijo estrechándole la mano a Norwell y

saludando a Caroline con un gesto de cabeza—. Siéntense, por favor, pónganse cómodos.

Él bordeó la mesa para sentarse al otro lado antes de seguir hablando.

—Veo que Janice ya les ha tomado todos sus datos personales —dijo mirando el expediente que la enfermera había dejado sobre su mesa.

El médico se concentró en la lectura de todos aquellos datos levantando la vista de vez en cuando para mirarlos, como si necesitara comprobar algo que podía manifestar su aspecto o actitud.

—Bien —dijo cerrando la carpeta y poniendo las manos sobre ella—. Ahora charlemos un poco, ¿les parece?

Norwell estaba muy nervioso y se sentía inseguro.

—He leído su libro —dijo el psiquiatra de pronto—. Debo decirle que me ha maravillado. ¿Tiene algo de autobiográfico? Sería de mucha ayuda si así fuese.

—Algo —respondió Norwell.

—¿Podríamos decir que Nathaniel le representa de algún modo? —inquirió mirándolo sin tapujos—. Por ejemplo... ¿en su relación con Carlota?

Norwell no respondió y el médico se recostó en su silla.

—Ya sé que no hay una relación directa con ella —siguió Jacobs—. Él es quien mejor la conoce y ella es la única que podría entenderlo; sin embargo, nunca están juntos en una habitación, tan solo se ven desde la distancia. ¿Podría esta trama definir en algo cómo veía usted en ese momento su relación con su actual esposa?

Caroline lo miraba sin disimular su interés. Norwell asintió después de unos instantes de duda.

—¿Qué opina usted de la señora Symmons? —preguntó el psiquiatra.

Norwell arqueó una ceja como muestra de su incompreensión.

—Imagine que no es su esposa, tan solo el personaje de un libro. ¿Qué diría de ella?

El médico esperó unos segundos, pero enseguida comprendió que no estaban preparados.

—Vamos a ver —empezó—. Han cruzado un océano para venir a verme. Es evidente que lo que les ocurre es lo suficientemente importante para ustedes dos como para hacer un viaje tan largo sin ninguna garantía. Creo que lo primero que debemos hacer es poner las bases de esta relación que se inicia hoy. ¿Les parece?

Caroline asintió nerviosa y Norwell hizo un ligero movimiento de

cabeza que el médico interpretó como aceptación.

—Sé que todo esto es extraño, complicado, incómodo, pero no estamos aquí para tomar el té y hablar del tiempo, ¿verdad?

El hombre los miraba alternativamente y ellos se sentían como cuando eran niños y el profesor les leía la cartilla por no haber estudiado suficiente. En el caso de Caroline, además, ese profesor era su madre.

—Quizá no haya sido buena idea —susurró.

—¿Ya? —exclamó el psiquiatra—. ¿Tan pronto?

Caroline echó una mirada nerviosa hacia la puerta.

—¿Se rinde sin luchar siquiera? ¿No quiere a su esposo? ¿No cree que merecen tener una vida plena... juntos?

—Ssssí... pero...

—Pero nada, señora Symmons —la cortó—. Aquí no estamos para pasar el rato, han venido para solucionar un grave problema causado por un tercero y yo les prometo que puedo ayudarlos. Para ello necesito que se abran en canal aquí mismo. Una vez que cruzan esa puerta es como si me dejaran entrar en sus mentes, en sus corazones, en sus entrañas. No puede haber fingimiento de ninguna clase, ni miedo, ni secretos. Deben darme la llave a todas sus puertas. Yo sacaré a sus fantasmas de casa y los enterraré a dos metros bajo tierra. Para siempre. Pero deben confiar en mí, deben entregarse por completo. Ya sé que es difícil, terriblemente difícil, pero voy a contarles un secreto: no van a decirme nada que no haya oído antes. Nada que no hayan sufrido miles de seres humanos antes que ustedes.

—Para nosotros es la primera vez —adujo Norwell.

—Lo sé, y entiendo lo difícil que es sacar de dentro algo que nos hemos esforzado tanto por esconder. Pero estoy seguro, porque están aquí, de que ya han comprobado que eso no funciona.

Norwell asintió.

—Deben responder a una pregunta, la única pregunta cuya respuesta negativa hará que les señale la puerta por la que han entrado y les pida que se marchen para siempre. ¿Están dispuestos a hacer lo que sea necesario para solucionar el problema que les aqueja? —Los miraba alternativamente esperando una respuesta.

Norwell asintió con firmeza y miró a Caroline esperando su respuesta.

—¿Y si no puedo? —preguntó levantando la barbilla con falso orgullo.

Samuel Jacobs la observó con atención durante unos segundos, pensativo. Su expresión era la de alguien que tiene ante sí una larga serie de

números y debe encontrar el único que no encaja.

—Bien —dijo una vez resuelto el enigma en su cabeza—. Les voy a explicar cómo funciona mi tratamiento. Les daré todas las pautas y el modus operandi. Al finalizar volveré a hacerles la pregunta que he mencionado antes, y si responden algo que no sea una afirmación nos despediremos como buenos amigos y no volverán a esta consulta. ¿Están de acuerdo?

Norwell y Caroline se miraron visiblemente inquietos, pero después asintieron.

—Bien —repitió Jacobs—. En esta primera visita lo que suelo hacer es tomar contacto con mis pacientes, conocer cuál es el conflicto, ver qué clase de relación tienen, si hay un vínculo entre ellos. Conozco el problema, pues ya hablé con su amigo, que me puso en antecedentes, y puedo ver que entre ustedes hay un fuerte vínculo, no me cabe la menor duda. Así que pasaremos a la siguiente fase directamente. A partir de mañana vendrán por separado. Hablaré con cada uno de ustedes en ausencia del otro y nada de lo que me digan saldrá de este círculo. En el proceso tendremos algunas sesiones conjuntas, en las que ambos estarán presentes, pero serán puntuales. ¿Me he explicado bien?

Ambos asintieron con la cabeza.

—¿Quieren hacerme alguna pregunta?

—¿Tendré que hablar de...? —Caroline no pudo terminar la frase.

Jacobs la miró a los ojos y asintió despacio.

—Piense que eso la aliviará más de lo que pueda imaginar —le aseguró—, y siento decirle que no será ese hecho en concreto lo que le resultará más doloroso. Nunca es ese punto álgido el que causa el máximo sufrimiento, siempre son cosas aledañas, cosas que nos convirtieron en las personas que somos y nos llevaron hasta ese momento concreto de nuestra vida. Pero ya iremos indagando en eso. ¿Usted no tiene ninguna pregunta, señor Symmons?

Norwell negó con la cabeza, estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de ayudar a Caroline.

—Veo que tiene claras sus prioridades —dijo el psiquiatra mirándolo a los ojos— y su esposa está en el lugar más alto de esa lista.

Caroline lo miró con tal devoción que hizo sonreír al médico.

—Algo que ambos comparten —expresó—. Bien, ha llegado el momento de hacerles la pregunta de nuevo. Piensen bien la respuesta. Un sí no es un sí a medias. Un sí significa disposición absoluta, significa no

cerrarme la puerta a nada, ni siquiera al más mínimo pensamiento por muy irrelevante que parezca. Un sí es un sí a gritos y en mayúsculas. Sí, quiero curarme. Sí, quiero librarme de esta angustia y este dolor. Sí, quiero ser una persona plena.

Caroline y Norwell se miraron antes de responder, conscientes de que dependían de lo que dijese el otro.

—Sí —manifestaron al unísono.

—El cochero te dejará en casa de los Locksley —dijo Norwell en la puerta de la consulta—. He quedado con Walter para que me enseñe su empresa.

—¿Estás bien? —preguntó Caroline con preocupación.

—Me irá bien caminar un rato —dijo muy serio.

—¿Nos veremos para comer?

—No, comeré con Braden y su padre en la editorial. Nos veremos a la tarde —respondió esquivo.

Caroline subió al coche y se alejó de allí saludándolo con la mano. Norwell respiró hondo con cierto alivio cuando el vehículo se perdió de vista. Tenía la cabeza en lo que iba a hacer y resultaba agotador estar disimulando delante de ella.

Capítulo 10

El edificio Frakstor estaba Beacon Hill y a Norwell le llevó apenas media hora llegar hasta él. Junto a la puerta un hombre, algo sobrado de kilos y con aspecto de haber tomado demasiado el sol, vigilaba como si le importase más bien poco quién entrase o saliese de allí. Norwell pasó junto a él y atravesó el vestíbulo con decisión. Las paredes estaban decoradas en plata y negro y era evidente que se trataba de un edificio de lujo. La compañía de su amigo estaba situada en la segunda planta y caminó hasta los ascensores sin encontrar el menor impedimento. Cuando las puertas se abrieron Norwell se sintió como si lo hubiesen transportado a miles de kilómetros de Boston. La decoración era exótica, con objetos de la India, África o China, en un batiburrillo sofisticado pero, en cualquier caso, excesivo para su gusto.

—Norwell Symmons —dijo frente a la recepcionista—. Vengo a ver...

—Sí, el señor Ebbs le espera en su despacho. Al fondo de este pasillo a la derecha. Lo reconocerá enseguida.

Era un despacho amplio y con una alfombra mullida que lo convertía en confortable. Las numerosas ventanas hacían que la luz entrase a raudales a través de los visillos. Eso fue todo en lo que se fijó Norwell, al que lo único que le interesaba era el hombre apostado frente a una de esas ventanas, fumándose un puro.

—Norwell, adelante. —Walter se había levantado a saludarlo y le estrechaba la mano.

—Señor Donagher, este es mi amigo Norwell Symmons —señaló llamando la atención del otro hombre—. Norwell, este es Dirk Donagher, el detective del que te hablé.

El detective se acercó y en lugar de saludar le ofreció un cigarro.

—No, gracias —respondió Norwell—, no fumo.

—Así que usted es el inglés sin meñiques —comentó Donagher observando sus manos.

—Veo que es un gran detective —dijo Norwell mostrando las manos

con ironía.

Dirk Donagher lo miró con expresión divertida.

—Ahora ya sabe por qué sigo siendo pobre —respondió.

—Nosotros podremos ayudarle con eso —apuntó Norwell—. Supongo que Walter ya le ha dicho que seguiremos contratando sus servicios un poco más.

—Me gustaría que me explicase lo que necesita exactamente.

—Quiero que siga con sus pesquisas sobre ese hombre —precisó Norwell—. Quiero saber dónde está y lo que hace en todo momento. Si se toma un whisky quiero saber de qué marca, si habla con alguien quiero saber con quién y de qué. No quiero que dé un paso sin que yo me entere.

El detective miró a Walter, que asintió.

—Eso le va a costar mucha pasta —dijo el detective—. Por lo que yo sé usted es un escritor que solo ha publicado una novela. No es que yo sea un gran lector, pero sé que no se ha hecho usted rico.

—Por el dinero no ha de preocuparse —intervino Walter al tiempo que caminaba hasta su mesa para coger un talón que había conformado esa mañana—. Esto es para que empiece a trabajar.

—Ya veo que tiene buenos amigos —dijo el detective sonriendo socarrón—. Necesitaré unos cuantos más como este, pero para empezar servirá.

—Usted averiguó que ese hombre tiene amigos peligrosos —dijo Norwell—. Así que ya sabe dónde se mete.

Dirk Donagher sonrió con la boca torcida y miró a Norwell a los ojos con interés.

—No me gusta la gente que no fuma —dijo—, pero lo aceptaré si al menos me dice que bebe.

—Me vendrá bien un whisky —dijo Norwell.

—Siempre viene bien un whisky —concedió Donagher asintiendo.

Walter se acercó a un mueble y sirvió el whisky en tres vasos antes de indicarles que se acercaran a coger uno.

—Hábleme de su trabajo —pidió Norwell.

—No hay mucho que decir —respondió Donagher—. Trabajo con un socio, Terrence Pollard. Soy buen amigo de la policía, lo que me facilita el oficio en algunas ocasiones, aunque procuro no meterme en su terreno para no buscarme problemas.

—¿No le sería más fácil ser de ellos? —preguntó Walter.

—No sirvo para recibir órdenes, no duraría ni dos días —confesó.

—¿Conoce usted bien a Newland Reasbeck? —preguntó Norwell.

—Todo el mundo conoce a Newland Reasbeck. Es un tipo afable y simpático —dijo sin más.

—Y peligroso —adujo Walter.

—Solo si te interpones en su camino. He tenido contacto con él varias veces y siempre se comportó de manera muy colaboradora conmigo —explicó el detective—. Pero sé que tiene un revólver bajo la mesa y que no le temblaría el pulso si tuviese que utilizarlo.

—Peligroso, como he dicho —insistió Walter.

—Quiero que averigüe los motivos por los que un hombre como Reasbeck acepta a su lado a alguien como... él.

—Si involucramos a ese hombre en esta historia es posible que acabemos con una bala en el pecho —dijo el detective—. Esto es América, señor Symmons, espero que sea consciente de ello.

Norwell asintió.

—No quiero nada del señor Reasbeck —precisó—. Nada de lo que averigüe sobre él lo utilizaré para perjudicarlo. Mi único objetivo es Darrel.

El detective se encogió de hombros y apuró su bebida para después dejar el vaso sobre la mesita. Después volvió a fijar la mirada en Norwell.

—En caso de tener un enfrentamiento directo con... Darrel —comenzó—, ¿debo ser amable o tengo libertad de acción?

—Tiene total libertad —sentenció el interpelado sin mover un músculo.

—Bien —dijo Donagher.

—Bien —repitió Norwell con una sutil indiferencia—. Lo que no le he mencionado es que tengo algo de prisa y tampoco le he dicho que mi mujer no debe conocer absolutamente nada sobre su trabajo, de manera que si algún día tiene la improbable fortuna de tropezarse con ella deberá tener preparada una historia verosímil para ella.

—No se preocupe por eso, tengo historias de todos los colores. —Sonrió sin humor—. Mi trabajo consiste muchas veces en extraer puñales clavados muy cerca del corazón y para ello se requiere mucha literatura.

—Entonces, si todo está claro, ya puede empezar a trabajar —confirmó Norwell.

—Ya hace días que empecé, señor Symmons.

El detective se dirigió hacia la puerta acompañado por Walter, que le

estrechó la mano después de darle su sombrero.

—Estaremos en contacto —dijo.

—No lo dude. Es usted el que firma los cheques —dijo Donagher.

Cuando se quedaron solos Walter miró a su amigo con preocupación, pero no se atrevió a decir nada para manifestar sus temores.

—¿Qué tal la visita al doctor? —preguntó.

Norwell se volvió a mirarlo con cierto sobresalto.

—Creo que no deberíamos hablar de ello —dijo.

—No pretendía que me contases... tan solo esperaba algo del tipo: bien, mal.

—Bien. Mal. ¡Qué sé yo!

—Norwell, siéntate, por Dios, que pareces un alma en pena ahí de pie frente a la ventana. ¿Qué esperas ver? ¿A Donagher haciendo su trabajo frente al edificio? Darrel vive bastante lejos de aquí, ya lo sabes.

Su amigo se acercó a él con expresión tensa.

—Temo que Caroline pueda encontrarse con él en cualquier momento. Que nos inviten a alguna recepción, que nos lo crucemos por la calle...

—No pienses en ello —dijo Walter mientras se sentaba frente a él—. De nada sirve angustiarse por algo que probablemente no pase y para lo que tampoco tenemos nada que hacer. Si ocurre ya lo enfrentaremos.

Norwell se llevó las manos a la cabeza apartándose el pelo, nervioso.

—Debes tranquilizarte o Caroline sospechará. Es una mujer muy inteligente y está muy pendiente de ti.

—Es cierto —reconoció—. Debo aprender a mentir.

—No es eso —señaló su amigo—. No se trata de mentir. Sería mentir si ella te preguntase directamente sobre este tema y tuvieses que negarlo. No sabe nada, así que no va a preguntar. Lo único que tenemos que hacer es callar.

—Para mí es mentir, Walter. No pretendo que lo entiendas, pero Caroline y yo tenemos una relación basada en esa premisa: que nunca nos mentiríamos.

—Pues quizá deberías mantenerla —aventuró Walter en una maniobra arriesgada.

Norwell lo miró desconcertado.

—¿Quieres que le explique a Caroline que ese monstruo está en Boston? ¿Quieres que le diga que he pagado a un investigador para que averigüe el modo de destruirlo? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—¿Es eso lo que estamos haciendo?

Norwell se reclinó contra el respaldo de la silla con evidente agotamiento nervioso.

—Hemos hecho este viaje para curar su alma, ¿crees que haré algo que puede destrozarla de nuevo?

—¡Eso es lo que digo! —exclamó Walter—. Aún estamos a tiempo de parar todo esto...

—¡Tengo que hacerlo! —gritó su amigo con furia contenida—. Si no hago algo esto acabará matándome. ¿No lo entiendes? ¡Me utilizó para hacerle daño!

—Tranquilízate —dijo su amigo mirando nervioso hacia la puerta.

—Siempre fue un monstruo —dijo mirándolo a los ojos con rencor—. Hizo daño a mi madre, la torturó hasta su muerte. También me lo hizo a mí. Debí darme cuenta, debí ver las señales. Pero no me percaté y dejé que ocurriera. Creí sus mentiras y me alejé de Caroline sin darle la oportunidad de... ¿Lo entiendes, Walter? ¿Entiendes lo que pasará si no hago algo? Un día me lo encontraré por ahí, en alguna parte, y entonces acabaré con él con mis propias manos. —Norwell lo miró sin el más mínimo rastro de duda en su expresión—. Tengo que destruirlo, cueste lo que cueste, o acabaré preso.

Walter asintió en silencio. Conocía a Norwell desde niño, sabía muy bien la clase de hombre que era su padre.

—Y te ayudaremos a conseguirlo —dijo su amigo resuelto poniéndose de pie—. Vamos, te llevaré a la editorial. Sé que el padre de Braden está deseando conocerte.

—Boston está precioso en esta época del año. —El doctor Jacobs estaba sentado frente a ella en una butaca y con un cuaderno sobre la pierna cruzada.

Caroline se había sentado en un sofá y, erguida e incómoda, sostenía en las manos dos cordones blancos y uno negro que el psiquiatra le había dado al llegar.

—¿Para qué es esto? —preguntó, cansada de hablar de cosas triviales.

El doctor sonrió afable.

—Para que se entretenga —dijo—. Quiero que me cuente todo lo que le venga a la mente, sin reservas de ningún tipo. Para ello le irá bien tener las manos ocupadas.

Caroline seguía sin comprender qué quería que hiciese con aquellos cordones.

—Quiero que se esfuerce en crear el mismo trenzado que este. —Le tendió un trabajo perfectamente terminado y Caroline lo cogió para observarlo de cerca—. Puede empezar cuando quiera.

—¿Es de otra paciente? —preguntó con curiosidad.

—No —dijo Jacobs sonriendo—, esta muestra la hizo mi esposa. Usted tejerá la suya todos los días mientras hablamos y después se la llevará a casa y separará los tres cabos pensando en lo que hayamos hablado aquí.

Caroline observó los largos y gruesos hilos y asintió al tiempo que hacía un nudo en la punta para empezar.

—Hábleme de su madre —pidió el doctor.

Caroline sintió un encogimiento en su vientre al pensar en ella y tardó unos segundos en responder.

—¿Qué quiere saber? —preguntó empezando la trenza.

—Debe fijarse bien —dijo el médico señalando la suya—. ¿Ve la original? Debe tratar de hacerla perfecta, no sirve que trence sin más, debe fijarse en las distancias y el equilibrio de color.

Esperó hasta que comprobó que Caroline estuvo completamente concentrada en su tarea manual.

—¿Cuál es el primer recuerdo que le viene a la mente cuando piensa en su madre? —preguntó.

—Una tarde de primavera —empezó a contar ensimismada en su tarea—. Salimos a dar un paseo como casi todas las tardes. Mi madre era muy estricta en eso, creía que era muy importante hacer ejercicio, tomar el aire y el sol... Estaba muy pálida últimamente, incluso se desmayó mientras nos daba clase a Braden y a mí. —Llegado a ese punto tuvo que deshacer dos trenzados que se habían descompensado y parecían más apretados que el resto—. Nos sentamos en medio del brezal, en unas piedras. Me habló de muchas cosas, de su niñez, de lo mucho que había añorado a su madre después de su muerte...

Durante unos segundos sus manos se detuvieron y sus palabras también. El médico la observaba con atención sin mover el lápiz sobre el cuaderno. Atento a su expresión, a la crispación de sus manos, a la rigidez de su espalda.

—Por suerte ella tenía a su padre, que la amaba profundamente y siempre fue un gran apoyo. —Continuó trenzando suavemente—. No me dijo

que creyese que iba a morir, tan solo hablamos y hablamos hasta que el sol se puso en el horizonte. Salimos a pasear dos veces más. La primera llegamos hasta el final de la calle que lleva al bosque. La segunda no pudo recorrer la nuestra.

—Hábleme de su padre —dijo el médico anotando algo en su cuaderno.

Caroline siguió concentrada en lo que hacía como si estuviese en trance y en realidad se hubiese olvidado del médico. Tan solo levantaba la vista de lo que hacía para asegurarse de que estaba imitando correctamente al modelo.

—No supe de él hasta el día en que ella murió. Cuando era muy pequeña pensaba que había crecido en el huerto, como una zanahoria o los tomates que Annie ponía en la ensalada. —Sonrió sin levantar la vista—. Me pareció tan extraño cuando descubrí que todas las niñas tenían padre y yo no... El conde es un hombre bueno que hizo cosas malas. Al principio, cuando me obligaron a irme con él me sentí muy desgraciada. Casi humillada, como si quisieran que reconociese que mi madre era la única que había hecho algo malo.

—¿Por qué pensaba eso?

Caroline apretó el trenzado sin darse cuenta.

—Cuando vi su casa y su familia... Tenía una vida plena. Sus hijos lo adoraban, su mujer lo quería... Las primeras noches que pasé en Landrock Hoo no podía dejar de llorar al recordar a mi madre, enterrada y sola. Imaginaba que se sentía triste, abandonada por todos, incluso por su única hija. Me decía que si Dios permitía aquello sería porque el pecado de ella fue mayor que el de él y eso me hacía llorar hasta que me dolían la garganta y los ojos. Hasta que me estallaba la cabeza. Porque su pecado era yo.

La trenza se había convertido en un nudo apretado y Caroline reaccionó al sentir las lágrimas sobre sus dedos. Respiró hondo y se limpió evitando mirar al médico avergonzada. Después deshizo todo lo que había hecho y volvió al principio.

—Hábleme de Braden —pidió el doctor sin dejar de escribir—. Del muchacho que tomaba clases con su madre. Hábleme de aquella época. ¿Era feliz?

Caroline suspiró y todo su cuerpo se relajó al pensar en ello. La trenza volvió a tomar forma lentamente, equilibrada y perfecta.

—Fue el único amigo que tuve —dijo con una sonrisa—, pero nunca

necesité a nadie más. Era divertido e inteligente, podíamos discutir durante horas o correr y jugar sin cansarnos el uno del otro. Era mi confidente, el que mejor me conocía...

—¿Cómo imaginaba que sería su vida futura entonces? Trate de pensar como aquella Caroline juvenil.

Detuvo sus dedos un instante para trasladarse a aquellos años en Winpenham y después de un buen rato se encogió de hombros y volvió a su tarea manual.

—Creía que viviría con mi madre. Me imaginaba viéndola envejecer a mi lado y ayudándola con las clases.

El médico escribía sin parar y de vez en cuando levantaba la cabeza para observarla.

—¿Nunca se imaginó casada con Braden? —preguntó.

Caroline frunció el ceño como si aquella idea le pareciera descabellada.

—Era mi amigo —adujo.

—Pero él sí pensó en usted de ese modo, ¿verdad?

Ella levantó la mirada y la posó en Jacobs con expresión turbada.

—¿Se lo ha dicho él?

—No hizo falta —respondió sin expresión.

—Se confundió, nada más.

—¿Por qué cree eso? ¿Piensa que no era lo bastante buena como para que su amigo se enamorase de usted?

Caroline arrugó más su ceño.

—No es eso... Éramos amigos, como hermanos...

—Sin embargo, él no la veía como una hermana, ¿verdad? ¿Hizo algo en ese sentido?

La mujer volvió a crisar los dedos y sin darse cuenta aceleró el ritmo apretando el lazo de nuevo y haciendo que el tamaño se redujese visiblemente.

—¿Qué hizo, señora Symmons?

Caroline sintió un estremecimiento al recordar aquel momento y se enervó hasta el punto de no poder mover las manos. Su corazón se aceleró y sus pupilas se dilataron visiblemente. Samuel Jacobs había dejado de escribir y estudiaba atentamente cada una de sus reacciones.

—Me besó —dijo mirando a través de él.

—¿Se propasó? —preguntó directo.

—¡No! —exclamó dolida—. Braden jamás se habría propasado. Él creyó... Se confundió y yo...

—Usted lo rechazó.

—No quería rechazarlo, él siempre había sido mi amigo del alma. — Tenía los ojos llenos de lágrimas y sentía un dolor lacerante en la garganta—. ¿Por qué me hizo eso? Era todo lo que tenía y me lo quitó.

—¿Él se lo quitó?

—¡Sí! —exclamó—. Para él era todo o nada. O lo tomaba o lo perdía.

—Y usted decidió.

—No —susurró pensativa—, no decidí. Simplemente dejé que se fuera.

El psiquiatra puso una mano sobre las suyas y ella dio un respingo involuntario apartándolo con brusquedad.

—Se va a hacer daño —dijo él señalando los cordones.

Caroline bajó las manos y vio que los había enrollado alrededor de sus manos y tiraba con fuerza como si quisiera romperlos. La trenza era horrible, apretada y deforme como sus pensamientos.

—Está bien por hoy —dijo el médico con suavidad.

Capítulo 11

El enorme edificio estaba rodeado por una balaustrada de mármol que hacía elevar la vista a todo el que se acercaba. Subiendo los escalones de la entrada se llegaba a un vestíbulo con multitud de vidrieras de colores, paneles de terciopelo azul y enormes lámparas que lloraban desde los cordones que colgaban del techo.

Newland Reasbeck era un hombre difícil de describir. Tenía el aspecto de alguien que proviene de un lugar salvaje, alguien más propio de las tierras ocupadas por los colonos en el Oeste, que de un local de juego en el que el lujo y el dinero lo copaban todo. Su madre era una prostituta y su padre un contrabandista que trapicheaba en el puerto. Gracias a ese ambiente creció sabiendo lo mucho que cuesta conseguir cada centavo de forma honrada y, sobre todo, a quién debía quitárselo si no quería ser un pobre diablo. Crecer en un burdel tenía cosas buenas: nadie intenta convertirte en alguien que no eres. Comenzó a «trabajar» a los seis años agenciándose de todas las monedas que podía sustraer a los clientes sin que se percatasen. Así aprendió a ganarse la confianza de la gente para después quitarles parte de lo que tenían sin que sospechasen. Siempre decía que si a un hombre le quitas todo lo que tiene se convertirá en tu enemigo. En cambio, si le quitas un poco de lo que tiene sin que se dé cuenta, podrá seguir siendo tu aliado.

Aprendió a jugar a las cartas y pronto se dio cuenta de que tenía un don para hacerlo. Era capaz de averiguar las cartas que había en juego contando las que había sobre la mesa y adivinando las que quedaban en el mazo. Cuando tuvo edad suficiente empezó a apostar y a ganar dinero con ello. Su primer local importante fue una pequeña sala de fiestas a la que asistía gente normal para pasar un rato agradable. En la trastienda algunos hombres jugaban al poker y apostaban parte de su dinero mientras bebían y fumaban entre amigos.

La enorme ambición de Reasbeck se manifestó enseguida y comprendió que para él lo importante no era ganar dinero, era ser el mejor en cualquier cosa que emprendiese. Y empezó a relacionarse con las personas

que podían hacer eso posible.

En eso pensaba Darrel Symmons mientras lo observaba sentado frente a él, fumando relajado mientras contemplaba a sus clientes. Parecía increíble que aquel hombre de porte elegante y mirada serena fuese el mismo al que había visto golpeando a un tipo dos noches atrás.

Apartó la mirada de su poderoso y peligroso amigo y se volvió hacia el público que llenaba esa noche el club. La mesa de juego central, situada bajo la cúpula, era la mayor atracción, como siempre. La atmósfera estaba plagada de dramas y éxitos, aunque la mayoría de los presentes no tuviesen la capacidad suficiente para percibirla a su alrededor. En el poco tiempo que Symmons llevaba con Reasbeck había visto a varios hombres perder toda su fortuna y a otros tantos conseguirla. Él era uno de ellos. Pero lo suyo no había sido gracias al juego, al menos no al juego que se desarrollaba en aquellas mesas.

—Será una buena noche —dijo en voz alta.

Newland no hizo ningún gesto que evidenciase que lo había oído. Seguía con la mirada clavada en aquellos hombres y mujeres que deambulaban por el local yendo de mesa en mesa bailando con la fortuna en una danza que resultaba energizante vista desde aquel apartado rincón.

—Hay que traer a más chicas —dijo de pronto.

Darrel miró hacia abajo y contó mentalmente.

—¿Más? —preguntó sorprendido—. No hay suficientes clientes para todas las que tenemos.

—Quiero más —dijo con firmeza—. Y no quiero que se distingan en absoluto de las damas que acompañan a sus maridos. En absoluto.

Su autoritaria voz estuvo a punto de conseguir que Symmons se pusiera en pie y saliese a buscarlas.

—No aportan demasiado beneficio —argumentó Darrel después de meditarlo unos segundos.

Newland giró la cabeza y lo miró por primera vez en toda la noche.

—¿Cuándo te he hecho encargado de mis finanzas, Darrel? Recuérdamelo, últimamente estoy algo olvidadizo.

—Nunca —respondió el interpelado rápidamente—. Y no pretendo decir que la presencia de esas chicas no añada ambiente al club, sé que es una atracción añadida para estos palurdos.

—¿Palurdos? —El ceño fruncido de Reasbeck habría sido suficiente amenaza para cualquiera—. ¿Llamas palurdos a mis clientes, Darrel?

—Discúlpame —se apresuró a decir el otro consciente del peligro que lo acechaba—. No sé en qué estaba pensando.

El otro hombre curvó una ceja con expresión de cinismo.

—Deberías irte a casa a descansar con tu encantadora mujer y... con Jewel.

—No puedo dejar...

—Insisto.

La expresión de Newland no admitía discusión y Darrel sabía que aquello era una orden explícita, por lo que se puso de pie antes de que tuviese que repetírselo.

—Dale recuerdos a Jewel de mi parte —dijo su jefe—. Y dile que le tengo preparado un maravilloso regalo de cumpleaños.

Symmons se marchó sin decir nada más y salió del local en cuanto tuvo el abrigo y el sombrero puestos. Su carruaje lo esperaba fuera y una vez dentro respiró tranquilo. Newland era el tipo de hombre que hace que cualquiera que esté a su lado se sienta amenazado. Incluso él, que tenía su gratitud eterna por entregarle algo que apreciaba más que a su propia vida. Sonrió satisfecho consigo mismo.

Llegó a su casa en las afueras de Boston más temprano de lo que era habitual y encontró a su mujer charlando con Jewel en el salón mientras hacían sus labores.

—¡Darrel! —se sorprendió su esposa—. ¿Cómo es que estás aquí a estas horas?

Su esposo se acercó a besarla en el cabello e hizo lo mismo con la jovencita a la que habían adoptado.

—Padrino, ¿le sirvo un bourbon? —preguntó la muchacha, solícita.

—Claro, hija. —Le repugnaba lo empalagoso de su relación con esa niña, pero sabía que era su salvoconducto, su seguro de vida y el garante de su fortuna. Nada podía empañar eso.

—Newland puede arreglárselas sin mí una noche —dijo sentándose en su sillón favorito mientras esperaba la copa—. Ya sé que para él soy imprescindible, pero un hombre necesita estar con su familia de vez en cuando.

Su mujer lo miró con cierta sorpresa que trató de disimular.

—No debes malcriarnos —dijo sin demasiada convicción.

La joven le entregó su copa y fue a sentarse junto a su madrina para seguir con su bordado. Todavía no se había acostumbrado a vivir en aquella

casa y debía esforzarse para mostrarse agradecida por todo lo que le ofrecían. Durante la mayor parte de su vida vivió en una casa humilde, en Filadelfia. Acompañada por una criada, Nessie, que cuidaba de ella con el dinero que Malcolm Weber le hacía llegar. El hombre, que era su protector, le había contado que fue amigo de sus padres y que les prometió antes de morir que se encargaría de que nada le faltase.

Cuando Malcolm murió el dinero no dejó de llegar, por lo que pensaron que su ausencia se debía a que se había cansado de visitarlas, y tampoco tenían modo de ponerse en contacto con él ya que no tenían ninguna dirección. Entonces, un día el señor Symmons llamó a su puerta. Era el nuevo esposo de Renée Weber, viuda del que había sido su protector durante toda la vida de la joven Jewel. Le dijo que su esposa y él continuarían protegiéndola hasta que encontrase un marido, pero que debía ir a vivir con ellos a Boston. Se inventó una rocambolesca historia sobre la supuesta necesidad maternal de su esposa y acabó por insinuar que, de no aceptar sus condiciones, dejarían de procurar su bienestar. A partir de ese momento sería una jovencita de clase acomodada, con el futuro asegurado y ningún problema en el horizonte, y no tendría que vivir oculta en aquel miserable pueblo. La única condición que puso Jewel fue que Nessie continuara siendo su institutriz.

El tiempo en aquella casa avanzaba lento y pesado. El ambiente era sofocante, y estar mucho rato acompañada por el matrimonio Weber provocaba en la joven un sentimiento sombrío que oprimía su ánimo. Fijó la vista en el cuadro que la observaba desde la pared de enfrente. Mostraba la imagen de un destartelado granero con un campo de trigo al fondo. No sabía por qué pero aquel granero le parecía un lugar más confortable que el salón profusamente decorado en el que se encontraba. Echaba de menos pelar patatas con Nessie para preparar la cena, sentarse frente al fuego y leer juntas alguna de aquellas historias de piratas que tanto les gustaban a las dos. A veces resultaba tan insoportable para ella recordar los momentos felices que tuvo en aquella humilde casa que tenía que hacer titánicos esfuerzos para no gritar.

En aquella época, la visita de Malcolm Weber de vez en cuando era motivo de alegría para las dos mujeres. El hombre solía sentarse a comer pastel de zanahoria y nunca se iba antes de beberse por lo menos dos tazas de té. Le gustaba hablar de cualquier tema y se reía con satisfacción al escuchar cualquier cosa mínimamente divertida que dijese Jewel. Él habló de su madre en numerosas ocasiones, pero jamás dijo nada acerca de su padre, tan solo

que era un hombre atormentado y taciturno que no la merecía. De su madre contaba muchas historias y le transmitió la imagen de una mujer alegre y vital, que siempre encontraba el lado bueno de todo el mundo y que nunca hizo daño a nadie. Fue un momento muy amargo enterarse de la muerte de aquel hombre, el único nexo que la unía a sus padres.

Cuando Jewel llegó a la casa de Boston se encontró perdida y triste como una flor arrancada cruelmente de su tallo. La señora Symmons no era una mujer cariñosa ni amable y no pareció recibirla de buena gana, nada que ver con la historia que había contado su esposo para justificar su traslado. No pasaba un día sin que le echara en cara algún fallo. Cada gesto, cada movimiento era estudiado y criticado como si su mera existencia debiese ser juzgada.

Al menos así fue al principio, porque de repente un día todo cambió. Jewel nunca supo qué motivó aquel cambio, pero tampoco le importaba. Desde ese momento la dejaron en paz, pasó a convertirse en un mueble más del salón, como aquel cuadro colgado en la pared en el que se mostraba el destartado granero. Pero ser invisible era mucho mejor que ser el cubo al que todos lanzan su basura, así que no se quejaba. Ya nunca más se quejaría de nada. Aceptaba su mala buena suerte y esperaba atenta lo que le deparase el destino.

—El señor Reasbeck vendrá a tu fiesta de cumpleaños —anunció Darrel mirando a la joven—. Me ha dicho que te traerá un espléndido regalo.

Jewel sonrió con fingida satisfacción. ¿A quién no le gustan los regalos?

—Estoy encantado de que estéis aquí. —Donald Wharton se veía verdaderamente feliz.

El despacho del editor se hallaba en la última planta del edificio Wharton. Un edificio de cuatro plantas, sobrio y sofisticado a un tiempo, con revestimientos de hierro fundido en la fachada y porticado de columnas. El despacho en sí era espacioso y muy bien iluminado gracias a los ventanales que recorrían la pared frontal.

Donald Wharton era un hombre maduro tremendamente atractivo. Tenía una soltura en sus movimientos y una mirada directa y abierta que

hacía que los demás se sintieran cómodos frente a él. Había saludado a sus visitantes ingleses con tal simpatía y agrado y que parecía realmente contento de conocerlos.

—Estaba deseando conocer a la esposa de Norwell —dijo con la mano de Caroline entre las suyas—. Su esposo no dejó de hablar de usted cuando nos conocimos.

—Muchas gracias, señor Wharton —dijo Caroline.

—Nada de señor Wharton, llámame Donald —le cortó—. Para mí ya sois como de la familia.

Braden la miró con una sonrisa divertida. Sabía la impresión que causaba su suegro en todo aquel que lo conocía por primera vez, pero imaginaba el enorme choque que suponía para Caroline, tan poco acostumbrada a tal desparpajo.

—Tu marido, Braden y yo estuvimos hablando el otro día largo y tendido sobre su novela —dijo mirando a Norwell—. Es un grandísimo escritor, aunque él aún no lo sabe.

—Es usted demasiado generoso conmigo —dijo Norwell visiblemente incómodo.

—¿Y qué te parece Boston, Caroline? —preguntó Wharton ignorando el comentario del escritor—. ¿Ya has podido tomarle el pulso a la ciudad?

—Llevamos muy pocos días aquí —respondió—, apenas conocemos los alrededores de la casa de Olivia y Braden.

—Conocer una ciudad lleva su tiempo —comentó su hija—, pero no hay prisa, tendremos tiempo de enseñárselo todo, papá.

—Me gusta oír eso —dijo Wharton—. Candace os ha invitado a comer, está deseando conoceros a los dos.

—Sí, nos lo ha dicho Olivia cuando veníamos hacia aquí.

—Caroline está deseando ver la editorial, papá —dijo su hija con un mohín de hija única—. Si no vamos ya tendremos que marcharnos y no habrá tiempo.

—Tienes razón, soy un acaparador —dijo Wharton sonriendo—. Vamos, te enseñaremos los entresijos de esta industria.

Candace Wharton era una mujer bajita y regordeta de la que Olivia había heredado unas dulces facciones y su cordial simpatía. Recibió a sus invitados con evidentes muestras de afecto y se agarró al brazo de Caroline

para llevarla hasta el salón como si se tratase de una vieja amiga a la que se alegraba mucho de volver a ver.

—Braden nos ha hablado tanto de ti que es como si te conociera desde que eras una niña —le dijo cuando estuvieron las dos sentadas en el sofá.

Caroline miró instintivamente a su amigo y sus ojos se cruzaron con complicidad. Volvió a mirar a la señora Wharton.

—Somos como hermanos —dijo orgullosa.

—Lo sé, querida —dijo la mujer manteniendo aquella dulzura en su expresión—. Braden es un gran chico. Ayudó a mi marido durante una época terrible.

—Sí, me lo explicó. Sufría unos episodios en los que se desplomaba sin previo aviso.

—Fue terrible, ningún médico sabía lo que le pasaba, y visitamos a muchos.

—Y de pronto se curó —dijo Caroline.

—Así es —asintió la mujer—. Un milagro. Pero te confieso que el miedo de que vuelva a ocurrirle alguna vez no nos deja tranquilos del todo.

—Lo imagino —afirmó la joven.

—Pero hablemos de cosas agradables, ¿qué tal estáis en Boston? ¿Vais a quedaros?

—No lo sé —dijo con timidez.

—A mi hija le encantaría, lo sé de buena tinta.

—Es una ciudad muy agradable y para Norwell sería enriquecedor...

—Pero echas de menos tu casa —dijo la mujer leyendo en sus ojos—. Después de todo, la tierra siempre tira de nosotros, ¿verdad? Yo no podría vivir en otro lugar que no fuese este. Adoro esta ciudad y a su gente, pero sobre todo aquí están mis recuerdos. Te comprendo.

Caroline sonrió con los labios aunque sus ojos no los acompañaban, por eso apartó la mirada, para evitar que la madre de Olivia viese más de lo que quería mostrar. No podía decirle que sus recuerdos eran en gran parte amargos y que cambiar de continente no le parecía tan difícil. Miró a su marido, que hablaba relajado con los demás, y sintió una paz casi completa.

—Adella es una gran admiradora de Norwell —dijo Candace devolviendo las palas de servir las verduras a la bandeja que sostenía su criado.

—Adella es una mujer peculiar —dijo el editor mirando al matrimonio Symmons—, ya os habréis dado cuenta. Es una lectora empedernida, aunque esconde esa debilidad ante sus amistades porque teme que eso, añadido a su fama de progresista, acabe por cerrarle todas las puertas de las buenas casas de Boston.

—Conocemos a la señora Cadwell —dijo Norwell—. Debo decir que su discurso es muy interesante. Y siempre es agradable relacionarse con personas que lo admiren a uno.

—Entonces se encuentra usted en el mejor lugar de Boston —apuntó Candace riendo—. En esta casa se le admira mucho.

Norwell y Caroline sonrieron con satisfacción. La comida estaba resultando de lo más agradable.

—Cuesta creer que Adella sea viuda —dijo Caroline—. Se la ve tan joven.

—Adella se quedó viuda después de la noche de bodas. Su marido amaneció muerto en su cama —explicó Donald Wharton.

—¡Dios mío! —exclamó Caroline, sorprendida.

—Tranquila, querida —intervino Olivia—, no le costó mucho superarlo.

—Pero es terrible —insistió la inglesa.

—Depende de cómo se mire —adujo Donald Wharton—. Fue un matrimonio interesado, su marido era un hombre insignificante que consiguió una gran fortuna especulando con las miserias de otros.

—Al morir tan pronto dejó una viuda joven, rica y tremendamente hermosa. Pero lo más importante es que recuperamos a una maravillosa actriz para deleite de todos —concluyó Candace—. Al principio creímos que enseguida encontraría otro marido y la perderíamos para siempre, pero contra todo pronóstico sigue sola.

—Es una mujer con una personalidad demasiado fuerte —dijo Olivia—. Los hombres la temen.

—Coincido con esa opinión —dijo Donald.

—¿Usted también la teme? —preguntó Caroline divertida.

—Sería un estúpido si no me sintiese intimidado por ella —confesó sin tapujos—. Es inteligente, decidida y muy hermosa. Su belleza te obliga a mirarla y una vez que ha captado tu atención te ataca con preguntas a las que no quieres responder, pero que las normas de educación te obligan a hacerlo. Es un diablo esa mujer.

Todos se echaron a reír al ver la expresión atribulada del editor.

—Hablemos de otro tema que no sea Adella —dijo Candace mirando a Norwell—. ¿Ya has decidido si vas a aceptar la oferta de Gideon?

—No —respondió el interpelado.

Los demás miraron instintivamente a Caroline, que bajó la cabeza mirando su plato.

—Caroline va a ser lectora de manuscritos —dijo Malcolm—. De hecho me consta que ya ha empezado bajo la supervisión de Olivia.

Caroline asintió entusiasmada sintiendo que por fin hacia algo especial y único. Ahora su día a día era mucho más divertido y sus actividades ya no se centraban solo en las visitas, las charlas y el tratamiento del doctor Jacobs.

—Quizá Adella tenga razón —dijo en voz alta—. Quizá algún día las mujeres puedan... votar.

Todos la miraron sorprendidos y Candace se echó a reír a carcajadas.

—Creo que Caroline ha pasado demasiado tiempo con la señora Cadwell, Olivia —dijo entre risas.

Capítulo 12

—¿Le gustan? —El doctor Jacobs siguió la mirada de Norwell hacia su colección de plumas de ave.

El escritor asintió sin decir nada.

—¿Usted tiene alguna colección? —preguntó el psiquiatra mirándolo desde la butaca situada frente a la suya.

Norwell negó con la cabeza y apartó la mirada como si no quisiera estar allí.

—¿Sigue sin estar a gusto por hacer esto? Sin embargo fue idea suya viajar a este país para traer a su mujer a esta consulta.

—En realidad no. Fue idea de su hermana. De su hermanastra —puntualizó.

—Pero usted estuvo de acuerdo. De hecho creo que fue usted quien convenció a la señora Symmons.

Norwell asintió.

—Bien, entonces deduzco que está de acuerdo en utilizar mis métodos para tratar de ayudarla. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca —dijo de mala gana.

—Bien. En los días previos hemos hablado mucho de su situación actual. También de su viaje a España y de todo lo que lo inspiró para escribir su primera novela.

Norwell lo miraba con atención pero sin entender a dónde quería llegar. El psiquiatra lo miró durante unos segundos sin decir nada, analizando su expresión.

—¿Qué es lo más terrible que le han dicho acerca de sus meñiques? —preguntó al fin.

Norwell pensó en aquella curiosa pregunta durante unos segundos antes de responder.

—Una vez escuché discutir a mi madre con... él —empezó—. Él dijo cosas horribles, que no me importaron demasiado porque estaba acostumbrado a oírlas. Cuando acabó, mi madre tomó la palabra y le dijo que

Dios marcaba a los hijos de los pecadores dotándolos de alguna imperfección para que sus padres supieran que Él conocía bien sus pecados. Cuanto más pecador era el padre, más evidente el defecto, dijo, y pocos defectos serían más evidentes que el de su hijo, porque al privarlo de meñiques Dios se aseguraba de que todo aquel a quien conociese se encontrase en la incómoda tesitura de estrechar aquella mano de cuatro dedos. Cuando vean su defecto te mirarán a ti, le dijo, y sabrán la clase de hombre que eres.

—¿Recuerda lo que sintió?

Norwell lo miró con fijeza y asintió con la cabeza lentamente.

—Lo que dijo mi madre me convertía en una herramienta en manos de Dios y me culpabilizaba de los pecados de mi..., de él.

—¿Cree que su madre lo despreciaba por esa carencia?

—Si era así nunca me lo demostró —dijo sereno—. Siempre me trató con cariño, nunca tuvo un mal gesto hacia mí.

—¿Y cómo explica esa conversación?

—No era una conversación, era una discusión. Era el argumento de una mujer maltratada y torturada por un monstruo. No la culpo por ello, aunque me causó un daño indescriptible.

—A veces las personas a las que más amamos son las que más dolor nos causan.

Norwell no apartaba la mirada y sus ojos verdes aparecían diáfanos y calmados, como su ánimo.

—¿Qué cree que le pasa a su esposa, señor Symmons?

Pensó durante unos segundos en aquella pregunta. Había pensado tantas veces en ello que no le costó hallar una respuesta.

—Tiene miedo.

—¿Miedo de qué?

—De que le hagan daño.

—¿Quién?

Norwell se encogió de hombros como si aquello no fuese con él, pero al doctor Jacobs no le pasó desapercibido el encogimiento que había provocado en su cuerpo, era como si quisiera plegarse sobre sí mismo.

—¿Cree que su mujer tiene miedo de usted, señor Symmons?

La expresión de Norwell era la de un hombre asustado que intenta no perder el dominio sobre sí mismo.

—Pero ella sabe que usted no le haría daño —aseguró el psiquiatra—; se casó con usted.

—En abstracto lo sabe, pero en la práctica no.

—¿Le haría usted daño, señor Symmons?

Hubo cierto retraso en su respuesta.

—No —dijo finalmente.

—Ha dudado.

—No he dudado.

—Sí, ha dudado —insistió el médico—. ¿Cree que podría hacerle daño?

—No —dijo apretando la mandíbula—, antes de hacérselo me clavaría un puñal en el pecho.

—¿Por qué iba a necesitar clavarse un puñal en ninguna parte, señor Symmons? —El médico lo estaba analizando detenidamente—. Usted no tiene ninguna intención de hacerle daño a su esposa. ¿O es que cree que alguien puede hacer algo contra su voluntad estando cuerdo?

Norwell no pudo disimular su desconcierto e inquietud.

—¿Es eso lo que teme? ¿Cree que puede hacerle daño contra su propia voluntad y raciocinio?

El otro seguía sin responder, con evidente tensión.

—¿Cree usted que está loco, señor Symmons?

—No, no creo que esté loco.

El médico asintió pensativo observándolo durante unos segundos en silencio.

—¿Qué opina usted del mal? —preguntó.

—¿Del mal? Es una pregunta un poco extraña, no sé a qué se refiere.

—Intentaré ser un poco más directo —concedió el médico—. ¿Cree usted que existe el mal como un ente separado del ser humano?

—¿Me está preguntando si creo en el demonio?

—Por ejemplo.

—Bueno, creo que si acepto que existe el bien debo aceptar que existe el mal. Y del mismo modo, si creo en Dios, debo creer en el Diablo —aceptó.

—¿Y cree que el diablo posee a las personas contra su voluntad?

Norwell se sentía incómodo con aquellas preguntas y se removía en la butaca tratando de encontrar una postura relajada.

—¿Cree que su padre está poseído por un demonio?

—No lo llame así —pidió.

—Me he dado cuenta de que evita llamar a su padre por ese atributo.

Norwell lo miró con rabia.

—Le he pedido...

—Que no mencione que es su padre, lo he oído.

—¿Está tratando de provocarme? —El escritor entrecerró los ojos para analizar la expresión del médico, pero este estaba acostumbrado a mantenerse oculto detrás de una pose científica.

—¿Cree que su padre está poseído por un demonio? —repitió el psiquiatra.

—No lo sé —confesó.

—¿Cree usted que hay un demonio dentro de usted? ¿Un demonio que le transfirió su padre al engendrarlo y que despertará algún día para hacer daño contra su voluntad?

Norwell apartó la mirada por primera vez en toda la sesión.

—¿Cree que es ese demonio el que ultrajó a su esposa y que volverá a hacerlo utilizando sus atributos masculinos para ello?

Norwell parecía una cafetera a punto de explotar. Respiraba con agitación y tenía un leve tic bajo el ojo.

—Sé que su mujer y usted no han mantenido relaciones sexuales desde que se casaron. ¿No la desea?

—Claro que la deseo —dijo—, soy un hombre...

—No la desea porque sea un hombre, señor Symmons, de ser así todos los hombres desearíamos a todas las mujeres y viviríamos permanentemente frustrados. Usted desea a su esposa porque la ama. Dígame una cosa, Norwell, ¿puedo llamarle Norwell? —Esperó a que el otro asintiera antes de continuar—. ¿Ha hecho usted daño a alguna persona a lo largo de su vida?

—Supongo que alguna vez.

—Lo que le cuestiono es si ha hecho verdadero daño a otro ser humano, a conciencia o involuntariamente.

—No —dijo rotundo.

—¿Y por qué cree que será capaz de hacérselo a su esposa, a la que hemos constatado que ama?

—Porque a veces... —No pudo continuar la frase, algo dentro de él se agrietaba cada vez que intentaba verbalizar lo que escondía su mente.

—¿Se refiere a que tiene usted oscuros pensamientos hacia ella?

—No soy yo.

—¿Se refiere a ese demonio del que hablábamos? —preguntó el doctor Jacobs interesado.

Norwell asintió.

—No puedo dormir sin tener pesadillas —confesó.

—¿Qué pesadillas? Cuéntemelas —pidió.

—No puedo —suspiró al tiempo que negaba con la cabeza.

—Si no va a confiar en mí entonces me temo que habrán hecho un larguísimo viaje para no llegar a ninguna parte.

Norwell se restregó la cara con las manos y soltó el aire de sus pulmones de golpe. Trataba de encontrar el valor para decir en voz alta algo que no se había atrevido a escuchar él mismo.

—Amo muchísimo a mi mujer —dijo con expresión atormentada—, no querría hacerle daño jamás.

El médico lo miraba con expresión neutra tratando de infundirle seguridad con sus ojos.

—¿Cómo voy a contarle algo que ni yo puedo escuchar? —Se movió incómodo y apartó la mirada como si buscara un lugar por el que escapar.

—¿Sueña usted que viola a su esposa? —preguntó directamente.

Norwell empalideció.

—Sueña que la posee contra su voluntad. Y no solo eso sino que se despierta excitado por ello y deseando cumplir sus fantasías.

El rostro de Norwell había perdido el color por completo y el médico temió que se desmayara allí mismo. Se levantó y fue hasta un carrito de bebidas y sirvió brandy en dos vasos antes de volver a su butaca. Le tendió un vaso y el escritor lo cogió con manos ávidas llevándolo con rapidez a sus labios para beber con fruición. Necesitaba algo que calmara el fuego que sentía dentro de su cabeza abrasándole el cerebro.

—Norwell, no es usted un monstruo como su padre —le tranquilizó—. Nada de lo que soñamos nos puede convertir en monstruos. Son nuestros actos los que nos definen. Usted ha cuidado de su esposa, la ha querido incondicionalmente sin exigirle que cumpla con sus obligaciones como esposa. Pocos maridos serían tan considerados. Y es esa tensión que soporta, tanto física como mental, la que le está pasando factura. Su cerebro busca el modo de satisfacer sus anhelos mientras duerme, pero se encuentra con que hay demasiado dolor en usted. Ambos sentimientos se mezclan y provocan esas pesadillas que lo atormentan. Eso no significa que vaya a ponerlas en práctica.

Norwell dejó el vaso en la mesilla que había junto a él y se inclinó apoyando los codos en sus rodillas para sostener la cabeza en sus manos. Todo le daba vueltas y tenía ganas de vomitar. Sentía un torbellino de

emociones recorriendo su cuerpo a través de sus venas, el corazón se le aceleraba cada vez más y le costaba respirar.

Samuel Jacobs se levantó y fue hasta una vitrina para coger una botellita que abrió rápidamente frente a la nariz de Norwell.

—Huela —ordenó—, vamos, aspire.

Norwell hizo lo que le ordenaba y poco a poco la oscuridad que se cernía a su alrededor se fue disipando. El doctor Jacobs dejó el frasco en su lugar y volvió a su sitio frente a él, dispuesto a esperar hasta que estuviese totalmente recuperado.

—Esas pesadillas son tan reales. —Norwell se había incorporado y miraba al médico ya sin reservas—. Siento el tacto de su piel bajo la yema de mis dedos, puedo notar su olor... Al principio todo es suave y agradable, ella me deja navegar por su cuerpo como un barco deslizándose por un mar en calma. Pero entonces ocurre. Me aparta. Me empuja con determinación. Así es en verdad —confesó—. Eso es lo que ha ocurrido entre nosotros desde que nos casamos.

—Pero en su sueño usted no se detiene —dijo el médico.

Norwell negó.

—Y le aterra pensar que algún día pueda hacerlo realidad.

—¿Usted puede asegurarme que no lo haré? —preguntó anhelante.

—No puedo asegurarle eso ni ninguna otra cosa —dijo con sinceridad—, pero por mi experiencia no detecto en usted ningún síntoma que explique una personalidad psicopática. No es usted propenso a hacer daño a los demás, empatiza con el sufrimiento ajeno y no se siente superior al resto de los mortales.

—¿Y si un día no puedo contenerme? —preguntó—. ¿Qué ocurrirá si cruzo esa línea y acabo contra su voluntad lo que tantas veces empezamos?

—¿Qué cree usted que ocurrirá?

—No podría volver a mirarme a la cara —sentenció—. Jamás recuperaría su confianza, su amor...

—¿Y esas cosas son importantes para usted?

—Son mi vida —confesó.

—Ahí tiene su respuesta. Una persona puede fantasear con la idea de pasar la hoja de un cuchillo por encima de su brazo, imaginar lo que ocurriría si lo hiciese. Pero ¿sabe por qué no va a hacerlo? Porque sabe que su sangre escaparía por aquella abertura y lo mataría. Fantasea con la idea de terminar lo que empieza porque desea acabar con esta situación. Su subconsciente lo

termina del modo más violento para que no pueda ignorarlo, pero usted sabe perfectamente que eso en realidad no terminaría con el problema sino que lo agravaría de un modo imposible de revertir. Lo que le está diciendo su mente es que necesita encontrar el modo de ayudar a su esposa o usted mismo acabará sufriendo las consecuencias. Es su grito de auxilio, Norwell.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó ya más sereno.

—Lo que hace —sentenció el psiquiatra—. Traer a su mujer hasta aquí para que yo la trate. Tratarla con cariño y ternura. Tener paciencia. Pero hay otras cosas que también hace que juegan en su contra. Como acercarse a ella como si temiese que fuese de cristal y pudiese romperse en pedazos. Tratarla como si estuviese enferma, como si hubiese algo que no funciona bien en ella. Caroline lo siente y ha llegado a convencerse de que es así.

—¿Y qué debo hacer? Si lo intentamos acaba vomitando...

—Porque hay una gran tensión entre los dos. Verá —dijo el médico cerrando el cuaderno—. Es como cuando uno está convencido de que se va a caer del caballo, todo tu cuerpo se prepara para la caída. Cuando inician el acto conyugal van los dos predispuestos a ese desenlace. Intentan borrarlo de su mente, pero está ahí todo el tiempo.

Norwell asintió.

—¿Y qué debo hacer? ¿Puede ayudarme?

—Claro que puedo, señor Symmons, y créame que lo haré.

Jewel estaba radiante con su vestido azul. Su piel juvenil, ligeramente maquillada, se veía aterciopelada y jugosa como una fruta. Le dolían las mejillas de tanto sonreír. Los Weber habían invitado a todo Boston a su fiesta de cumpleaños, pero lo cierto es que a la mayoría de aquellas personas no las había visto jamás, y a un pequeño y reducido grupo, tan solo en contadas ocasiones. Jewel no tenía amigas, la señora Weber no recibía nunca visitas y las pocas veces que las realizaba no había podido intimar lo suficiente con ninguna jovencita de su edad.

Cuando Newland Reasbeck entró en la casa hubo un rumor que se fue extendiendo entre todos los invitados. Jewel sonrió al hombre que llegaba escoltado por otros dos caballeros de aspecto imponente.

—Mi querida Jewel —dijo acercándose a la homenajeadá—. Estás

maravillosa. Espero que aceptes el regalo que te ha traído este humilde y viejo amigo.

Jewel sonrió, Newland Reasbeck no era viejo en absoluto, de hecho estaba segura de que debía ser más joven que su padrino.

—Muchas gracias, sea lo que sea, señor Reasbeck.

No le había pasado desapercibida la especial atención que Newland Reasbeck le prodigaba siempre que se veían. El hecho de que no tuviese hijos le hacía pensar que quizá la utilizaba para satisfacer aquella carencia emocional porque, aunque no era viejo, no podía pensar en él de otro modo.

—¿Te gustaría que diésemos un paseo por el jardín mientras esperamos a que llegue mi regalo? —preguntó Reasbeck—. Hace una temperatura estupenda y así podremos charlar tranquilamente sin peligro de que alguno de los espías de tus padrinos nos escuche.

Con una sonrisa divertida le ofreció su brazo y juntos caminaron hacia la puerta que daba al jardín, situado en la parte de atrás de la casa.

—¿Qué tal está resultando tu fiesta?

—Maravillosa —dijo la joven con una enorme sonrisa.

—No he visto a muchos jóvenes de tu edad —dijo Newland con una mirada perspicaz—. Me temo que la lista de invitados de tu padrino no es la más adecuada para alguien que cumple dieciséis años.

—Conozco a muy poca gente en Boston.

—Lo sé —reconoció él—, tendremos que solucionar eso. Tengo muchos amigos entre las mejores familias de Boston.

—Todo el mundo conoce a Newland Reasbeck —dijo Jewel soltándose de su brazo y adelantándose un poco—. La señora Weber siempre dice que es el hombre más influyente y poderoso de Boston.

—¿Y tú qué opinas?

—¿De usted?

Newland asintió y la joven detectó en su mirada una fugaz expresión atribulada, como si un temor oculto hubiese aflorado durante un instante.

—Todos parecen respetarlo y temerlo al mismo tiempo —dijo con sinceridad.

—¿Y eso te resulta extraño? El poder provoca eso en las personas: una atracción irresistible y un temor involuntario.

—Yo no le temo.

Reasbeck la miró con evidente satisfacción.

—Eres una chica lista —dijo—. No debes temerme.

Siguieron caminando en silencio mientras la fragancia de las flores nocturnas llegaba hasta ellos movida por la suave brisa que se agitaba a su alrededor.

—¿Eres feliz, Jewel? —preguntó Newland deteniendo su paso.

La joven lo miró extrañada por una pregunta tan directa y de contenido tan inespecífico. Se encogió de hombros.

—La señora Cadwell, la actriz, ¿sabe quién es? —preguntó mirándolo—. Soy una ferviente admiradora suya.

—Sí, sé quién es —respondió Reasbeck.

—Pues ella dice que la felicidad nunca puede disfrutarse plenamente siendo mujer.

—Me temo que la señora Cadwell y sus ideas progresistas han llegado a nuestro mundo demasiado pronto.

—Me fascina verla en el escenario —siguió Jewel sin disimular su entusiasmo—. Tiene una fuerza poderosa, una seguridad abrumadora. Ojalá yo pudiese parecerme un poco a ella.

Newland Reasbeck la miró a los ojos con intensidad y con una expresión que a Jewel le resultó familiar, como si la hubiese visto muchas veces, pero no reconociese el rostro en el que se le representaba en ese momento.

—Tú puedes ser quien quieras ser —dijo con convicción—. No debes rendirte jamás a los deseos de los demás, Jewel. Si alguna vez necesitas hablar con alguien o tienes cualquier problema, acude a mí. Somos amigos, ¿de acuerdo? No lo olvides nunca, pequeña.

La joven se había quedado prendada en aquellos ojos penetrantes.

—Y ahora vayamos dentro, tengo que darte tu regalo —dijo ofreciéndole de nuevo su brazo.

—Soy Adella Cadwell —dijo estrechando su mano con suavidad—. Tengo entendido que esta es tu fiesta de cumpleaños.

Jewel se había quedado muda frente a la mujer que tanto admiraba.

—Parece que mi regalo sí ha conseguido superar tus expectativas —dijo Reasbeck satisfecho—. La señora Cadwell ha venido a deleitarnos con una de sus interpretaciones.

—Me ha dicho un pajarito que cuando vivías en Filadelfia solías escenificar algunas obras del señor Dickens y el señor Collins —apuntó

Adella.

Jewel abrió los ojos sorprendida.

—¿Cómo sabe eso?

—El señor Reasbeck me contrató, pero ha sido tu querida Nessie la que me ha contado esas cosas —confesó la actriz—. Te prometo que la próxima vez que el señor Dickens me contrate para interpretar una obra suya me aseguraré de que asistas al teatro en primera fila.

—¿De verdad hará eso?

—Por supuesto —aseguró Adella—, siempre cumplo lo que prometo y esto es una promesa.

—La señora Cadwell está aquí para interpretar a uno de tus personajes favoritos, Jewel.

La joven miró a Newland y a Adella alternativamente, era tal su emoción que no encontraba las palabras.

—¿Porcia? —preguntó al fin.

Se tapó la boca para ahogar un grito emocionado cuando ambos asintieron al unísono.

Capítulo 13

—«La clemencia no quiere fuerza; es como la plácida lluvia del cielo que cae sobre un campo y lo fecunda; dos veces bendita porque consuela al que la da y al que la recibe. Ejerce su mayor poder entre los grandes; el signo de la autoridad en la tierra es el cetro, rayo de los monarcas. Pero aún vence al cetro la clemencia, que vive, como en su trono, en el alma de los reyes. La clemencia es atributo divino, y el poder humano se acerca al de Dios cuando modera con la piedad la justicia. Hebreo, ya que pides no más que justicia, piensa que si sólo justicia hubiera, no se salvaría ninguno de nosotros. Todos los días en la oración, pedimos clemencia, pero la misma oración nos enseña a perdonar como deseamos que nos perdonen. Te digo esto sólo para moverte a compasión, porque como insistas en tu demanda, no habrá más remedio, con arreglo a las leyes de Venecia, que sentenciar el pleito en favor tuyo y contra Antonio.»

Todos los invitados miraban a Adella que, vestida con ropas masculinas en su papel de Porcia, seguía viéndose tan bella como portando sus mejores galas. Mientras todos observaban a la actriz, Newland Reasbeck contemplaba a Jewel desde un lugar privilegiado, al resguardo de curiosos. Buscaba en aquellas facciones de su rostro las que había visto en el de su madre o en el suyo propio. El hecho de haber engendrado una mujer facilitaba en algo protegerla de los ojos curiosos. Resultaba más sencillo para la mayoría de la gente comparar al hijo con el padre y a la hija con la madre.

Durante años desconoció el paradero de su mujer y su única hija. Su esposa se marchó de su lado huyendo de su mala vida. Se refugió en aquel pequeño pueblo de Filadelfia, lejos de él y de todo lo que él representaba. Malcolm Weber se encargó de ayudarla, un amigo fiel que no dudó en llevarse a la tumba su secreto mejor guardado. Cuántas veces habían comido sentados a la misma mesa. Cuántas habían charlado de su niñez, provocándolo para que confesara, sin que detectara en sus ojos el más mínimo destello de traición.

¿Podía reprochar a su amigo que no confiase en él? Al contrario, su

fidelidad para con Vera le había granjeado su eterno agradecimiento y le había salvado la vida. Si hubiese flaqueado, si en algún momento le hubiese revelado su paradero, no habría podido dejarlo con vida. La seguridad de su hija estaba por encima de la de cualquier otro ser humano. Incluso de la de su mejor amigo.

¿Qué vida le esperaba a la hija de alguien como él? ¿Cómo habría podido protegerla? Era un punto débil en su poderosa coraza, un eslabón fácil de quebrar. Cualquiera de sus enemigos estaría entusiasmado sabiendo que había alguien con quien podían amenazarlo. Alguien a quien hacer daño para dañarlo. Le costó aprenderlo y lo hizo del modo más aterrador posible, pero lo daba por bueno viéndola allí, sana y salva, inocente y ajena a todo. Nadie debía descubrirlo jamás.

Cuando Darrel se presentó en el club para contarle lo que sabía, el primer impulso que tuvo fue librarse de él para siempre. No le habría resultado nada difícil. No le gustaba Darrel Symmons. Pero entonces el mediocre y ladino inglés tuvo una idea brillante. Encontró el modo de que pudiese estar cerca de su hija sin que eso supusiera un peligro para ella. Jewel sería acogida como ahijada en casa de los Weber y de ese modo él podría visitarla siempre que quisiera, como buen amigo de la familia que era. Desde entonces había comido con ella, habían charlado despreocupadamente y podía estar en ese momento en su fiesta de cumpleaños sin levantar sospechas. Le estaba agradecido, pero no se fiaba de él. Había algo siniestro en ese hombre y por eso lo vigilaba de cerca.

—¿Te ha gustado? —Adella no se había cambiado de vestuario y bebía de su copa de champán con ropa y maquillaje masculino mientras hablaba con Jewel bajo la supervisión del señor Weber.

—Muchísimo —confesó la joven—. ¿Cree usted que yo podría ser actriz?

—Estoy segura de ello —dijo bajando la voz—, he visto cómo te comportas y debo reconocer que detecto a una gran actriz bajo esa carita inocente.

La joven se puso roja como un tomate y Adella rio divertida.

—No alimente su imaginación, señora Cadwell —dijo Darrel.

—¿Por qué no? ¿Qué hay mejor y más poderoso que la imaginación?

—preguntó la actriz sin borrar su sonrisa.

Darrel Symmons levantó una ceja.

—El dinero, por supuesto —dijo rotundo—. Y Jewel debe pensar en cómo tener una vida próspera y adecuada a su estatus social.

—¿Y ser actriz le parece demasiado humillante? —Adella lo miraba divertida—. Debo decirle, por si no lo sabe, señor Weber, que poseo una considerable fortuna heredada de mi difunto marido y que...

—Una actuación memorable, señora Cadwell —dijo Newland Reasbeck, que se había acercado sin que ninguno de los tres se percatase.

—Señor Reasbeck. —Darrel dio un respingo al escuchar la voz de su jefe tan cerca—. Hablábamos del éxito de su regalo para mi querida ahijada.

—En realidad hablábamos de lo poco adecuado que es para Jewel querer ser actriz —dijo Adella sin timidez—. Para el señor Weber mi profesión es demasiado humillante para ella.

Los ojos de Newland miraron con tal frialdad a Darrel que este sintió que se le doblaban las rodillas.

—Mi esposa está haciéndonos señas para que vayamos —dijo Darrel con un gesto de disculpa al tiempo que extendía la mano hacia Jewel—. Quiere que saludes a unos amigos, querida.

Jewel asintió con disgusto, no le caían bien aquellas mujeres que siempre estaban criticando a todo el mundo.

—Debes ser amable con tus invitados —dijo Adella sonriendo—. Yo esperaré aquí hasta termines para despedirme de ti.

La joven hizo un gesto en señal de agradecimiento y siguió a su padrino.

—Parece que ha sido usted un gran regalo —dijo el señor Reasbeck cuando se quedaron solos.

—Es admirable su solícito interés por esa maravillosa joven —dijo Adella con expresión inocente—. Supongo que es consciente de que no le pega tal generosidad.

Newland la miró sin comprender.

—Muy mala debe ser su opinión sobre mí si ha llegado a esa conclusión.

—Su fama le precede, señor Reasbeck.

—¿Y qué fama es esa?

—Regenta usted un club de juego en el que padres de familia se gastan el sustento de sus hijos.

Newland la miró con expresión cínica.

—No les obligamos a visitarnos a punta de pistola. Vienen a mi club buscando distracción y yo se la doy. Si no fuese yo sería otro...

—¿No le importa el daño que causa? Sé que algunos de esos hombres lo pierden todo en sus mesas de juego.

Reasbeck sonrió, se estaba divirtiendo con aquel juego.

—¿Sabe usted dónde nació? ¿Cómo fue mi vida cuando era un niño?

El magnate miraba hacia la pista en la que bailaban alegremente algunos invitados. Estaban a suficiente distancia del bullicio como para poder hablar con cierta tranquilidad, pero no sin ser escuchados.

—Nació en los bajos fondos. Su madre, que era prostituta, lo crió en un burdel y lo utilizaba para robar a los clientes.

Reasbeck la miraba con fijeza.

—Al burdel venían hombres como estos que ve aquí, hombres que vivían en lujosas casas, que tenían esposas muy respetables, hijas...

—Y así justifica lo que hace —dijo ella muy seria.

—Crecí viendo sus carruajes detenerse frente a la puerta, y a ellos vestidos con ropas limpias y costosas. Aprendí que había otro mundo distinto al mío. Un mundo en el que no me dejarían entrar por las buenas. —Sus ojos mostraban una frialdad estremecedora cuando inclinó la cabeza. Había bajado tanto la voz que Adella tenía que esforzarse para oírle sin acercarse demasiado—. No, no me importa el daño que cause a esos hombres. Me importan una mierda.

El corazón de Adella martilleaba contra su pecho.

—Ninguno de esos hombres que usted defiende ha dudado jamás en aceptar a una mis chicas para aliviarles... el bolsillo. —La miró con lujuria y bajó sus ojos hasta los pechos que se adivinaban turgentes bajo la ajustada chaqueta masculina—. Me temo que sus pobres principios no tienen en cuenta que las personas siempre encuentran excusas convincentes para desechar toda ética.

—Usted es buena prueba de ello. —La mirada de la actriz era severa y enfadada.

—Le hablaré de los hombres que visitan el club, señora Cadwell —se recreó en el tratamiento—. Les gusta imaginar que son otras personas, que tienen otras vidas. Llegan al club con los bolsillos cargados de billetes y creen que en aquellas mesas encontrarán lo que llevan años buscando. Les gustan las caricias de mis chicas porque los hacen sentirse especiales, pero no

cambiarían el juego por ellas. El juego es lo que les excita realmente.

—Y luego defienden que son superiores a nosotras —dijo Adella con desprecio.

—¿Se refiere usted a los hombres? —preguntó para asegurarse—. ¿Tan pronto cambia de enemigo?

—¿Le incomoda?

—¿Incomodarme? —Se echó a reír—. Si no fuese por sus apasionados ataques mi vida sería muy aburrida.

Adella lo regañó con la mirada.

—Si nos basamos en su opinión sobre los hombres que visitan su club —siguió hablando—, no es posible que defienda la superioridad del hombre frente a la mujer.

—Y, sin embargo, como ya le he dicho en tantas ocasiones, esa superioridad es evidente —dijo con una sonrisa torcida—. ¿Cómo si no se explicaría que desde el principio de los tiempos hayamos sometido a su sexo a nuestros designios? Se equivocan ustedes en plantear el problema como una cuestión de no superioridad. No se puede luchar contra la evidencia.

—¿Y qué me aconseja que sea más efectivo, señor Reasbeck?

—Me temo que en eso no voy a ayudarla. Tengo por costumbre no ayudar nunca a mi enemigo, y soy hombre, no lo olvide. Y ahora, si me disculpa, debo marcharme ya y quiero despedirme de la protagonista de esta fiesta. Encantando de charlar con usted, señora Cadwell. Espero verla muy pronto.

Adella inclinó la cabeza y le sonrió a modo de despedida. Lo vio alejarse con paso firme y espalda erguida. Era un hombre sumamente elegante, con ese atractivo natural que tienen los hombres que han vivido mucho, que se han enfrentado a aquello que más temían y han sobrevivido. Ese tipo de hombre irradia seguridad porque el temor proviene del desconocimiento y creen que ya lo conocen todo. Era como una exótica y venenosa serpiente que inspira deseos de acariciar su fría y viscosa piel, pero que no dudaría en clavarle sus afilados dientes para después enroscarse alrededor de su cuerpo hasta estrangularla, si alguna vez se convertía en su enemiga.

Aquella noche Newland Reasbeck se revolvía enfadado por aquel

juego que acabaría poniendo a su esposa en peligro. Cuando se volvió hacia ella, Adella vio que la ira bullía en sus ojos. La ternura de su esposa aumentó mientras lo veía dominarse. Solo había una cosa que la enternecía más que verlo contenerse y era su costumbre de protegerla. Era un caballero de armadura reluciente cuando se trataba de ella y eso la hacía sentirse la mujer más importante del mundo.

—Newland... —pronunció su nombre en voz baja y le tendió la mano.

El hombre no se movió al principio, pero luego se acercó y rechazando su mano rodeó la diminuta cintura con su brazo. Ella lo miraba con sombría expresión.

—Me moría de ganas de tenerte así —dijo él con la voz ronca.

—Lo de llevarme de regalo fue idea tuya —lo provocó—. Te encanta jugar con fuego.

—No sabes cómo desearía que todos supieran que eres mía —susurró en su oído.

—No me importaría correr ese riesgo —dijo ella con su aterciopelada voz.

—No puedo arriesgarme a que alguien te haga daño por mi culpa. No podría soportarlo sin ti. Prométeme que tú nunca te irás —pidió sin importarle mostrarse débil.

—Nunca me iré —confirmó ella.

Sabía que su pasado se había removido en su interior. Jewel se parecía tanto...

—Ha sido una estupidez, podrían habernos escuchado —dijo él entre dientes—. ¿Por qué caigo siempre en tus provocaciones?

—Porque te encanta que te rete en público. —Le acarició el rostro con ternura.

—Con ella no —dijo devolviéndole la caricia—. Adella, Jewel no debe saber...

—Debes dejar el pasado atrás de una vez. —No disimuló su desagrado.

Él apretó la mandíbula en un gesto de contención que buscaba evitar la verbalización de una blasfemia. Ella le cogió la cara entre las manos y lo obligó a mirarla.

—Yo soy tu presente.

—Nunca planeé enamorarme de ti —dijo él si apartar la mirada.

—Lo sé —respondió Adella con una preciosa y perfecta sonrisa—. Fue inevitable para los dos. Yo tampoco lo planeé.

—Aun así decidiste casarte con ese imbécil —mordió cada una de aquellas palabras.

—Era un pobre hombre, no tendría que haber muerto. —Una sombría expresión cruzó por delante de su cara.

—Debería haberme hecho caso. —Aquella mirada habría hecho estremecer de terror a cualquiera—. Le advertí y no quiso escucharme.

—Nunca te lo perdonaré —constató ella sin amilanarse.

Newland la apretó contra su cuerpo.

—Lo sé —dijo—. Hay una parte oscura en mí, siempre lo has sabido. Y, aun así, me amas.

—Aun así, te amo —dijo ella.

—Adella... —gimió.

Se inclinó para besarla y la pasión se agitó dentro de ella. Adella se abrazó a su cuello cuando él escondió su boca en la curva de su garganta mientras sus manos subían y bajaban por su espalda. Newland sentía el dolor del deseo y la apretó contra su cuerpo tratando de calmarlo.

—Tómame —susurró ella con la voz ronca—. Aquí... ahora...

Entre los dos se deshicieron de la ropa que le impedía cumplir con ese mandato y cuando no hubo impedimento la llevó hasta el sofá y se tumbó sobre ella. Sus cuerpos se amoldaron a la perfección, conocedores ambos de los lugares comunes. Ella no quería dulzura ni suavidad y no se vio decepcionada. Newland pellizcó sus pezones con los labios sabiendo que aquello la haría arquearse contra él y cuando comprendió que la tenía donde quería la agarró por los muslos y la penetró sin pausa. Había en él un instinto de dominación despiadado que a ella la excitaba en extremo. Le gustaba sentir su fuerza sabiendo que jamás la emplearía para hacerle daño. Era el único hombre frente al que no le importaba someterse, se rendía dócil y dispuesta a sus demandas porque sabía que eso la llevaría al éxtasis más absoluto. Lo sentía poderoso entre sus piernas y al mismo tiempo sabía lo mucho que la necesitaba.

Newland pronunciaba su nombre como un mantra, como un conjuro que lo llevaba a la cima del placer. Sus manos la acariciaban exigentes mientras su boca la saboreaba con avidez. El cuerpo de Adella se estremecía mientras sus manos lo buscaban, acariciando sus duros músculos, recreándose en la curva de sus nalgas. Los gemidos de ambos se entremezclaron mientras la urgencia en sus movimientos se aceleraba. Ya nada iba a poder parar aquel torrente desesperado y turbulento. Respirando

una en la boca del otro, apretando con fuerza el miembro incombustible hasta que el placer estalló en oleadas ardientes de tumultuoso deseo.

—Un día tendremos un problema —dijo Adella moviendo la cabeza preocupada.

Él la miró divertido.

—¿Ahora te preocupas? ¿Cuándo ya has conseguido lo que buscabas?

—Tenemos que ser más comedidos —dijo poniéndose de pie y arreglándose la ropa.

—Lo dice la mujer que no utiliza ropa interior cuando viene a verme.

—Eres malvado —dijo ella con los ojos echando chispas.

Newland se acercó a ella rápidamente y la atrapó entre sus brazos.

—Y por eso te gusto —sentenció—. Te encanta retarme y jugar con el peligro. Te gusta sentir que me dominas, rozar con tu mano mi sexo en medio de un salón lleno de gente o musitar alguna obscenidad cuando hay gente a nuestro alrededor.

—Pero me aseguro de que nadie ve ni oye nada —dijo ella con un mohín infantil.

—Un día te vas a llevar una sorpresa.

—¿Ah, sí?

Newland sonrió y su expresión era tan tierna que a Adella le temblaron las piernas.

—Me amas, Newland Reasbeck —afirmó.

Él siguió con aquella mirada intensa y la apretó con fuerza contra su cuerpo.

—Algún día tendrás que decirlo —aseguró Adella, y soltando un suspiro se apartó de él arreglándose el pelo para ponerse el sombrero.

—¿Has podido averiguar algo sobre los Symmons? —preguntó poniéndose serio.

—No mucho —respondió ella sin apartar la mirada del espejo—. Oficialmente han venido de visita a casa de sus amigos, pero sé que a quien visitan asiduamente es al doctor Jacobs.

Newland se arregló la ropa para que no se notara el revolcón que acababan de darse. Adella lo miraba de un modo que hizo que Newland

volviese a abrazarla.

—No me mires así —pidió con la voz ronca.

Adella le rodeó el cuello con los brazos y él se inclinó para besarla en aquellos labios que lo llamaban poderosamente.

Capítulo 14

—¿Ha leído la descripción que hacían de su obra en el Constelation? Debería haberla traído —dijo Adella mirando a Norwell—. Caroline, estoy segura de que pronto vas a tener que ampliar tu colección de recortes.

Todos miraron a Caroline, que sonrió con timidez por aquella ocurrencia.

—No soy tan vanidoso, señora Cadwell —adujo Norwell—. Mi mujer me conoce bien y sabe que nada de lo que se dice de alguien a quien no se conoce puede ser tenido en cuenta.

—Eso habla muy bien de usted —dijo la interpelada volviéndose hacia él—. Como su obra...

—¿Mi obra habla bien de mí?

—No puede seguir negándome que su obra también habla de usted.

—Jamás he escrito una palabra sobre mí —dijo él muy serio.

—Ya veo. ¿Y sobre los demás? ¿Ha hecho extensible esa máxima a los demás o, por el contrario, podemos reconocer a alguien entre las páginas de su libro? A Caroline, por ejemplo.

—Señora Cadwell...

—Ya, ya. Un inglés es más inglés por lo que calla que por lo que habla —dijo la joven viuda, que se estaba divirtiendo de lo lindo.

Caroline observaba con atención aquella batalla dialéctica con cierto resentimiento. Norwell parecía otro cuando hablaba con Adella, era como si volviese a la época en la que lo conoció. Su ironía se acentuaba y su porte se hacía más erguido, lo que hacía que se mostrase más seguro. Hacía mucho tiempo que no veía a aquel Norwell. El Norwell del que se enamoró.

—En eso no creo que difiramos mucho de un americano —argumentó el escritor.

—Está claro que tenemos puntos de vista distintos —dijo Adella—. Pero no es extraño, ya que por el mero hecho de ser americana poseo un pensamiento completamente distinto al suyo.

—No sé a qué se refiere.

—Los americanos abogamos por la importancia del individuo, mientras que los ingleses priman el valor del grupo —explicó.

—Ya salió el famoso individualismo americano —intervino Braden.

La señora Cadwell curvó una de sus cejas con expresión irónica.

—¿Se burla usted?

—¡Dios me libre! —exclamó el editor—. Tan solo doy fe de algo que aprendí al poco de llegar a esta tierra: a un americano jamás se le pregunta de dónde viene, tan solo hacia dónde va.

La viuda asintió satisfecha.

—En una ocasión Carlota le pregunta a Nathaniel por qué los ingleses tratan a sus criados como si fuesen esclavos —argumentó la mujer mirando a Norwell con expresión desafiante—. ¿Esa pregunta se la ha hecho Norwell Symmons alguna vez?

—Entiendo —dijo él muy serio—, creía que ya había quedado claro que no todo lo que dice un autor a través de sus personajes es evidencia de su propio pensamiento.

—¿Eso creía?

—Si así fuese sería muy aburrido —constató el escritor—. O bien los personajes serían tremendamente planos o el autor estaría completamente perturbado. Cualquiera de las dos posibilidades resultan igual de poco aconsejables para una buena obra, ¿no le parece?

La señora Cadwell analizó el rostro del escritor buscando algún vestigio de cinismo por su parte y, después de descartar que estuviese burlándose, sonrió.

—Buena respuesta —dijo y volviéndose a Caroline la interpeló—. ¿Ya has pensado a qué vas a dedicar tu tiempo mientras tu esposo escribe, querida?

La interpelada asintió, pero Braden se adelantó.

—Ya ha redactado su primer informe de lectura y debo decir que es magnífico —dijo.

Adella la miró con admiración.

—¡Cómo me alegro!

—No es nada —dijo Caroline con timidez—. Solo he tenido que leer la obra y responder a un cuestionario.

—Siempre supe que Caroline era muy inteligente, la conozco desde niño y era mucho mejor que yo en las clases de su madre. Pero es que además tiene un sexto sentido capaz de percibir la esencia de un texto.

—Y no solo eso —añadió Olivia—. Se ha percatado de incoherencias complejas, ha visto reiteraciones sutiles y errores muy poco visibles, además de otras cosas.

—¿De quién era la obra? —preguntó Adella con curiosidad.

—No podemos decirlo —dijo Braden.

—¿Por qué? —preguntó su amiga, molesta—. No saldrá de aquí.

—Adella —dijo Olivia sonriendo—, sabes que te aprecio de corazón, pero eres incapaz de guardar un secreto.

—Te equivocas —dijo ella enigmática—, y no me conoces tan bien si eso es lo que crees.

Su amiga la miró abriendo mucho los ojos y Adella desvió la mirada, había hablado más de la cuenta.

—¿Y sus padres, señor Symmons? —atacó para distraer la atención—. Imagino que estarán orgullosos de la maravillosa obra que ha escrito su hijo.

La mandíbula de Norwell se marcó un instante, y el gesto no pasó desapercibido para la joven viuda, que se preparó para afinar su puntería.

—Los padres han puesto en nosotros lo que han considerado pertinente. El sentirse orgullosos o no es, por tanto, una característica que dice más de ellos que de nosotros, ¿no cree?

—Supongo que tiene razón —corroboró sonriendo—. Mi madre estaba muy orgullosa de mi pelo y me temo que era única y exclusivamente porque era idéntico al suyo.

—Tuvo suerte de tenerla —dijo Norwell empezando a relajarse.

—No se imagina cuánta —corroboró Adella—. Mi madre fue mi mayor apoyo hasta que murió.

—¡Oh! —exclamó él—. ¡Cuánto lo siento!

—No se preocupe, ya hace tres años, y aunque la sigo echando muchísimo de menos soy consciente de la suerte que tuve de tenerla. Por eso le preguntaba por los suyos, porque imagino lo orgullosos que deben sentirse de su hijo.

Norwell siguió sin decir nada y Adella se volvió hacia Caroline con un molesto sentimiento rozándole el pecho.

—¿He dicho algo inconveniente? —preguntó mirando a su nueva amiga.

La joven estaba pálida y trató de sonreír antes de responder, pero tan solo fue capaz de mostrar una mueca extraña.

—Nnno... —empezó a balbucear.

—La familia es un tema muy aburrido —intervino Olivia cogiendo la tetera y mirando a Adella muy seria.

La actriz comprendió que había pasado una línea que todos los allí presentes conocían bien y que su insistencia tan solo la expulsaría del grupo para siempre.

—Claro, querida —exclamó la joven viuda—. No hay ninguna situación que un buen té no mejore.

Dejó que su amiga rellenase su taza y se propuso no volver a dirigir la conversación. A veces es mejor dejar que los demás hablen si quieres saber algo que ocultan.

—¿Qué opinas de Adella? —preguntó Caroline a su esposo metiéndose bajo las sábanas mientras él terminada de desvestirse.

—Es una mujer culta y con las ideas claras —dijo él dándole la espalda.

Caroline se fijó en los músculos que se marcaban con cada uno de sus movimientos.

—Me he dado cuenta de que está influyendo en mi manera de pensar —confesó.

Norwell se volvió hacia ella cuando la prenda para dormir aún no había bajado desde su cabeza, mostrando su torso y el miembro viril en toda su extensión. Caroline apartó la mirada con sonrojo y ahuecó las sábanas tratando de disimular su turbación.

—Es americana —dijo su esposo metiéndose en la cama—. Ha crecido con mayor libertad. Es evidente que aquí se respiran aires de cambio.

Norwell había dejado de abrazarla antes de dormir. No fue algo brusco ni causa de ninguna disputa, simplemente ocurrió y eso hizo que Caroline volviese a sentirse perturbada por su presencia. No se atrevía a pedir lo que había tenido desde que se casaron por temor a que la malinterpretara y quisiera algo que no podía darle. Norwell le daba un beso en la frente y se dormía dándole la espalda. Así noche tras noche.

—Es cierto —dijo después de que él se inclinase a besarla en la frente —, pero hay algo diferente en ella. Una seguridad y una fuerza que no había visto antes en ninguna mujer.

—No sé si esa fuerza la beneficia —dijo él tumbándose y dándole la espalda—. No creo que encuentre marido fácilmente.

—No parece que ese sea su deseo —replicó Caroline.

—Seguiremos hablando mañana, ¿te parece? —La voz de su marido denotaba cansancio—. Buenas noches, Caroline.

—Buenas noches —dijo ella con suavidad intentando que su voz no la delatase.

Lo miró durante un buen rato, hasta que su pausada respiración le dijo que estaba dormido. Después desvió su mirada hacia la ventana y dejó que sus pensamientos vagasen con total libertad. Conocer a Adella Cadwell había sido toda una revelación para ella. Empezaban a fraguarse ideas en su cabeza que jamás pensó que tendría. ¿Por qué Adella debía desear un marido? Era una mujer autosuficiente, que incluso trabajaba como actriz. ¿Cuántas mujeres se negarían a aceptar el yugo del matrimonio si pudiesen evitarlo? ¿Si sus posibilidades económicas se lo permitiesen? ¿Qué ocurriría entonces en el mundo? ¿Se acabaría la especie humana? O, por el contrario, las mujeres tan solo se casarían con aquellos hombres que consiguieran conquistarlas de verdad, no por la necesidad de estas, sino porque lo que se ofreciesen mutuamente compensara a ambos. ¿Sería posible un mundo así?

Volvió a mirar a su marido, sus enormes hombros descansaban relajados como el resto de su cuerpo. Se preguntó si ella lo eligió libremente, si se casó con él porque era el hombre con el que quería casarse o si lo hizo porque pensó que no habría más oportunidades después de lo que le ocurrió. Era una pregunta que había permanecido encogida y asustada en su cerebro desde el mismo momento en que le dijo que sí. La sacudía como habían sacudido la suciedad del suelo Penny y ella cuando hacían limpieza general, de un escobazo. No quería pensar en ello, no quería indagar en sus verdaderos sentimientos por temor a descubrir cosas que no la ayudarían en nada. O eso creía ella. El doctor Jacobs parecía pensar lo contrario. Día tras día se empeñaba en hacer aflorar esos pensamientos ocultos y la obligaba a verbalizarlos.

—No ha respondido a mi pregunta —había insistido el psiquiatra—. No le he preguntado si ama a su marido, le he preguntado si se habría casado con él de no encontrarse en la situación en la que estaba en ese momento.

Se puso de lado y se acurrucó mirando de nuevo hacia la ventana. Esa era la pregunta que debía dilucidar si quería que su matrimonio funcionase. Empezaba a aceptar que la violación de Darrel no era el único motivo para su

enfermiza reacción al sexo. Había algo más, algo que se había instalado en un lugar muy escondido de su mente y que debía encontrar para sacarlo a la luz.

—¿No conocías a la señorita Weber? —preguntó Caroline con interés, después de que Adella les contase que Reasbeck la había contratado un par de semanas antes para la fiesta de cumpleaños de Jewel.

—Había oído hablar mucho de ella —explicó su amiga—, pero no la conocía personalmente.

—¿Y qué te pareció? —preguntó Olivia.

—Me dio un poco de pena —confesó Adella.

—¿Pena? —Su amiga la miró con el ceño fruncido—. Esa muchacha ha conseguido el apoyo de un matrimonio influyente...

—Pero a cambio debe soportar su compañía —se mofó la actriz.

—Eres muy mala, Adella —dijo Olivia riendo.

—No me gusta el padrino de Jewel y también me inquietó un poco la relación que tiene con Newland Reasbeck. —Empezó la actuación estelar de la aclamada actriz, que se puso muy seria para el papel.

—¿Quién es Newland Reasbeck? —preguntó Caroline con curiosidad. Había escuchado ese nombre varias veces, pero no recordaba de quién se trataba.

Sus dos amigas la miraron sorprendidas.

—¿No sabes quién es Newland Reasbeck? —preguntó Olivia.

Caroline negó con la cabeza mientras trataba de recordar dónde y qué había escuchado sobre él, sin éxito.

—Newland Reasbeck es uno de los más importantes empresarios de Boston —explicó su amiga mientras seguía cortando los tallos de las flores antes de introducirlas al jarrón—. Lo que ocurre es que también se mueve en ambientes... digamos que poco saludables. Según Braden es un hombre peligroso, aunque a mí, personalmente, siempre me ha parecido un hombre agradable y muy educado.

Olivia miró a Adella y aquella mirada no pasó desapercibida para Caroline, que escudriñó el rostro de la actriz segura de que algo le ocultaban.

—¿Por qué piensa Braden que es peligroso? —le preguntó.

—Los hombres son demasiado complicados —contestó Olivia mientras terminaba de introducir las flores en el jarrón—. Siempre tienen

preocupaciones absurdas en la cabeza y ven peligros por todas partes. Si nos empeñásemos en tratar de entender lo que les pasa por la cabeza nos volveríamos locas.

A Caroline no le convenció aquel argumento, pero optó por no insistir en ello y se dirigió a Adella.

—¿Por qué te inquieta su interés por esa joven?

—En realidad casi me inquieta más el interés de los Weber —dijo Adella—. No me gustan nada esos dos. Toda la historia es muy extraña.

—¿De qué me suena ese nombre, Olivia? —preguntó Caroline mirando a su amiga.

La interpelada sonrió.

—Supongo que habrás oído a alguien hablar de ellos. Yo no los conozco.

—Yo tampoco los conocía —explicó Adella—, y si no me hubiese contratado Newland Reasbeck para que actuase en la fiesta de cumpleaños de Jewel seguiría sin conocerlos.

—¿Y qué tiene de extraño su historia? —preguntó Olivia yendo a sentarse con ellas.

—No sé. Todo eso de que el anterior señor Weber había hecho una promesa a los padres de Jewel y se encargó de que no les faltara nada ni a ella ni a su institutriz y después su esposa se llevase a la joven a vivir con ella y su nuevo marido. ¿No os parece extraño?

—¿Por qué no lo hizo antes? —se preguntó Caroline en voz alta.

—Pero ¿eso qué tiene que ver con Reasbeck? —inquirió Olivia.

—Reasbeck era muy amigo del primer señor Weber y ahora el nuevo trabaja con él en el club...

—Adella y sus misterios —declamó Olivia—. Aquí donde la ves, Caroline, es una rematada intrigante, siempre ve conspiraciones por todas partes.

—De algún modo hay que entretenerse —dijo la otra con una sonrisa mientras se llevaba la taza a los labios. Volvió a depositarla en el platito mientras sus amigas esperaban a que continuase hablando—. Cuando veo la miseria que aflige al mundo, el sufrimiento que se esconde tras las ventanas cerradas, me pregunto por qué no creer que nosotras lo haríamos mejor. Hablé con el señor Reasbeck de la miseria que causa su negocio, he intentado varias veces que viera que se enriquece con el sufrimiento ajeno. Pero insiste en que nadie obliga a esos hombres a ir a su club. Y sé que tiene razón, pero

con ello no hace más que darme argumentos para que me afiance en mi creencia de que en realidad ellos son inferiores a nosotras, y no al revés.

Olivia miraba a su amiga con una expresión relajada, casi divertida.

—¿Qué? —la azuzó Adella—. Di lo que piensas.

—Tú y tus argumentos para afianzar tus creencias —dijo—. Como si los necesitaras. Siempre das por hecho que las mujeres no influimos en lo que hacen los hombres. Y sí, es cierto que ellos deciden, pero ¿no es también cierto que muchos hombres actúan al dictado de sus mujeres? ¿No es verdad que muchas veces son ellas las que los dirigen en realidad?

—Puede que tengas razón —concedió Adella—. Hay mujeres que dominan a sus congéneres masculinos, ya sean padres, maridos o hijos, pero ¿no sería todo mucho más sencillo si nouviésemos que utilizar subterfugios para decir lo que deseamos? A pesar de que haya hombres que hablan por boca de una mujer, no podemos olvidar que al final es su boca la que habla.

—Alguien dijo una vez —intervino Caroline con timidez—, que detrás de todas las guerras hay una mujer.

—¿Tú piensas eso? —preguntó Adella con voz crítica.

Caroline negó con la cabeza.

—Lo que yo pienso que detrás de cada guerra hay un hombre al que no le han dado lo que quería. —Sus ojos parecían atravesar a Adella y ver algo que ocurría muy lejos de allí, en otro lugar—. Creo que algunos hombres utilizan su poder para quebrarnos y humillarnos. A veces desearía ser hombre para plantarles cara y hacerles sentir el mismo sufrimiento que ellos provocaron con sus actos.

Adella no apartaba sus ojos de ella y pudo empezar a vislumbrar el dolor que se ocultaba bajo aquel rostro dulce y afable. Olivia puso una mano sobre las manos crispadas de su amiga, que la miró como salida de un trance. Al darse cuenta de lo que había dicho en voz alta volvió sus ojos aterrados hacia Adella.

—Yo... no sé... —balbuceó.

—No sabes cuántas veces he sentido exactamente eso —dijo Adella con una tensa sonrisa—. Mi única oración cada noche antes de dormirme es que si vuelvo a nacer quiero ser hombre.

Los labios de Caroline dibujaron lentamente una sonrisa. Aquella era la reacción perfecta y solo Adella podía haberla tenido. La actriz no apartaba sus ojos de ella, durante toda la conversación había sentido un malestar indeterminado, la sensación intangible de que estaba siendo deshonesto con

alguien que no lo merecía.

—En el tiempo que llevas aquí me he dado cuenta de que eres una persona especial —dijo después de un momento.

—Tú sí que eres especial —dijo Caroline con timidez.

Adella negó con la cabeza y Olivia frunció el ceño con preocupación. Conocía bien a su amiga y sabía que lo que se fraguaba allí dentro no era bueno.

—Tengo que contarte algo y temo causarte algún daño sin querer.

Caroline se sintió desconcertada, no se esperaba aquello.

—No sé si tiene algo que ver con vosotros —dijo—. No sé si me estoy confundiendo, pero creo que debo contártelo.

—Me estás asustando —dijo su amiga tratando de sonreír.

—Quizá es una tontería, pero el padrino de Jewel Sommerton adoptó el apellido de su mujer al casarse, igual que hizo su primer marido.

Caroline frunció el ceño mientras Olivia trataba averiguar qué estaba pasando con la absoluta certeza de que no era nada bueno.

—Su nombre es en realidad Darrel Symmons.

La taza se resbaló de las manos de Caroline y se hizo añicos contra el suelo.

Capítulo 15

—¿Qué ha averiguado? —Norwell observaba inquisitivo al detective, que se había sentado en el brazo de uno de los sillones del despacho de Walter.

—Estuve en Filadelfia investigando a Jewel Sommerton, la ahijada del actual señor Weber —aclaró antes de llevarse el cigarro a la boca.

—Deje las obviedades para otro momento y vaya directo a lo que no sabemos —dijo Braden con suavidad.

—Señor Locksley, estas cosas llevan su tiempo. Supongo que piensa que si alguien nos paga por investigar somos como esos perritos de circo a los que les ordenan saltar y saltan. —Aspiró el humo de su cigarrillo y sonrió con cinismo—. Vera Seer era el nombre de soltera de la esposa de Newland Reasbeck.

Norwell se sentó sin perder detalle de lo que aquel hombre decía.

—Vera huyó de él estando embarazada de su hija, a la que llamó Jewel. Imagino que quería protegerla de los negocios de su padre y por eso se cambió de nombre y se convirtió en Ava Sommerton. Ava crió a

su hija con la ayuda económica del primer señor Weber, un viejo amigo de su marido y de ella.

—¿Malcolm Weber era amigo de Newland Reasbeck y ayudó a su esposa a esconderse de él? — Braden frunció el ceño con preocupación—. ¿De qué murió el primer señor Weber?

El detective sonrió desde detrás del humo de su puro.

—Que yo sepa murió por una dolencia cardíaca, pero entiendo sus dudas —confesó—. Sin embargo es poco probable que el señor Reasbeck tuviese algo que ver con su muerte. O nunca supo dónde estaban su esposa y su hija o lo supo desde el principio. En ambos casos la muerte de Malcolm no explicaría un asesinato

—¿Y qué pinta Darrel en todo esto? —preguntó Walter.

—Cuando se casó con la señora Weber, el nuevo esposo descubrió algo que lo llevó a Filadelfia, a casa de Jewel. Una vez encontrado el hilo no le resultaría difícil dar con la madeja, y el secreto del paradero de la hija de Reasbeck se convirtió en una poderosa arma para él. La señora Weber cuenta con una nada despreciable fortuna, pero imagino que para el nuevo marido resultaba mucho más atractiva la idea de poseer su propio dinero. Eso le daría libertad de acción y una posible escapatoria en caso de que las cosas se pusieran

mal para él.

Walter tenía el ceño fruncido y miraba al detective por encima de sus manos cruzadas.

—¿Y qué hizo? ¿Se presentó ante Reasbeck con esa bomba? —preguntó.

—Reasbeck lo habría eliminado antes de permitir que le hiciese chantaje —apuntó Braden convencido.

—Pues está claro que ese hombrecillo utilizó esa información para conseguir lo que ahora tiene —confirmó Donagher.

—¿Qué sentido tiene? —Braden no estaba nada convencido—. ¿Por qué Reasbeck iba a colocarlo en un lugar preeminente? Tan solo tenía que recuperar a su hija y librarse de él.

—No, si quería dejarla fuera de todo lo que él representa —dijo Norwell muy sereno—. Si deseaba protegerla se abría ante él una excelente posibilidad.

—Darrel y su mujer la acogen en su casa y de ese modo Reasbeck puede verla cuanto guste sin despertar sospechas —dijo Walter siguiendo la evolución del pensamiento de su amigo.

—Pero de ese modo estaría consintiendo en que alguien tenga poder sobre él —dijo Braden algo desconcertado—, y os aseguro que Newland Reasbeck no es esa clase de persona.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Donagher—.

Lo primero que pensé fue que Reasbeck jamás se arriesgaría a que ese mequetrefe inglés supusiera algún día un problema para él. Y, después de darle muchas vueltas, comprendí que por eso mismo lo había convertido en su segundo, no para compartir con él las mieles del éxito sino para tenerlo permanentemente vigilado. Su pa... Darrel Weber no se rasca la coronilla sin que Newland Reasbeck lo sepa, y no dudará en quitarlo de en medio a la más mínima sospecha. Utiliza a los Weber como pantalla tras la que esconder a su hija delante de las narices de sus enemigos y, mientras cumplan con ese cometido, estarán a salvo.

El detective enterró la colilla de su cigarrillo en el cenicero y se puso de pie.

—Y con esto, mis servicios han terminado —dijo cogiendo su sombrero.

Walter se levantó del sofá y fue hasta su mesa para coger el cheque que le debía.

—Bueno, una cosa más —dijo el detective—. No creo que tenga ninguna relevancia, pero he descubierto que hay una persona muy cercana al señor Reasbeck que ha demostrado también interés por su padre.

—Le dije que no lo llamase así —dijo Norwell entre dientes.

—Cierto —dijo Donagher sin un ápice de arrepentimiento.

—¿A quién se refiere? —preguntó Braden interesado.

—Se llama Adella Cadwell —dijo el detective—, y es la amante de Newland Reasbeck.

—Me violó.

Olivia cerró los ojos y se mordió el labio conmocionada por aquella revelación. Lo sabía aunque nadie lo había verbalizado frente a ella. Ni siquiera Braden. En cambio Adella no se inmutó, permaneció atenta como si esperase que siguiese hablando.

—¿No vas a decir nada? —le preguntó Caroline.

—No hay mucho que decir a eso —dijo.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo lo que se te ocurre? —La joven parecía enfadada—. ¿Tanto discurso en favor de las mujeres y no se te ocurre nada que decir?

—¿Crees que es algo extraordinario? —inquirió Adella muy seria—. ¿Crees que por ser tú tiene más importancia que en los otros miles de casos? Ocurre todos los días, Caroline. Los hombres toman lo que desean sin importarles si esas mujeres lo desean también. Somos sus esclavas y uno hace lo que le viene en gana con lo que es suyo.

—¡Yo no era suya! —gritó Caroline sintiendo que

la furia inundaba todo su ser.

—Para ese tipo de hombre todas lo somos —dijo la otra—. Pero ¿por qué dejas que eso te domine? Ahora entiendo muchas cosas que no comprendía sobre ti. Te veía y me preguntaba: ¿por qué tiene ese aura oscura a su alrededor? ¿Por qué parece que haya cometido un crimen?

Caroline estaba completamente blanca y sus ojos refulgían con más fuerza por ello.

—No puede arrebatarte nada si tú no se lo permites.

—Adella... —le pidió Olivia.

—Estamos solas —dijo su amiga enfadada—, no tenemos que atenernos a ningún convencionalismo. ¡Por favor, Olivia, deja por una vez esa pose de mujer perfecta! Sabes tan bien como yo que eso pasa todos los días en nuestros respetables salones.

—No des por hecho que cualquier hombre...

—No he dicho que cualquier hombre, y no porque no puedan, que pueden porque son más fuertes y la sociedad los protege. Pero sé que hay hombres decentes e íntegros, que jamás forzarían a una mujer aunque la tuviesen desnuda en una habitación sin testigos.

Adella se había puesto de pie y se movía por el salón con las manos en la cintura, visiblemente

enfadada y amenazando con perder los nervios.

—¡Es tan injusto! ¡Dios! —exclamó en un tono demasiado alto.

—Baja la voz —le pidió Olivia—, en nada va a ayudar que se enteren los criados.

Su amiga la miró reprobadoramente.

—No me mires así, no lo digo por las conveniencias, pero la sociedad es la que es y debemos proteger a nuestra amiga.

—Deberíamos proteger a todas las mujeres, a las que ahora mismo, en este instante, algún hombre está tomando contra su voluntad.

Se acercó a Caroline y se detuvo frente a ella sin bajar sus manos de la cintura, como si estuviese evaluándola.

—¿Qué eres tú, Caroline? ¿Una mujer fuerte o un conejillo asustado?

Caroline la miró enfadada.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —dijo temblando.

—¿Que cómo me atrevo? —Sacudió la cabeza como si no diese crédito a lo que oía y después se sentó junto a ella sin dejar de mirarla a los ojos—. ¿Sabes a cuántas mujeres las obligan a casarse con sus violadores? ¿Sabes cuántas de esas respetables damas a las que habrás visto en lujosos salones fueron y siguen

siendo violadas por sus maridos?

—No sabes nada de ella —dijo Olivia muy seria—. Caroline se resistió a todas las presiones que querían obligarla a...

—No, Olivia —la detuvo su amiga—, deja que sea ella la que se defienda. ¿Quisieron convencerte de que te casaras con el monstruo que abusó de ti? ¿Pasaste por todo eso y no eres capaz de defenderte tú misma?

—No tengo por qué darte explicaciones —dijo.

—No, no tienes por qué. —Adella dejó aquella pose dura e irascible y la miró con ternura—. Puedes sentarte ahí a martirizarte porque dejaste que ocurriera. Puedes llorar en silencio mientras charlas con tus amigas, o tomando el té con los padres de Olivia. No tienes por qué explicar nada a nadie, ni siquiera a ti misma. Tan solo quedarte mirando cómo los demás viven mientras tú te regodeas en tu sufrimiento, porque nadie te comprende, nadie sabe por lo que pasaste.

—Estás siendo cruel, Adella, no entiendo qué te pasa —dijo Olivia con los ojos llenos de lágrimas.

Adella sonreía pero sus ojos también estaban llenos de lágrimas.

—El señor Cadwell me violó de la manera más brutal y cruel que podáis imaginar —empezó a hablar—. Me golpeó y amenazó con matarme si me resistía.

Olivia se llevó las manos a la boca para ahogar un

grito.

—No, Olivia, no me caí del caballo y él no me rescató. Me violó y después tuvo la deferencia de casarse conmigo porque estaba mancillada. Por suerte para mí yo no era virgen —dijo con altivez—, amaba a otro hombre, pero no podía casarme con él porque está convencido de que mi vida a su lado sería demasiado peligrosa.

—Newland Reasbeck —susurró Caroline.

Adella asintió.

—¿Y él...? ¿Tu marido no murió de un ataque? —preguntó la inglesa sin temor a escuchar la respuesta.

—No sé de qué murió y te aseguro que tampoco me importa —confesó encogiéndose de hombros.

Caroline no apartó la mirada y asintió con la cabeza. Necesitaba verbalizar aquel momento, sacarlo de su pecho, de su corazón, de sus entrañas. Empezó a hablar sin ningún orden, expresando sentimientos y emociones. No era un relato lineal y ordenado, era caótico y acelerado en algunos momentos. Así era como lo tenía dentro de ella y así lo mostró. Expresó la brutalidad, la indefensión. Fue capaz de transmitirles el inmenso agujero que se abrió en su pecho cuando se encontró con el rechazo de aquellos que creyó que la ayudarían. Olivia no podía dejar de llorar y se esforzaba en que sus sollozos fuesen tan silenciosos

que no influyesen en el relato. Adella, en cambio, escuchaba serena y estoica como alguien que ya ha luchado en una batalla y no teme el olor de la sangre y los gritos de los moribundos.

Apretó la mano de su amiga inglesa con firmeza y no apartó la mirada cuando relataba el momento más estremecedor de su tormento. No resultaba difícil para ella visualizar la escena porque conocía muy bien el procedimiento. Lo que consiguió alterar de un modo más intenso su calma fue el hecho de saber que su agresor la había inmovilizado dándole cloroformo. Imaginar lo que debió ser para Caroline despertar lentamente de su inconsciencia mientras era penetrada le pareció lo más aterrador de todo, más incluso que la agresión en sí. Su imposibilidad de moverse, de hablar. Sentir aquello dentro de ella, sentir dolor sin poder manifestarlo. No se le ocurría una manera más vil y cruel de hacerlo.

—Ese monstruo no merece más que la muerte —dijo cuando Caroline terminó, y sus ojos lanzaban cuchillos.

—Y sin embargo está aquí, casado y feliz.

—No por mucho tiempo —dijo la otra mujer poniéndose en pie—. Debo hablar con Newland.

—¿Hablar con Newland de qué?

—¡Braden! —Olivia se puso de pie de un salto y

con el corazón acelerado al ver a su marido.

—¿De qué tenéis que hablar con ese hombre? —dijo después de cerrar la puerta y avanzar hasta ellas con expresión severa.

—Nada que a ti te incumba —Adella tomó la iniciativa.

—Adella... —su tono de advertencia no precisaba mayor detalle.

—Braden, es mejor que no... —Olivia trató de llevárselo de allí para hablar con él, pero su esposo no se movió. Miraba a Caroline, que parecía petrificada, como en shock.

—¿Dónde está Norwell? —preguntó ella con preocupación.

—Con Walter, vendrán juntos a la hora de cenar. Yo tenía cosas que hacer, por eso me he adelantado, y ahora veo que ha sido providencial.

Caroline suspiró como si se hubiese quitado un peso de encima y se dejó caer en el sofá.

—Darrel Symmons está en Boston —dijo.

Las otras dos mujeres, que trataban de que Braden las dejase solas, la miraron sorprendidas.

—Lo sé —respondió Braden.

Ahora era a él a quien miraban conmocionadas.

—Y Norwell también lo sabe —confesó el hombre.

Caroline respiró hondo y asintió antes de mirar a sus amigas y pedirles que los dejaran solos. Braden acercó una butaca y se sentó frente a ella cuando se quedaron a solas.

—Me va a matar por decírtelo —dijo.

Caroline sonrió con tristeza. Estaba segura de ello.

—¿Hace mucho que lo sabe? —preguntó.

—Walter contrató a un detective para buscarlo antes de que llegarais.

—¿Y qué ha descubierto?

—¿Estás segura de que quieres meterte en esto?

—Cuéntamelo, Braden —insistió.

Su amigo la miró a los ojos y fue como si una ráfaga de aire frío cruzase delante de ellos y los llevase muy lejos de allí. Aquel rostro era idéntico al de alguien que conoció hacía ya unos cuantos años. Cuando su mundo era una pequeña casita, situada en una calle de Winpenham, en la que vivían una niña y su madre, que les hacía de maestra. Con los recuerdos también llegaron los sentimientos y las emociones, y el corazón de Braden se hinchó como una esponja mientras latía con fuerza.

—¿Le amas, Caroline? —preguntó en un tono tan bajo que si hubiese alguien más en la habitación no habría podido escucharlo de no estar sentado junto a ella.

—¿Por qué me preguntas eso? —Lo miraba confusa.

—¿Eso es una respuesta?

—Sí, le amo.

Braden suspiró casi con alivio, como si llevara un peso escondido que no le dejaba avanzar.

—Entonces te lo voy a contar todo, porque debes saber el terreno peligroso en el que se está metiendo Norwell y del que no sé cómo va a salir. Sé que con esto voy a perder su confianza, pero espero que comprenda mis motivos, y que sea lo que Dios quiera.

Darrel observaba a su ahijada mientras leía sentada en una butaca del salón. La señora Weber había salido a un recado y estaban los dos solos. La muchacha tenía la cabeza ligeramente inclinada y la suavidad de su cuello se perdía en el organdí que adornaba su escote. Se imaginó yendo hasta ella y metiendo una mano en aquel escote. Casi podía sentir la suave y virginal piel en la yema de los dedos, su mano agarrando con fuerza uno de aquellos pequeños pechos sin hacer caso a sus súplicas. Cerró los ojos deleitándose con la idea de oírla suplicar. Algo se agitó dentro de su pantalón y se llevó la copa a los labios tratando de calmar con el

alcohol la bestia del deseo que cada vez lo atenazaba con mayor ímpetu, desde que Jewel había ido a vivir con ellos.

La muchacha seguía leyendo ajena a sus perversos pensamientos. Darrel se preguntaba qué pensaría en ese mismo instante. ¿Cuáles son las inquietudes de las jovencitas? ¿Con qué soñaría cuando cerraba los ojos? Seguro que no tenía nada que ver con las cosas con las que soñaba él. Su sonrisa se acentuó y bebió otro trago para calmar la ansiedad que le oprimía el pecho. Sentía la erección casi dolorosa imaginando su expresión de terror mientras la penetraba. Se deleitó preguntándose cómo se sentiría. ¿A quién pediría ayuda? Él era su protector, el hombre que se suponía que la había rescatado de la miseria a la que se vería abocada sin la ayuda de Malcolm. La había llevado a su casa y le había ofrecido la seguridad de un hogar. Si en ese momento Jewel hubiese levantado la vista habría descubierto que vivía con el mismísimo demonio.

Darrel pensaba en Caroline, recreando en su mente la deliciosa sensación de tenerla a su merced, indefensa y paralizada por el cloroformo. Cómo había disfrutado de ese dominio, de ese control absoluto sobre su cuerpo. Verla despertar sin poder defenderse mientras la poseía con total libertad era una de las imágenes más repetidas en su cerebro. Tan solo las situaciones que

vivió con su esposa superaban aquel delicioso recuerdo. Pero entonces todo era más sencillo, él era su marido...

—¡Darrel! —Renée Weber había entrado en el salón y había empalidecido al ver la expresión de su rostro.

El hombre dio un respingo y parte del licor de su copa se vertió sobre su evidente erección.

—¡Mujer, qué susto me has dado con esos gritos! —exclamó furioso.

La mujer miró a su marido y después a la joven Jewel, que había levantado la vista del libro al oír su voz. En ese momento Renée Weber tuvo la certeza de su propia muerte.

—¿Qué ocurre? —preguntó Norwell cuando entró en el salón—. ¿Dónde están Olivia y Braden?

—Les he pedido que nos dejaran solos —respondió.

Norwell se acercó a ella, pero cuando trató de besarla ella se apartó y él la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué ha pasado?

—Tengo algo que decirte. Es muy delicado —dijo señalándole el sofá—. Sentémonos.

Su esposo la siguió y se sentó junto a ella.

—Tu padre está en Boston. —Lo observó con atención y lo vio empalidecer ante sus ojos al tiempo que su mandíbula se endurecía y apretaba los puños.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Adella Cadwell —dijo ella sin mostrar el menor signo de sorpresa ante su reacción.

—¿Adella Cadwell? —Ahora sí había confusión en sus ojos.

—Está casado con Renée Weber y tienen una ahijada, Jewel Sommerton. Adella estuvo en la fiesta de su dieciseisavo cumpleaños y lo descubrió todo.

Aquellos segundos eran decisivos, le sirvieron a Caroline para que Norwell asimilase lo que acababa de decirle. Lo preparaba para su pregunta.

—¿Tú lo sabías?

En el cerebro de su esposo se escucharon aquellas palabras con gran estruendo, tanto que tuvo el impulso de llevarse las manos a los oídos para tapárselos sin comprender que el ruido estaba dentro y no fuera. Pero contuvo ese impulso, se mantuvo frío y falsamente sereno.

—No —mintió.

Caroline hizo un pequeño ruidito con la garganta, apenas perceptible al oído humano pero que contenía un sentimiento de absoluta decepción.

—¿Es la primera vez? —preguntó.

Norwell no comprendió la pregunta y la miró interrogativamente.

—Que me mientes.

—¿Por qué dices...?

—Por favor —pidió ella—, cada palabra que dices clava más hondo el cuchillo.

Su esposo comprendió al fin.

—¿Cómo sabe Adella que yo lo sé? —preguntó.

—No importa eso. Lo único que importa es que me has mentado y quiero saber si ya lo habías hecho más veces.

—Jamás te he mentado, Caroline. —Se le veía mortificado—. Ojalá no lo hubiese hecho ahora, pero no sabes... Es peligroso, tan solo trataba de protegerte.

—Pensaba que ya habías aprendido que no puedes.

Norwell sintió aquella frase como una estaca clavándose en su corazón. Saber que no pudo protegerla de su padre era su auténtico infierno y ella lo sabía. Tenía que saberlo.

—¿Y ahora vas a contármelo? —preguntó muy seria.

Norwell negó con la cabeza.

—No puedo.

Caroline asintió decepcionada. Se había prometido no delatar a Braden, no quería perjudicar a su amigo y

sabía que, de saberlo, Norwell no se lo perdonaría. Se puso de pie dando por terminada la conversación.

—Me voy a la cama, no podría comer aunque lo intentara —confesó.

—Caroline. —La detuvo cogiéndola por el brazo—. Intenta ser comprensiva, de verdad que no puedo contártelo.

—Pensaba que me respetabas —dijo ella con una triste sonrisa—, pero soy una mujer, todos sabemos que hay cosas que no debemos saber.

Se soltó de su mano y caminó hasta la puerta sin volverse. Salió del salón dejándolo en un mar de confusión y luchando solo contra todos sus demonios.

Capítulo 16

—¿Por qué se casó con su esposo? —El doctor Jacobs estaba sentado en la misma butaca en la que se sentaba a diario y Caroline estaba frente a él trenzando los tres cabos, como hacía siempre.

—Porque lo amo.

—¿Qué cree usted que es el amor?

Caroline dejó la labor y miró hacia la ventana, pensativa. El médico esperó paciente a que respondiera, aquella pregunta era la más importante que le había hecho hasta el momento.

—El amor es escoger, no necesitar. Es respetar y admirar. Es sentir...

—Caroline lo miraba como si hubiese despertado de un profundo sueño—. No sé explicarlo.

—Claro que sabe —dijo él—. Lo ha hecho. Pero se ha detenido en un punto importante.

Ella apartó la mirada y la centró de nuevo en su labor como si trenzar aquellos cordones fuese de repente una tarea irrenunciable.

—¿Qué siente cuando está con su marido?

Caroline se ruborizó pero no dijo nada.

—¿Siente lo mismo aquí sentada? ¿Conmigo?

—Claro que no.

—¿Y no puede explicarme la diferencia?

Ella negó repetidamente con la cabeza.

—¿Ha imaginado a su esposo con otras mujeres?

Caroline lo miró confusa y no respondió.

—¿Le molesta la idea? —preguntó.

Caroline apartó la mirada y se concentró en la labor tratando de borrar la imagen que se había formado en su cerebro.

—Dígame lo primero que se le ocurra, no lo procese —pidió el terapeuta.

—¿No me va a preguntar nunca por lo que pasó? —Lo miraba con intensidad, casi con rencor—. Llevamos ya muchas sesiones y en ningún

momento me ha preguntado por aquello.

—¿Cree que ha llegado el momento de hablar de ello?

Caroline asintió. Tenía los ojos brillantes y un rubor intenso en las mejillas.

—Pues a eso estaba esperando —explicó él.

—Anoche no podía dormir —empezó a hablar—. Estaba sentada en la cama y escuchaba la respiración de mi marido, pero mis ojos estaban abiertos y clavados en el techo. Conozco cada grieta, cada marca en las molduras. Me recordó a lo que hice durante días después de aquello. Me sentaba en un sofá del salón frente a un reloj que había sobre la chimenea y miraba las manecillas fijamente. —Miró al médico para estudiar su reacción—. Permanecí horas y horas mirando aquel reloj que avanzaba inexorable e indiferente a mis sentimientos o a los de cualquiera.

Los ojos del psiquiatra la escudriñaban con aparente impasibilidad.

—Eso fue después de las lágrimas —siguió hablando—. ¿Sabe usted cuántas lágrimas puede verter un ser humano sin deshidratarse? Le aseguro que muchas. Casi siempre me quedaba dormida de tanto llorar y estaba cansada y sin fuerzas. Creo que por eso ahora duermo tan poco, en aquellos días dormí tanto que debí acabar con todas mis reservas de sueño.

El terapeuta no pudo evitar una incipiente sonrisa y Caroline asintió para que supiese que no le molestaba.

—¿Por qué hoy? —preguntó el doctor Jacobs.

—Ayer ocurrió algo —dijo su paciente y dejó la trenza sobre la mesita que tenía delante—. Alguien rompió una promesa y me di cuenta de lo importante que era para mí, como una abrazadera que impedía que el agua se desbordase hasta ahogarme.

Se puso de pie saltándose por completo el protocolo que habían seguido durante esos meses y caminó hasta la ventana para mirar al exterior. La casa del doctor Jacobs estaba en una céntrica calle por la que pasaba mucha gente. Siempre se escuchaban los ruidos del exterior. Durante un par de minutos Caroline observó a aquellos extraños que deambulaban de un sitio a otro como piezas de un tablero. El psiquiatra la dejó hacer, consciente de que habían llegado al punto crítico de la terapia.

—Intuí el peligro, ¿sabe? —empezó a hablar—. Lo supe de algún modo. Sus ojos...

Caroline se detuvo un instante, de repente no estaba segura de poder continuar. Entonces pensó en Norwell, en su mirada derrotada la noche

anterior, y supo que ya no podía seguir engañándose. Volvió al sofá frente al psiquiatra y se sentó mirándolo a los ojos. Ignoró los cordones que seguían sobre la mesa, ya no los necesitaría más.

—Cuando recibí la nota, de verdad pensé que Norwell necesitaba mi ayuda. Pensé que era de su padre de quien debía protegerlo. De nuestras charlas deduje que ese hombre era cruel y peligroso. No me contó nada específico, pero cada vez que hablaba de su madre y de su infancia había en su expresión algo tenebroso y me di cuenta de que venía de su padre.

—Y aun así, acudió a la cita. —No había recriminación en su voz ni reproche en su expresión, tan solo le hacía saber que estaba escuchando.

—Y además entré sola en la casa —asintió con la cabeza para dar énfasis a sus palabras.

—¿Qué creyó que pasaba?

—Creí que Norwell estaba en peligro.

—Eso ya lo ha dicho. ¿Qué clase de peligro?

—No lo sé. Ni siquiera me permití pensar en ello conscientemente, tan solo intuía que ese hombre quería hacerle daño.

—¿Qué pasó cuando se cerró la puerta? —la animó a continuar.

—Cruzamos el hall y me indicó un salón para que caminase hacia él. Yo trataba de escuchar algún ruido para localizar a los criados o a Norwell dentro de la casa. Pero todo estaba en silencio. —Se quedó pensando unos segundos, recorriendo aquellos pocos metros de nuevo con Darrel Symmons a su espalda—. No tuve tiempo de adelantarme a los acontecimientos. De repente me puso un pañuelo en la cara y yo no podía respirar. Cuando volví a ser consciente de lo que pasaba, él...

El psiquiatra la observaba con atención. Las manos cogidas y apretadas, los hombros rígidos, el cuello tenso. Sus ojos lanzaban chispas y respiraba con dificultad. Aun así se la veía entera y dispuesta, como si toda aquella resistencia no pudiese superar la determinación con la que había acudido a su consulta esa mañana.

—Primero lo sentí —siguió hablando—, sentí lo que me hacía pero no comprendía qué estaba pasando. Sentía el terror pero no sabía qué lo provocaba.

—El cloroformo —constató él.

Caroline asintió.

—Cuando pude abrir los ojos y lo vi sobre mí todas las sensaciones tuvieron sentido y supe lo que estaba haciendo. Traté de apartarlo, de gritar,

pero mi cuerpo no respondía a mis órdenes.

El médico asentía constatando que ese era el efecto de la droga.

—Ya sabe lo que me hizo y puede imaginar lo que yo sentí.

—No importa lo que yo sepa, importa que pueda contarle.

Caroline respiró hondo.

—Primero sentí un profundo dolor, un dolor de corazón, casi infantil. No podía asimilar que alguien pudiese hacerme daño de ese modo sin compadecerse de mi sufrimiento. —Su expresión mostraba la sorpresa que ese hecho le causó—. Sabía lo que los seres humanos pueden hacer a sus semejantes. Vi lo que sufrió mi madre por el desprecio con que la trataron personas aparentemente buenas. Pero aquello era distinto. Y, de repente, me arrolló una rabia descomunal, un intenso deseo de hacer daño. Para que se haga una idea, si el niño que estaba a punto de caer por el agujero de la casa de Argenta Wilton hubiese sido Darrel Symmons, no habría movido un dedo por ayudarlo.

El médico conocía aquel episodio en el que Caroline salvó a aquel niño de Winpenham de una muerte casi segura.

—Hábleme de su rabia. Además de a su agresor, ¿había alguien más a quien odiase en ese momento? Piénselo bien.

—No necesito pensarlo —dijo con serenidad—. Me odiaba a mí misma por haber sido tan estúpida. No solo no protegí a Norwell sino que me convertí en el arma que utilizaría su padre para destruirlo. Yo le di el poder para acabar con su hijo y esa culpa me acompañará toda la vida.

—¿Por eso se casó con él? ¿Para compensarlo? —preguntó el terapeuta cruzando la línea.

Caroline frunció el ceño. Por supuesto que no.

—Debe plantearse esa posibilidad. Quizá se casó con su esposo porque se sentía culpable por lo que había pasado. Él era la auténtica víctima y decidió que esa era una manera de compensarlo por ello.

—¿Cómo saberlo? —se preguntó ella en voz alta—. He mantenido escondidos mis sentimientos tanto tiempo que ya no sé lo que es verdad y lo que es mentira.

—No ha consumado su matrimonio —afirmó el psiquiatra—. Quizá es que no quiere que sea un verdadero matrimonio hasta estar segura de lo que siente.

—Estoy segura de lo que siento —afirmó rotunda—. Eso es lo único de lo que estoy segura.

—Sin embargo no puede yacer con él como su esposa. ¿Por qué cree que es?

—Es evidente. Por lo que me pasó...

—¿Y no será que lo culpa por lo que ocurrió?

—¡No! —exclamó rápidamente.

—¿Seguro? —el médico se mostraba dudoso—. Tal y como yo lo veo usted fue a esa casa porque creía que él estaba en peligro.

—Él no tuvo la culpa de nada —insistió Caroline.

—Sin embargo Darrel Symmons jamás se habría cruzado en su vida de no ser por Norwell, ¿no es cierto?

—Lo que dice es cruel.

—¿Cruel? ¿Por qué? ¿No estamos buscando al verdadero culpable de lo que ocurrió? Si analizamos todos los hechos verá que hay muchos. Su padre, por ejemplo.

—¿Mi padre? —Caroline abrió los ojos con asombro.

—El conde la llevó a su casa en Southbourg, la puso al alcance de su antiguo amigo. Usted me contó que además fue Darrel Symmons quien le presentó a su madre.

—Eso no significa...

—¿Y Penny? —la interrumpió el psiquiatra—. Ella sabía que no debía dejarla entrar sola en aquella casa, su deber era cuidar de usted.

—Penny no hizo más que obedecerme.

—Pero no cumplió con su deber —insistió el psiquiatra—, así que también es culpable.

—Ella no tiene culpa de nada y el conde tampoco.

—Claro, el verdadero culpable es, sin duda alguna, su esposo. Él fue la causa de que su padre urdiera ese plan y él fue el motivo por el que usted se arriesgó a entrar en aquella casa. Está claro que Norwell es el verdadero culpable de su violación.

Caroline sintió las lágrimas aflorando a sus ojos y las dejó salir sin resistirse. Comprendió lo que el psiquiatra estaba haciendo, pero eso no mitigó en nada el dolor que le provocó. Esos terribles pensamientos habían estado en su cabeza todo ese tiempo, ocultos, ahogados cada vez que trataban de aflorar. Porque enfrentarlos le parecía insoportable. ¿Cómo podía culpar a todas aquellas personas a las que tanto quería de lo que le había hecho aquel monstruo? Y sin embargo allí estaba ese sentimiento de indefensión, aquella pregunta jamás formulada: ¿por qué no me salvasteis?

—Señora Symmons, somos piezas indispensable para que lo que nos ocurre, a nosotros y todos aquellos que nos rodean, se produzca. Podríamos decir que somos, de algún modo, responsables, pero nunca que somos culpables. Uno es responsable de cruzar la calzada sabiendo el riesgo que entraña hacerlo, pero si la tienda en la que debemos comprar, el amigo al que queremos saludar o la consulta del médico al que debemos ir está en la acera de enfrente, no tendremos más remedio que correr el riesgo. Intuir el peligro no conlleva necesariamente la capacidad de evitarlo, y esas personas que interactúan con nosotros no son culpables de lo que nos ocurra en el devenir de los acontecimientos. No importan los motivos que la llevaron a aquella casa. No para explicar lo que ocurrió, porque es mucho más sencillo que todo eso, Caroline. Darrel Symmons es un ser malvado. Simplemente. Debemos aceptar, aunque sé que es difícil, que hay personas malvadas que intentarán hacernos daño porque esa es su naturaleza.

—¿Y ya está? ¿Debo aceptar que ese monstruo se cruzase conmigo y seguir con mi vida?

—La otra opción es continuar sirviéndole —sentenció el médico. Caroline lo miró horrorizada.

—¿No ha pensado en ello? Es demasiado evidente que toda su vida gira alrededor de aquel suceso —explicó el médico sin apartar la mirada de aquellos enormes ojos asustados—. Y no solo la suya, también la de su marido. Incluso la de sus amigos. Y si le deja, Darrel Symmons conseguirá lo que pretendía: destruir a su hijo. Incluso aunque ya no fuese ese su deseo ya no importaría, porque usted ha continuado incansable con ese cometido.

—Dios mío —susurró aterrada.

—No trato de asustarla, Caroline, lo que pretendo es que se enfrente a la verdad. Nada de lo que nos ocurre tiene un efecto directo sobre nuestra mente. Somos nosotros los que provocamos ese efecto: decidiendo. Puede seguir anclada en su desgracia, en aquel terrible momento que vivió. Pensar en lo que habría ocurrido si no hubiese ido a vivir a Southbourg, si no hubiese conocido a Norwell, si Penny se hubiese negado a dejarla sola.

En ese momento el médico hizo algo que no había hecho en ninguna de sus sesiones. Dejó el cuaderno en la mesita que había junto a su butaca y se levantó para sentarse junto a ella en el sofá.

—No tenemos el control total sobre lo que nos ocurre, pero sí podemos decidir lo que vamos a hacer con ello y cómo será nuestra vida después. —Le cogió las manos y las apretó con firmeza—. Usted tiene el poder, Caroline.

Úselo.

—¡Caroline, qué sorpresa! —Adella se levantó del sofá para recibirla cuando su amiga entró en el salón acompañada por el ama de llaves.

Adella Cadwell no tenía en el servicio a ningún hombre, todas los puestos estaban ocupados por mujeres. Sus criadas eran las mejor pagadas de Boston y se las trataba con respeto.

—¿Quieres tomar el té o...?

—Más tarde, quizá —dijo Caroline con evidente nerviosismo.

—Gracias, Grace —dijo Adella despidiendo al ama de llaves—. ¿Ha ocurrido algo?

Caroline esperó a que estuvieran solas y soltó de golpe el aire que se había acumulado en sus pulmones al tiempo que se dejaba caer en el sofá.

—Me estás empezando a asustar —dijo Adella.

—Tienes que ayudarme —dijo.

—¿Ayudarte en qué? —Adella se sentó junto a ella.

—Sé que conoces bien a Newland Reasbeck.

La actriz entrecerró los ojos buscando más datos en su rostro, no estaba segura de hasta qué punto esa afirmación estaba acertada.

—Sé que sois amantes —aclaró Caroline para que no hubiese dudas—. No estoy aquí para juzgarte, te respeto demasiado y he llegado a apreciarte mucho, Adella. Sé cómo piensas y lo que defiendes me parece tan valioso que jamás me atrevería a juzgarte...

—No somos amantes —dijo Adella con orgullo—, es mi esposo.

—¿Qué?

Adella se mordió el labio. Hubiera deseado no haberlo dicho, pero ya estaba hecho.

—Nos casamos en secreto hace varios años —aclaró—. Después de quedarme viuda.

—Pero...

—Es muy complicado, Caroline, no intentes entenderlo —dijo su amiga con una sonrisa casi tranquila—. Newland y yo nos amamos desde hace mucho tiempo. Yo era muy joven y él era un hombre triste y amargado. Empezamos a hablar, tan solo como amigos, después de que viniese a ver una función en la que yo actuaba. Era un hombre muy especial, me di cuenta

enseguida de que cargaba con una pena honda y profunda que lo había convertido en ese personaje que todos veían. Pero escarbando un poco pude encontrar al verdadero Newland y me enamoré perdidamente de él.

—¿Su mujer aún vivía? —preguntó Caroline.

Adella frunció el ceño, expectante.

—¿Qué sabes tú de su mujer? —preguntó, precavida.

—Lo sé todo.

La actriz sonrió con ironía.

—¡Menuda frase!

—Sé que su mujer lo abandonó junto con su hija. Sé quién es Jewel, Adella.

Ahora sí que consiguió sorprenderla y la actriz se levantó de golpe y fue hasta un carrito en el que había varias botellas.

—Voy a necesitar una copa —dijo—. ¿Quieres algo?

Caroline negó con la cabeza y esperó. Adella bebió un sorbo sin apartarse del carrito y rellenó su copa antes de volver a sentarse.

—¿Qué es lo que quieres, Caroline?

—Hablar con él.

Adella la miró sorprendida.

—¿Hablar con él de qué?

—Quiero advertirle de... Darrel.

—Ya lo he hecho yo —la tranquilizó Adella—, le he dicho la clase de hombre que es, pero no le he explicado nada sobre ti.

—Norwell ha pagado a un detective para que investigue a... su padre —explicó Caroline muy seria—. Ese detective ha descubierto muchas cosas sobre Reasbeck.

Adella asintió comprendiendo, se llevó la copa a los labios y bebió hasta apurarla, después la dejó sobre la mesa.

—Crees que Norwell se ha puesto en peligro —sentenció.

—Estoy segura de que a Newland Reasbeck no le gustará nada descubrirlo y quiero que entienda que no corre ningún peligro con nosotros, que no es a él a quien perseguía.

—¡Dios, qué estúpidos son los hombres! —exclamó Adella con verdadera preocupación—. Siempre tratando de arreglarlo todo con la fuerza, en lugar de utilizar la inteligencia.

—¿Crees que me escuchará?

—Newland es un hombre muy peligroso, Caroline.

—Lo sé.

Adella se mordió el labio mientras trataba de pensar en algo que pudiese funcionar con él.

—Te llevaré a verle —concluyó—, es lo único que puedo hacer. A pesar de ser mi marido jamás he podido dominarlo. Siempre hace lo que cree que debe hacer independientemente de mi opinión.

—No puedo creer que estés con un hombre así —dijo Caroline sorprendida.

—¿Con un hombre cómo?

—Tan visceral, tan primitivo.

Adella sonrió.

—Es como yo, Caroline. Yo tampoco hago lo que él quiere, ni cambio de parecer porque me lo pida. Por eso lo amo, porque me deja ser quien soy y jamás me juzga. Me considera una persona y me trata como una igual. No es delicado conmigo, es sincero.

—¿No es un hombre violento? —preguntó Caroline con timidez.

—¿Conmigo? No. Jamás me ha obligado a hacer nada que no deseara. Nuestras relaciones son totalmente equilibradas, ninguno de los dos tiene más poder que el otro. Newland es la antítesis de Darrel Symmons.

—¿Le contaste lo que me hizo?

Adella negó con la cabeza sin apartar la mirada de los ojos de su amiga.

—Tan solo le dije la clase de persona que era, alguien de quien no te puedes fiar, capaz de hacer las cosas más abominables. Por supuesto me preguntó a qué clase de cosas me refería y le dije que no podía explicárselo, pero que debía apartarlo de Jewel.

—¿Y no crees que con eso sea suficiente para que lo aparte de su vida?

—Con eso será suficiente para que lo investigue y acabe averiguando todo sobre él. También que es el padre de Norwell. Y una vez sepa eso no le costará nada descubrir que su hijo ha contratado a un detective...

—Y entonces Norwell también estará en peligro. Más motivo para que me lleves a hablar con él cuanto antes.

Adella asintió convencida de que no había más opciones.

—Debes pensar muy bien lo que le vas a decir, porque si le cuentas a Newland lo que Darrel te hizo, lo matará. Y no estoy segura de que estés preparada para cargar con un muerto en tu conciencia. Aunque ese muerto sea un monstruo.

Capítulo 17

Caroline se colocó el sombrero y se revisó en el espejo. Cuando estuvo lista salió de la habitación y se dirigió a las escaleras, pero antes de llegar al último peldaño escuchó la voz de Olivia desde el piso de arriba.

—Caroline —la llamó sorprendida—, ¿vas a salir?

La inglesa cerró los ojos un instante y se concentró en poner una expresión distendida antes de volverse a mirarla.

—Olivia, querida —dijo sonriendo—, he quedado con Adella para tomar el té en su casa. No te he dicho nada porque hoy tienes la prueba con la señora Mailer, la modista.

—¡Oh, es cierto! ¡Qué fastidio! —se quejó mientras bajaba las escaleras hasta detenerse junto a su amiga—. Ojalá no hubiese quedado con ella, seguro que vuestros planes son mejores. ¿Quiénes van a estar?

Caroline no opinaba lo mismo de la señora Mailer, le estaba muy agradecida. Había tenido que esperar varios días para poder salir sin temor a que Olivia se ofreciese a acompañarla.

—No lo sé —respondió caminando hacia la puerta—, es una merienda informal...

—¡Oh, me mortificas! —Olivia arrugó la nariz con disgusto, pero de pronto su expresión se hizo más animada—. Si me doy prisa con la señora Mailer quizá llegue a tiempo de pasar un rato con vosotras.

Caroline controló un leve temblor de su labio antes de volverse a su amiga y mirarla con una sonrisa.

—Ya sabes que a la señora Mailer no le gustan las prisas. ¿Quieres que estropee tu vestido para la cena de los Calthorpe? —dijo fingiendo severidad—. Esfuérate en ser paciente y asegúrate de que el vestido es tal y como tú deseas.

Olivia sonrió sin poder evitarlo y Caroline la miró desconcertada.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

—¡Lo siento, Caroline! Sé que soy un horror, pero no puedo evitarlo. No te enfades conmigo —pidió su amiga sin dejar de reír, lo que resultaba un

tanto extraño.

—No sé de qué estás hablando, Olivia.

—Claro, claro —dijo la otra empujándola suavemente hacia la puerta—. Haremos como si yo no me hubiese dado cuenta. Pero no olvidéis que no me gustan nada las hortensias, por favor, las odio.

Caroline bajó los escalones de la entrada y caminó hasta el landó sin poder deshacerse de aquella confusión en su mente que trataba de descifrar el mensaje oculto en las palabras de su amiga. La saludó con la mano cuando el vehículo se puso en marcha y no fue hasta que habían recorrido unos pocos metros que comprendió lo que había pasado. En dos semanas sería el cumpleaños de Olivia y se había pensado que estaban preparándole una sorpresa. Se asomó a la ventanilla y miró hacia atrás, pero su amiga ya se había metido de nuevo en casa. Caroline sintió una profunda ternura hacia ella, más sabiendo lo equivocada que estaba.

Adella salió de su casa en cuanto el landó se detuvo frente a la puerta.

—Buenas tardes —la saludó una vez sentada junto a ella, y se pusieron en marcha—. ¿Te ha visto Olivia?

Caroline asintió.

—Cree que le estamos preparando una sorpresa de cumpleaños —explicó.

—Pues tendremos que pensar en algo —dijo Adella muy seria.

A su amiga no se le escapaba la preocupada expresión en el rostro de la actriz.

La mansión de Newland Reasbeck tenía una fachada saliente y no parecía gran cosa vista desde la calle. Adella hizo sonar el timbre y un mayordomo perfectamente uniformado les abrió la puerta y tras saludarlas con simpatía las hizo pasar. Caroline no pudo evitar preguntarse si el sirviente conocía el secreto de Adella y su esposo, pero si era así contribuía a mantener la tapadera como el que más.

El interior mostraba un mobiliario lujoso pero sencillo, de alguien a quien le gustaba rodearse de calidad pero no requería hacer alarde de ello. Caroline tuvo que reconocer que Newland tenía buen gusto. Miró a Adella mientras se quitaba los guantes y se preguntó si todo aquello sería obra de ella en realidad. A primera vista aquella no se parecía en nada a la casa de la actriz, pero sí se percibía cierto encanto en los detalles que le recordaron a

otros que había visto en ella. Como las copas situadas sobre un mueble, que eran idénticas a otras que tenía Adella, o la lámpara policromada que adornaba una pequeña mesa. Pero lo más significativo era el aroma a lavanda que se respiraba en aquella estancia. Aquella era la fragancia preferida de la actriz y convertía aquella habitación tan masculina en un lugar familiar.

Caroline trató de calmar sus nervios y mostrarse relajada. Adella se acercó a ella y le puso la mano en el brazo tratando de infundirle ánimo.

—¿Estás segura? —preguntó por última vez.

Caroline asintió y la puerta del salón se abrió dando paso a su anfitrión.

Newland Reasbeck resultó ser más joven de lo que esperaba y mucho más atractivo. Irradiaba una seguridad aplastante que hacía que cualquiera que se encontrase frente a él se encogiese involuntariamente.

—Señora Symmons —dijo cogiéndole la mano para besarla—, estaba deseando conocerla. Adella no deja de hablar de usted.

—Mucho gusto, señor Reasbeck —dijo Caroline con timidez—, le agradezco que haya aceptado recibirme.

—No le diré aquello de que los amigos de Adella son mis amigos porque hay amigos de mi esposa a los que no compartiría ni una copa, pero usted parece una mujer sensata.

—Espero que así sea. —Sonrió casi divertida por el comentario. De pronto se dio cuenta de que había mencionado su parentesco y lo miró sorprendida, pero Reasbeck no hizo ningún comentario al respecto.

—¿Nos sentamos? —preguntó él señalándole el sofá—. Tengo entendido que esto no es exactamente una visita de cortesía, sino que quiere hablarme de algo.

Caroline asintió al tiempo que se sentaba. Miró a Adella, que se sentó junto a ella. No sabía cómo empezar y le pidió ayuda con los ojos.

—Ya te comenté que Caroline había venido a Boston con su esposo —relató la actriz tratando de dotar a su voz de un tono calmado—. Se alojan en casa de Olivia Locksley.

—Señora Symmons —interrumpió Newland mirando a su invitada al tiempo que tomaba asiento en una butaca que había colocado frente al sofá—, no es necesario que Adella la ayude, puede decir lo que sea sin temor.

—Ya te dije que es un tema delicado —adujo su esposa.

—Querida. —La miró con firmeza, pero con una expresión tierna en sus ojos—. Le has dicho que eres mi esposa, eso implica un grado de confianza tan solo equiparable al que compartes con Marie Gouges, que es

prácticamente una hermana para ti. Ni siquiera Olivia lo sabe y me consta que la aprecias sinceramente, así que no hace falta que toméis precauciones; nada de lo que usted me diga, señora Symmons, será mal recibido.

Adella miró a Caroline y asintió animándola a hablar.

—Mi marido es Norwell Symmons —empezó.

—Siento decirle que no leo mucho, mis ocupaciones no me dejan apenas tiempo libre.

Caroline respiró hondo y se mojó ligeramente los labios, con nerviosismo.

—Usted tiene a una persona trabajando... él es su... está casado.

Newland Reasbeck sonrió y dejó salir el aire por la nariz empezando a pensar que aquella conversación no acabaría nunca.

—Querida —dijo dirigiéndose a su esposa—, ¿te importaría ponerme un whisky? Usted, señora Symmons, ¿quiere tomar algo?

Caroline asintió y una vez tuvo la bebida en la mano bebió un sorbo que la reconfortó y relajó un poco sus agitados nervios.

—Adelante, quería hablarme de alguien que trabaja para mí.

—Sí, de Darrel Weber, que antes de casarse se llamaba Darrel Symmons —dijo al fin.

Newland no se inmutó y siguió bebiendo de su vaso sin apartar la mirada de los ojos de su invitada.

—Es el padre de mi esposo —dijo y esperó a la reacción del empresario.

El esposo de Adella siguió con la misma expresión e idéntico comportamiento.

—¿Ya lo sabía? —comprendió Caroline.

—Señora Symmons, ¿usted sabe a lo que me dedico? En mi oficio la información es más valiosa que el dinero. Nunca contrato a nadie sin investigarlo. Conozco la vida de Darrel Symmons desde que se tomó su primera papilla. Todo aquel que entra en mi vida sabe a lo que atenerse y el que me traiciona no vive para contarlo.

—Newland... —Adella lo miró enfadada.

—Tranquila, querida. Estoy seguro de que la señora Symmons sabe perfectamente quién soy yo. Es más, diría que precisamente por eso está aquí. ¿Me equivoco, Caroline? ¿Me permite llamarla Caroline?

—Puede llamarme como guste —dijo encontrando la fuerza que había perdido. Estaba allí para proteger a Norwell y no se acobardaría—. Mi

marido ha hecho algo que usted podría ver como un gesto hostil hacia su persona y quiero pedirle por favor que escuche todo lo que he venido a contarle antes de hacer un juicio de valor.

—Pues espero que lo que tenga que contarme diluya esa hostilidad a la que alude, por el bien de su esposo.

Caroline supo instintivamente que había hecho bien en ir a hablar con él. Si Newland Reasbeck hubiese descubierto lo que ella había ido a contarle, ninguna súplica hubiese sido efectiva. No era la clase de hombre que perdona fácilmente, menos aún sin una confesión previa.

Empezó hablándole de Darrel Symmons como esposo y padre, le contó la clase de hombre que fue con su mujer y cómo se comportó con su hijo.

—Todo eso ya lo sabía —dijo Reasbeck cruzando una pierna sobre la otra en actitud relajada.

—Antes de venir, mi marido le pidió a un amigo que contratase un detective —siguió hablando decidida—. Quería saber dónde estaba su padre y qué hacía.

El rostro de Reasbeck se endureció.

—Cuando llegamos, Norwell ya sabía que Darrel estaba en Boston y pagó al detective para que siguiese investigándole. Quería que averiguase por qué se había marchado de Filadelfia y se había instalado en esta ciudad.

Reasbeck no decía nada pero su pose se había vuelto hostil y su expresión ya no era amigable.

—El detective descubrió que Jewel es su hija.

La mandíbula del hombre se marcó fuertemente mientras sus ojos se oscurecían.

—Acuérdate de que te ha pedido que escuches todo lo que tiene que decirte. —Adella conocía bien aquella expresión en el rostro de su marido y sabía que no traería nada bueno.

Newland asintió contenido y le hizo un gesto a Caroline para que continuase hablando.

—Norwell no tiene ningún interés en esa información, no va a hacer nada con ella y no saldrá de nosotros el más mínimo detalle sobre lo que descubrieron...

—¿Tiene algún modo de silenciar al detective? —preguntó con una clama aterradora.

—¿Al detective?

—Hay un detective, ¿no? —argumentó Reasbeck—, un hombre que

cobra por dar información y que, gracias a su marido, ahora sabe de la existencia de mi hija.

Caroline empalideció.

—Por no hablar de que hay otra persona implicada, según usted un amigo de su marido. Lo que quiere decir que, por lo menos, hay cuatro personas que conocen mi secreto mejor guardado. Y dudo mucho que el señor Locksley esté fuera de esto. Eso suman cinco. ¿Cree que puedo arriesgar la vida de mi hija a la improbable certeza de que nadie va a hablar?

A Caroline le temblaban las manos y hasta la última gota de sangre había abandonado su rostro, pero fue al ver la expresión de temor en el rostro de su amiga cuando comprendió verdaderamente el peligro en el que estaban todos.

—He venido a hablar con usted...

—Probablemente porque sabe que no habría tardado mucho en enterarme de todo esto.

—Tenemos que encontrar una solución para todos —pidió Caroline—. Nadie tiene por qué salir mal parado.

Newland Reasbeck torció una sonrisa sin apartar la mirada de sus ojos.

—Señora Symmons, le voy a contar una historia. Había un hombre que tuvo una mala infancia y una peor adolescencia. Se movía en terrenos peligrosos y conoció a muy mala gente. Gracias a su perseverancia consiguió situarse en un lugar privilegiado en el que no había nada que no pudiese conseguir. Entonces conoció a una joven dulce y encantadora. Trabajaba en el guardarropa de uno de sus negocios y venía de un mundo completamente distinto al suyo. Le hizo creer que podía estar en los dos mundos y que por fin podría ser feliz. Se casaron, fue una ceremonia sencilla, como ella quería. Se compraron una preciosa casa y pensaron que vivirían por siempre felices. Ella se quedó embarazada y nació una niña a la que los dos adoraban como su más preciado tesoro. —Se inclinó hacia delante de manera amenazadora a pesar de no estar lo suficientemente cerca como para poder tocarla—. Y entonces alguien lo amenazó con matarlas a las dos si no le daba lo que le pedía.

Caroline lo miraba asustada, consciente de que le estaba contando su historia y segura de que aquella charla no acabaría bien para ella.

—No me mire así, señora Symmons —dijo él volviendo a recostarse contra el respaldo—. Renuncié a lo que más amaba por su seguridad.

—Podría haber renunciado a todo lo demás —dijo Caroline sin darse cuenta.

Reasbeck la miró con dureza.

—¿Cómo dice?

Su interlocutora temblaba como una hoja, pero no se amilanó.

—Podría haber dejado todos sus negocios y haberse marchado a otro lugar con su esposa y su hija. Prefirió que ellas se apartaran de su lado.

—¿Y qué habría podido ofrecerles? —preguntó furioso—. Una miserable vida en algún pueblucho apartado. Me he ganado muchos enemigos, señora, me habrían acabado encontrando y nos habrían matado a los tres.

—Podrían haberse ido del país —insistió—. Usted decidió y no lo juzgo por ello. Lo que digo es que no tiene por qué hacer pagar a otros por sus decisiones. Nosotros no tenemos la culpa.

—¿Cree que me importa?

—Sí —dijo Caroline mostrando más seguridad de la que sentía—. Adella no podría amarlo si no hubiese una buena persona detrás de toda esa violencia que emana de usted. Además, ¿qué cree que pensará Jewel si descubre alguna vez que usted es su padre y tiene que aceptar que se convirtió en un asesino sin escrúpulos?

Reasbeck volvió a torcer su sonrisa con expresión perversa y Caroline comprendió lo absurdo de su argumento. Estaba frente a un asesino sin escrúpulos.

—Sabe lo que quiero decir.

—Se refiere a que hay muertos de primera y de segunda —dijo él sin cambiar de expresión.

—Mi marido es escritor, no un matón. No pretende nada en su contra, tan solo investigaba a su padre...

—Dígame, señora Symmons, ¿por qué necesitan contratar un detective? ¿Por qué no, simplemente, van a visitarlo?

Caroline enmudeció y Newland escudriñó su rostro durante unos segundos.

—Está claro que hay algo muy turbio aquí —dijo asintiendo—, y me temo que va a tener que contármelo si es que quiere que me preocupe de encontrar una solución a su problema. Porque, no se engañe, señora Symmons, usted y su marido tienen un problema. Yo no.

Lo dijo en un tono que dejaba claro que no le costaría nada quitarlos de

en medio, a pesar de la penetrante mirada de Adella, que no había vuelto a decir nada y lo observaba con suma atención.

—Darrel Symmons me violó —dijo Caroline, resuelta—. Me hizo llegar una nota diciéndome que Norwell estaba en peligro y necesitaba mi ayuda. Cuando acudí a su llamada me drogó con cloroformo y me violó.

El rostro de Newland se había convertido en una máscara pétrea.

—¿Mantén una relación con su hijo?

Caroline asintió.

—Norwell había pedido permiso a mi... al conde de Southbourg, con cuya familia yo vivía, para poder cortejarme.

Reasbeck apretó los labios y su rostro fue perdiendo el color lentamente.

—Sabía que era un desgraciado, pero jamás imaginé... —Se puso de pie de golpe—. He dejado a mi hija con semejante canalla.

Caroline se levantó también.

—Ese es el otro motivo por el que he venido a hablar con usted. Debe alejarla de él, es un monstruo y ella está en peligro a su lado.

Reasbeck la miró con ojos asesinos.

—Jamás se atrevería —dijo mordiendo las palabras—, sabe lo que le haría si la toca.

—Es posible —dijo Caroline asintiendo—, pero si fuese mi hija le aseguro que no correría el riesgo.

El mafioso la miró fijamente.

—Esto no cambia nada —le advirtió.

Caroline se sintió desarmada.

—No puede eliminarnos a los cinco —dijo muy seria—. El suegro de Braden es Donald Wharton, investigará y lo descubrirá. Es un hombre muy poderoso...

—Los accidentes ocurren cada día, señora Symmons.

Caroline miró a Adella, su amiga estaba muy seria con los ojos clavados en su esposo.

—¿Va a dejar que me vaya? —preguntó Caroline con la voz ronca por las lágrimas.

—Sí —dijo Adella—, va a dejar que te vayas.

—Adella, no te metas en esto —le advirtió Newland.

—¿Que no me meta en esto? ¿Vas a matarme a mí también? —preguntó poniéndose de pie.

—No me hagas enfadar.

—Si les haces daño te juro que no te lo perdonaré en la vida —dijo muy seria.

—Tendré que vivir con ello —respondió él girándose hacia ella con expresión intimidatoria.

—No solo tendrás que vivir con ello —dijo Adella con los ojos llenos de lágrimas—, también tendrás que matarme, porque te juro que iré a ver a Donald Wharton y se lo contaré todo si les haces algo.

Su marido sintió una furia descomunal y la agarró por el cuello delante de Caroline, que lo cogió del brazo para intentar que la soltase.

—Jamás he hecho daño a ninguna mujer —dijo él—, no me obligues a hacerlo.

—¡Suéltela! —gritó Caroline.

Newland miraba a los ojos de su esposa que no hacía nada por zafarse de aquella garra que le oprimía el cuello.

—Tendrás que matarme —dijo casi sin voz mientras las lágrimas caían imparables por la comisura de sus ojos.

El hombre la soltó de golpe y la abrazó apretándola contra su pecho. Adella se llevó la mano al cuello, que le ardía como si hubiese tragado fuego.

—Váyase —dijo Newland mirando a Caroline—. ¡Largo!

Caroline miró a Adella, que asintió y le señaló la puerta para que se marchase.

—Hagan las maletas y márchense de Boston en el primer barco que salga hacia Inglaterra —le advirtió Newland—. Les doy una semana, ni un día más.

Caroline se volvió antes de salir.

—Braden y Olivia no pueden marcharse.

—Es todo cuanto tengo que decir —sentenció—. Como usted ha dicho antes: nosotros elegimos.

Caroline salió de aquella casa lo más rápidamente que pudo y cuando estuvo en la calle respiró hondo consciente de que la vida es demasiado valiosa.

Capítulo 18

Braden miraba a Norwell, que escribía en su mesa. Habían colocado otro escritorio en su despacho para que el escritor pudiese trabajar sin molestarse. Aquella habitación era suficientemente amplia como para que pudiesen utilizarla los dos y a veces resultaba incluso útil tener a alguien que sabía muy bien las dificultades que conllevaba la escritura. La mesa de Norwell estaba de espaldas a la ventana, perpendicular a la de Braden y a cierta distancia, de manera que el editor podía observarlo en ese momento sin que el otro se apercibiese.

Llevaba varios días dándole vueltas a la idea de hablar con él. Se sentía mal por haberlo desenmascarado. No se arrepentía de haberle contado todo a Caroline, pero sí de lo que había provocado con ello. El distanciamiento entre ellos era más que evidente y Olivia lo hacía directamente responsable de ello. Hacía mucho tiempo que no discutían tan acaloradamente y estaba seguro de que esta vez le costaría más de lo normal volver a ocupar su lugar en la cama.

Respiró hondo y se levantó.

—¿Te apetece hacer un descanso? —preguntó yendo hasta el mueble de las bebidas—. Necesito una copa. ¿Quieres?

Norwell negó con la cabeza.

—¿Ese no es al descanso o al whisky?

—Al whisky —dijo su amigo sonriendo aunque sus ojos seguían serios.

—Ven, nos sentaremos ahí, estoy cansado de trabajar —dijo caminando hacia el rincón en el que estaba las dos butacas y la mesa junto a la enorme librería—. ¿Quieres que pida té o café?

Norwell negó con la cabeza.

—Tengo algo que decirte y creo que te será más fácil tragarlo con un poco de whisky —insistió su amigo.

Norwell frunció el ceño con preocupación evidente y asintió con la cabeza.

Cuando las copas estuvieron servidas y los dos sentados frente a frente, Braden ya no tenía excusas para prorrogarlo más.

—El otro día estuve hablando con Caroline —empezó.

Norwell abrió todos sus canales de atención y se puso rígido presintiendo el peligro.

—Le conté lo que estábamos haciendo.

—¿Qué? —Se inclinó hacia delante con tal ímpetu que el whisky saltó del vaso y le manchó la ropa, pero no se inmutó por ello.

—Caroline descubrió que Darrel estaba en Boston. Sabía que ahora se hacía llamar Weber y que tiene a su cargo a Jewel Sommerton.

Norwell sentía que la cabeza le iba a estallar. Se llevó el vaso a los labios y bebió el contenido de un solo trago. Después lo dejó sobre la mesilla con un golpe y se puso de pie.

—¡Ahora entiendo! Estaba muy extraña y decía cosas... ¡Dios, Braden! ¿Es que no la conoces?

—¡Claro que la conozco! ¡La conozco muy bien! —exclamó su amigo poniéndose de pie también.

—¡Con eso solo le has hecho daño! —Norwell se había lanzado hacia él y lo empujó con fuerza haciendo que volviese a sentarse.

Braden se levantó y le devolvió el empujón con rabia haciendo que su amigo trastabillase sin llegar a caerse.

—¡Vosotros le hicisteis daño! —lo acusó—. ¡Todos se lo hicisteis! Ella era feliz, era una persona increíblemente alegre y feliz. ¡Su alegría era mi vida!

Norwell se quedó petrificado.

—Todavía la amas —susurró.

Braden se apartó el pelo y soltó el aire de golpe para después cogerlo con fuerza tratando de recuperar la calma.

—Claro que la amo —confesó—, siempre la amaré. Pero no es lo que crees.

—¿Ah, no?

—No, Norwell. —Se dejó caer en el sillón y cogió el vaso para dar un largo trago antes de seguir hablando—. Caroline está en todos mis recuerdos infantiles. Ella fue todo mi mundo durante mucho tiempo. Es como si hubiese vivido dos vidas. ¿Lo entiendes?

Norwell se sentó frente a su amigo y asintió muy despacio.

—Esa parte de mí que aún vive en mis recuerdos, la amaré siempre.

Pero aquella Caroline ya no existe, la mataron entre todos —dijo dolido—. Su alegría, su inocencia, su enorme corazón...

—Ese sigue intacto —dijo Norwell con los ojos brillantes—. Y quiero pensar que también recuperará esa alegría de la que hablas...

—¿Cómo? ¿Viendo que te pones en peligro para vengarte de tu padre?

Norwell apretó la mandíbula al oír que lo llamaba así y Braden apretó los labios furioso.

—¡Sí, Norwell, Darrel Symmons es tu padre! Y tú quieres acabar con él.

—¡Claro que quiero! ¡No merece vivir!

—¿Y qué pasará con Caroline después de eso? —le interrogó su amigo—. ¿Qué pasará cuando todo esto haya acabado y ella lo descubra?

—Se sentirá aliviada porque él ya no podrá hacerle daño —dijo sin dudas.

—¿En serio crees eso? ¿De verdad piensas que cuando descubra que has colaborado en la muerte de tu padre se sentirá más segura? ¿Que te mirará y sentirá alivio?

El rostro de Norwell no ofrecía lugar a dudas.

—Merece morir.

Braden asintió muy despacio.

—Entiendo lo que dices. Sé que ese hombre os hizo mucho daño...

—No entiendes nada —dijo con rabia como si las palabras saliesen de sus entrañas.

Braden enmudeció, consciente de que estaban entrando en un terreno demasiado íntimo. Norwell cogió el vaso que había dejado en la mesa y fue a llenarlo de nuevo. Sin apartarse del mueble que contenía las bebidas apuró su contenido buscando la calma en el fondo del vaso.

—Tenemos que pensar bien lo que hacemos —dijo Braden—, Newland Reasbeck es muy peligroso y debemos estar preparados para su reacción cuando se entere...

—Ya se ha enterado.

Los dos hombres se volvieron hacia la puerta al escuchar la voz de Caroline. Norwell la miró aterrado.

—¿Qué has hecho? —preguntó.

Caroline cruzó el salón y fue hasta el lugar en el que estaba su esposo, cogió uno de los vasos y se sirvió un dedo de whisky, después se lo bebió en dos tragos y, tras el segundo, tosió al sentir que le quemaba la garganta.

Volvió a dejar el vaso sobre la mesilla y miró a los dos hombres.

—He ido a verle y se lo he contado todo.

Braden sintió una calma atroz, la calma que debe sentir el moribundo antes de dejarse ir. Se dejó caer en el sofá y se llevó las manos a la cabeza tratando de pensar en lo que debía hacer. Había muchas cosas que debía arreglar antes de morir. Asegurarse de que Olivia quedaba bien...

—¿Qué le has dicho exactamente? —preguntó Norwell recuperando la serenidad.

—La verdad. —Caroline no lo miraba.

—¡Por Dios, Caroline! —La cogió de los brazos y la obligó a mirarlo—. Te estoy haciendo una pregunta directa, haz el favor de responderme.

—Le he contado vuestro estúpido plan —dijo mirándolo con rabia—, le he dicho que pagasteis a un detective para averiguar todos los secretos de... tu padre. Le he dicho todo lo que descubristeis sobre Newland Reasbeck y su hija Jewel.

—¿Cómo has hecho eso?

—No he terminado —le cortó con los ojos llenos de lágrimas—. También le he contado lo que Darrel me hizo. Cómo me atrajo con engaños para después violarme del modo más cruel...

Un sonido los hizo mirar hacia Braden, que los miraba horrorizado. Caroline sonrió con amargura.

—¿Es que no lo sabías? —dijo con ironía—. Debes ser el único.

Norwell la miró estupefacto.

—Maldito hijo de... —Braden se había puesto de pie y todo su cuerpo destilaba el odio que sentía en ese momento.

—Nos matará a todos. —Caroline no dejaba aquella pose amarga y dura con la que había llegado—. Al detective que habéis contratado, a Walter y a nosotros tres. Quizá perdone a Olivia, aunque no lo tengo claro.

Los dos hombres empalidecieron.

—El único modo de conseguir que no nos mate es que nos marchemos del continente esta semana —terminó.

—¿Irnos? —Braden se había acercado a ellos y trataba de aclarar su mente—. ¿Irnos a dónde?

—El único lugar que se me ocurre es Inglaterra —respondió Caroline.

—Hablaré con él —dijo Norwell caminando hacia la puerta.

—No servirá de nada —lo frenó su esposa—. Adella es la persona que más influencia tiene sobre ese hombre y no ha conseguido que se moviera un

ápice.

—¿Adella? —Braden frunció el ceño—. ¿Te refieres a Adella Cadwell?

—Adella Reasbeck, en realidad. Están casados.

El editor abrió la boca sorprendido, pero no fue capaz de emitir ningún sonido.

—Pues hay que pensar en algo —dijo Norwell volviendo junto a ellos.

—Lo único que debemos hacer es las maletas —dijo Caroline, que seguía con aquella fría expresión en sus ojos.

—Yo no me iré hasta...

—¿Hasta qué? —Se encaró su esposa con él—. ¿Hasta que lo veas muerto? Pues te diré que no será solo a él al que veas perecer, también tendrás que despedirte de mí para siempre.

—No cumplirá su amenaza —aseveró tratando de mostrarse seguro.

—Si tú estás dispuesto a arriesgarte, yo también —respondió Caroline—. Pero los demás se marchan.

Braden se pasó una mano por el pelo con preocupación manifiesta.

—Debes proteger a tu esposa. —Caroline lo miraba con apremio—. Compra pasajes para el primer barco que vaya a Inglaterra y marchaos. Advierte a Walter y que se vaya con vosotros. Newland no iba a dejarme salir viva de su casa. Este trato es todo lo que Adella pudo hacer por nosotros.

—Tú te irás con ellos —dijo Norwell.

Caroline lo miró a los ojos con una expresión firme y rotunda.

—Soy tu esposa. Iré adonde tú vayas.

—Braden, déjanos solos, por favor.

—Conseguiré pasajes para todos —dijo el editor caminando hacia la puerta.

—No te olvides del detective —le recordó Caroline sin apartar la mirada de los ojos de su marido.

Durante un rato estuvieron mirándose en silencio. Retándose y sopesando las fuerzas del otro antes de escoger una estrategia de ataque o defensa.

—Toda tu vida ha estado marcada por los actos de mi padre —empezó Norwell—. Él fue quien conspiró para unir a tu madre con su amigo Andrew Cornforth, sospecho que porque amaba a Meredith Coppenhall y deseaba vengarse de ella por elegir a su amigo antes que a él. Descubrí que fue Darrel quien le explicó a la condesa, la madre de Meredith, lo que hacía su yerno en

Winpenham. Mi padre —dijo aquellas dos palabras con enorme serenidad— siempre estuvo detrás del escenario moviendo los hilos que causarían tu desgracia. Es un monstruo que destrozó la vida de mi madre, una mujer buena y dulce que nunca hizo daño a nadie. La vida de Meredith Coppenhall y la de su esposo. La de tu abuelo y la de tu madre, a los que quiero sin haberlos conocido porque los he visto a través de tus ojos.

Caroline sentía cómo el calor iba caldeando todo su cuerpo mientras escuchaba la tierna voz de su esposo, que la miraba con un auténtico y profundo sentimiento.

—Pero, sobre todo, lo que no podré perdonarle jamás es lo que te hizo a ti —susurró cogiéndola de las manos—. Moriría un millón de veces gustoso si con ello pudiera resarcirte de algún modo, amor mío.

Su mujer se llevó sus manos a los labios y las besó con ternura y cariño, apoyando después la mejilla en ellas. Después lo soltó y lo miró a los ojos, ya sin frialdad ni enfado.

—Has cometido un enorme error, Norwell. Creíste que necesitábamos vengarnos para curar nuestras heridas, pero eso en nada iba a ayudarnos, amor mío. Lo único que nos hacía falta era tiempo. Debíamos aprender cómo colocar esos recuerdos en el lugar que les corresponde. Eso es lo que hemos estado haciendo con el doctor Jacobs. Él trataba de enseñarnos cómo manejar nuestros recuerdos para que ocupen el lugar que les corresponde.

Norwell asintió con tristeza.

—Lo sé, pero para mí no es suficiente, Caroline. No podía simplemente dejarlo seguir con su vida como si nada. Seguirá extendiendo su ponzoña por el mundo, haciendo año a otras personas, como Jewel. Ella es como tú —dijo con los ojos en llamas—, es joven e inocente y él la corromperá, estoy seguro. No podía permitirlo.

Caroline se abrazó a él y apoyó la cabeza en su pecho sintiendo que lo amaba más que nunca.

—Debo hablar con Newland Reasbeck —dijo apartándola con suavidad—. Y después haré lo que tú quieras.

Caroline asintió y lo dejó ir con el corazón encogido.

Norwell fue a casa de Reasbeck y el mayordomo le dijo que se había marchado al club. Cuando entró en el salón principal se encontró con un

montón de mesas de juego y hombres y mujeres deambulando de un lado a otro buscando en qué gastar su dinero. Todo el mundo parecía divertirse y el alcohol viajaba de mesa en mesa sin descanso. Le preguntó a uno de los que vigilaban dónde podía encontrar a Reasbeck y le señalaron las escaleras. Caminó decidido y un tipo veinte centímetros más alto que él le cortó el paso.

—¿Adónde va? —le preguntó muy serio.

—Tengo que hablar con Newland Reasbeck.

—¿Tiene cita?

—No, pero si le dice quién soy quizá quiera recibirme. Norwell Symmons, soy el hijo de Darrel Weber.

El matón levantó ligeramente una ceja, que era la mayor muestra de emoción que era capaz de expresar. Le dijo que esperase y le hizo un gesto a otro hombre para que se acercase.

—Quédate con este —dijo antes de darse la vuelta y subir las escaleras. Al cabo de unos minutos volvió a bajar.

—Suba —le indicó.

Norwell no se hizo de rogar. Una vez arriba otro hombre tan fornido como el anterior lo acompañó hasta un despacho y cerró la puerta al salir.

Newland Reasbeck terminó de firmar los documentos que tenía sobre la mesa antes de levantar la vista y clavar sus ojos en el escritor.

—Debería estar preparando su viaje, señor Symmons —dijo.

—Lo haré en cuanto haya hablado con usted, señor Reasbeck. Me gusta solucionar mis problemas, no suelo dejar que sea mi esposa la que lo haga por mí.

—Debo reconocer que tiene usted una mujer admirable. —Se recostó en la silla y le indicó que se sentara frente a él.

Norwell asintió. Su rostro mostraba la tensión que soportaba y eso parecía no disgustar a su anfitrión, que sonreía relajado.

—Bien. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó con ironía.

—En realidad es más bien en qué puedo ayudarlo yo a usted.

Aquello consiguió sorprender a Reasbeck, que miró a su visitante con curiosidad.

—Cuando venía hacia aquí pensaba rogarle que no hiciese nada contra nosotros. No sé hasta qué punto mi esposa le ha contado...

—Su esposa me ha contado lo suficiente para que sigan respirando a pesar de tener una información contra mí extremadamente peligrosa.

Norwell percibió la hostilidad que emanaba de aquel comentario, pero

no se inmutó.

—Cuando vine a este país no tenía claro lo que quería hacer contra... mi padre —empezó a narrar—. No sabía a dónde me llevarían mis pesquisas ni cómo podría vengarme por todo lo que nos hizo, empezando por mi madre y terminando por mi esposa.

Newland entrecerró los ojos y cruzó las manos frente a su cara mirando a Norwell por encima de ellas.

—Señor Symmons, me crié en un burdel. Mi madre era prostituta y me temo que vi cosas en mi niñez que espantarían a un hombre adulto.

Norwell asintió, ya sabía el tipo de persona que era Reasbeck, pero no estuvo mal que se lo recordase.

—Sin embargo —repuso—, está claro que no querría algo así para su hija.

El rostro del mafioso cambió por completo, ahora la hostilidad era amenaza y todo su cuerpo se tensó como el de un felino antes de saltar sobre su presa.

—¿Me está amenazando, señor Symmons?

—¡No, no, no! —se apresuró a responder—. Déjeme acabar y entenderá lo que he venido a decirle.

Newland soltó el aire de golpe tratando de contener su enfado.

—Darrel Symmons es un hombre peligroso y cruel. Su hija no está a salvo con él.

—Eso ya me quedó claro cuando su esposa habló conmigo, y tenga por seguro que esa situación se va a solucionar en breve.

Norwell asintió con cierto nerviosismo. No quería profundizar en el auténtico significado de aquella frase.

—Pero eso no mantendrá a salvo a Jewel —aclaró—. Es hija suya y eso la sitúa en una posición muy delicada y peligrosa para ella.

Newland frunció el ceño sin comprender.

—Yo entiendo que quiera tenerla cerca, pero estoy seguro de que como padre lo más importante para usted es que ella esté segura. Por eso dejó que su esposa se marchara con ella.

—¿Cómo sabe que yo la dejé? —Lo miraba con curiosidad.

—Al principio no lo sabía, pero no tardé en darme cuenta de que si nosotros habíamos podido encontrarla usted también. Está claro que las dejó ir con sus bendiciones y seguramente su amigo Malcolm las ayudaba con su autorización.

—Él no lo sabía —confesó el mafioso—. Mi mujer y yo lo decidimos así porque de ese modo podíamos asegurarnos de su fidelidad. Jamás me dijo nada, demostrando que era sincero y honesto, como ambos creíamos. Fue mi mejor amigo.

—Entonces deduzco que su muerte...

—Fue natural —aclaró Newland.

El escritor asintió asimilando toda la información.

—Supongo que cuando mi padre encontró a Jewel pensó que estaba más segura si estaba cerca de usted.

Newland Reasbeck lo pensó un momento antes de responder. Le gustaba aquel tipo igual que le había gustado su esposa. Estaba claro que no tenía nada que ver con aquel despojo humano de Darrel Weber y sentiría mucho tener que eliminarlos.

—Pero coincidirá conmigo en que esta vida no es la más adecuada y saludable para Jewel —siguió Norwell—. Le propongo que la deje venir con nosotros a Inglaterra.

El rostro de Reasbeck, casi siempre inexpresivo, mostró una sorpresa mayúscula.

—Piénselo, no es solo otro país, es otro continente. La acogeremos como nuestra protegida, nos ocuparemos de que tenga una vida feliz y plena. Encontrará un buen marido al que ame y que le ofrezca la seguridad que necesita. Nosotros velaremos por ella. Tenemos buenos amigos en Inglaterra...

Newland Reasbeck había puesto en marcha la maquinaria de su cerebro barajando los pros y contras de aquella solución. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza, no tenía ningún contacto en Inglaterra y era impensable para él.

—Caroline tiene una historia muy parecida a la de su hija. —Con aquella frase Norwell captó la atención de Reasbeck por completo—. Vivió con su madre y su abuelo hasta la muerte de este. Su padre es el conde de Southbourg.

Reasbeck entrecerró los ojos escudriñando su rostro.

—¿Su padre no se ocupó de ella? —preguntó.

—No supo de su existencia hasta que la madre de Caroline lo mandó llamar al saber que iba a morir.

El esposo de Adella asintió.

—Y entonces cumplió con su obligación —dijo con un tono que

demostraba que le parecía lo correcto.

—Usted no puede ofrecerle lo mismo que él —dijo Norwell con mucho tacto—, pero yo sí.

El otro hombre lo miró como si lo hubiese insultado. Sabía que no era esa su intención y también que era cierto lo que decía, pero aun así se sintió ofendido.

—Imagino que es duro oír algo así, pero piense en Jewel, en el riesgo que corre. Y ahora piense en la vida que tendría en Inglaterra. Es imposible que no se dé cuenta de que lo que le ofrezco es muchísimo mejor.

—¿A cambio de qué? —dijo muy serio.

—A cambio de que permita a nuestros amigos seguir con su vida. Ellos no tienen la culpa de las decisiones que yo tomé. Y le doy mi palabra de que jamás dirán nada a nadie sobre Jewel.

—¿También me da su palabra por el detective? —preguntó incrédulo.

—Estoy seguro de que puede encontrar la manera de hacer callar a un hombre como ese sin necesidad de matarlo. Su trabajo es descubrir cosas de la gente y que yo sepa nadie lo ha acusado de extorsión. De ser así nadie le contrataría. Le aseguro que indagamos mucho antes de escogerlo.

Newland Reasbeck no dijo nada durante los siguientes minutos y Norwell trató de mantenerse tranquilo a pesar de la ansiedad que sentía. Sabía que era una apuesta arriesgada, no tenía ni idea de la clase de hombre que era el dueño del club, pero al saber que estaba casado en secreto con Adella pensó que quizá había algo más en él que desconocían. Estaba claro que quería proteger a su hija. Tan solo era cuestión de apostar por ello.

—¿Y qué pasa con su padre? ¿No va a pedirme nada para él?

Norwell negó con la cabeza.

—Eso es cosa suya —dijo con frialdad—. Para mí ha dejado de existir y no quiero saber nada de su vida. Pero no dejaré que siga siendo el centro de la nuestra. No puedo deshacer lo que hizo, no puedo ahorrarle ese sufrimiento a mi esposa, pero a partir de ahora trataré de construir algo tan sólido y fuerte que nada de eso importe.

Newland asintió lentamente. No podía negar que le gustaba aquel hombre, hablaba un lenguaje que le resultaba comprensible y estaba seguro de que sería una buena influencia para Jewel.

—Está bien —dijo—. Voy a hacer algo de lo que espero no tener que arrepentirme. Voy a confiar en usted y en su buen criterio. No haré nada contra sus amigos, pueden quedarse y seguir con sus vidas. Y dejaré que

Jewel se marche a Inglaterra con usted y su esposa. Solo le pongo una condición, que me mantenga informado de todos y cada uno de los hechos que acaezcan en su vida. Cada detalle, por nimio que sea, debe usted narrármelo en una carta.

Norwell asintió con una sonrisa.

—Ya sabe que se me da bien escribir.

—Espero que no se equivoque con sus amigos o esto no acabará bien.

—No me equivoco, puede estar tranquilo.

Newland Reasbeck asintió, se puso de pie y le ofreció una mano, que Norwell estrechó para sellar el pacto.

Capítulo 19

—¡Caroline! —Meredith corrió a abrazar a su hermana con los ojos llenos de lágrimas—. No sabes cuánto te he echado de menos. No imaginaba que me hacías tantísima falta.

—Yo también os he añorado mucho —dijo la otra con los ojos también húmedos—. ¿Cómo están mis pequeños y adorables sobrinos?

—¿Adorables? ¡Me van a matar a disgustos! —se quejó la madre riendo al mismo tiempo.

—Esta hija mía es una exagerada —dijo el conde, que mostraba un rostro enormemente feliz—. Esos niños son un tesoro.

—Norwell, me alegro mucho de verte —dijo Meredith ignorando el comentario de su padre—. Espero que hayáis tenido un buen viaje.

Su cuñado se acercó a saludarla con una gran sonrisa.

—Todo lo bueno que puede ser un viaje en barco, querida Meredith. — Se giró e hizo un gesto a Jewel para que se acercase—. Te presento a la señorita Sommerton. Va a vivir con nosotros.

Meredith miró a su hermana con mirada interrogante.

—Es una larga historia —susurró Caroline antes de volverse hacia la joven—. Ven, Jewel, te presento a Meredith Bourne. Es una de las hijas del conde.

—¡Y aquí está el otro hijo! —Jonathan, que había entrado como una exhalación, fue hasta Caroline y la abrazó levantándola del suelo y dándole vueltas como a una niña.

Caroline reía a carcajadas mientras los demás contemplaban la escena con satisfacción. Todos excepto Jewel, que solo tenía ojos para el apuesto soldado que trataba con tanta familiaridad a la señora Symmons.

—¡Para ya, que me voy a marear! —exclamó al tiempo que le daba palmaditas en el pecho.

Jonathan la dejó en el suelo sin soltarla hasta asegurarse de que no perdía el equilibrio.

—Bienvenidos —dijo el joven estrechando la mano de su cuñado—,

me alegra que hayáis vuelto por fin. Esto ha estado muy aburrido sin vosotros.

—Jonathan, te presento a Jewel Sommerton —dijo Caroline llevándolo hasta la joven—. Se quedará a vivir con nosotros en Winpenham.

—Encantado, señorita Sommerton —dijo cogiéndole la mano con suavidad y llevándosela a los labios—, bienvenida a la familia Cornforth.

—La comida está servida —dijo el mayordomo entrando en el salón.

—Pasemos al comedor —dijo el conde cogiendo a Caroline por los hombros mientras Meredith charlaba con Jewel.

Jonathan se retrasó para quedarse un momento a solas con Norwell.

—He hecho lo que me pediste —dijo.

El marido de su hermanastra asintió satisfecho.

—¿Ya se lo has dicho? —preguntó Jonathan.

—Aún no, lo haré esta noche cuando estemos tranquilos.

—Espero que esté de acuerdo —deseó el militar.

—Si no está de acuerdo no seguiremos adelante.

—¿Qué hacéis? —Meredith estaba en la puerta y los miraba con expresión severa—. Os estamos esperando en el comedor. Acaba de llegar Alston, ya estamos todos.

Después de comer Caroline quiso visitar a la condesa.

—Ya no sale nunca de sus aposentos —explicó Meredith con enorme tristeza—, apenas habla y tampoco camina más que unos pocos pasos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Caroline mientras subía las escaleras junto a su hermanastra.

—Tuvo otro ataque y desde entonces es como si su mundo se hubiese congelado. Se te queda mirando sin decir nada.

Entraron en el cuarto de la condesa. Tenía las cortinas echadas y había una mujer sentada junto a ella con una labor de punto en la mano. La enfermera se puso de pie al oírlas entrar.

—Hoy está muy tranquila —dijo con una sonrisa afable—. Iré a prepararme un té ahora que están aquí.

—Esta es Caroline —la presentó Meredith—, ya le hemos hablado de ella. Caroline, la señora Dermott se encarga de cuidar a mamá.

—Encantada, señora Symmons —dijo la enfermera—. La condesa la

menciona algunas veces.

—Igualmente, señora Dermott. Permítame que le agradezca el trabajo que realiza. Me parece encomiable.

—Gracias, señora.

—Y ahora vaya a prepararse ese té y tómelo tranquila donde quiera. Me quedaré una hora con la condesa —dijo Caroline con suavidad.

La enfermera salió del cuarto dispuesta a tomarse el té sentada en el jardín disfrutando de una preciosa tarde.

Caroline se acercó a la condesa y vio que tenía los ojos abiertos.

—No está dormida —dijo mirando a su hermana.

—No —corroboró Meredith—, permanece así durante horas. A veces sus ojos se mueven como si estuviese viendo algo que nosotros no vemos.

Meredith Cornforth, futura condesa de Southbourg, entró en la casa con cierta prevención y Amelia cerró la puerta tras ella con delicadeza.

—Pase al salón, por favor —le indicó la señorita Wilkie cuando la señora Cornforth se quedó parada en medio de la entrada.

—¿Está sola? —preguntó su visita.

—Mi padre ha ido a visitar a unos feligreses y Annie, nuestra criada, ha ido al mercado con... Caroline.

Lady Cornforth miró el austero mobiliario y escogió el sofá para sentarse.

—¿Le apetece una taza de té? —preguntó Amelia.

—Por favor, no se moleste. —Por fin los ojos de Meredith se clavaron en ella.

Era una joven vulgar, sin nada que la distinguiese de cualquier otra. En el fondo eso la aterró aún más porque no podía encontrar una excusa fácil que explicase lo que había ocurrido con su marido.

—Señorita Wilkie —dijo con una expresión taimada—, será mejor que se siente, porque lo que he venido a decirle no va a ser muy agradable para ninguna de las dos.

Amelia cogió una silla y se sentó dócilmente frente a ella dispuesta a escuchar lo que quisiera decirle y deseosa de que aquella visita acabase cuanto antes.

—Sé lo que ocurrió con mi esposo —empezó—, no vamos a fingir que esto es una reunión amistosa. Usted, con su abominable comportamiento, me causó una herida que jamás se cerrará.

Amelia empalideció por completo y entrelazó sus manos buscando algo a lo que agarrarse.

—Quiero que sepa que me costó mucho recuperarme del terrible golpe que supuso descubrir... lo que usted ya sabe. Mi matrimonio ha zozobrado por su causa, pero gracias a Dios ahora mi marido es de nuevo un hombre íntegro que merece mi amor y mi perdón. Es un padre ejemplar y sus hijos lo adoran.

Amelia sintió sus palabras como un puñal directo a su corazón.

—La he estado vigilando, por supuesto —siguió lady Cornfoth—, y seguiré haciéndolo hasta estar segura de que ha cesado en su maligno comportamiento.

Amelia levantó la mirada y clavó sus ojos tristes en la futura condesa.

—Yo no sabía quién era —dijo con la verdad en esa mirada—. Creía que era un hombre libre.

Meredith sintió una punzada de culpa en el costado. Su marido se lo había jurado en varias ocasiones pidiéndole que no la culpase a ella. Pero ¿a quién podía culpar si no? Si aceptase lo que le decían jamás podría perdonarlo y su vida se convertiría en un infierno. Si quería seguir adelante, si quería que su matrimonio fuese feliz, necesitaba a alguien a quien culpar. Alguien que pagase por lo que ella había tenido que sufrir. No podía hacer caso de aquellos tristes ojos, ni tener en consideración lo humilde que era su vida. Nada de eso debía importarle, tan solo debía pensar en sus hijos y en su matrimonio.

—He sabido que ha abierto una escuela. Estoy segura de que comprenderá que no puedo permitir que alguien capaz de hacer algo tan despreciable como lo que usted hizo vaya extendiendo su podredumbre por el mundo trasmitiéndosela a niños indefensos. No importa que esas criaturas sean humildes, ellos también merecen ser protegidos.

El rostro de Amelia parecía una máscara dolida, trataba de contener las lágrimas que presionaban sus ojos y su garganta emitió un imperceptible gemido.

—Antes de venir aquí he visitado a las damas de la Liga por la Salvaguarda de la Historia de Winpenham y les he hablado de usted. Por supuesto, no he mencionado a mi marido. Al parecer todas creían que esa niña era hija de una prima que falleció junto a su marido en un desafortunado accidente. —La perversa expresión en el rostro de la futura condesa contrastaba con la desolación en el de Amelia Wilkie—. Esa escuela

nunca existirá, señorita Wilkie, y tendrá suerte si alguna dama respetable le dirige siquiera la palabra. Desde hoy es usted una mujer marcada y su hija una bastarda. Espero que esto le enseñe a ella a no ser como su madre.

Meredith Cornforth se levantó y esperó a que Amelia hiciese lo mismo. La joven apenas podía sostenerse en pie y tuvo que apoyarse en el respaldo de la silla. Lady Cornforth tuvo un instante de compasión, pero se forzó a recordar que aquella aparentemente destrozada mujer había yacido con su marido. Las íntimas imágenes volvieron a recrearse en su cerebro tal y como la habían torturado todas las noches desde que lo descubrió. Incluso cuando su marido le hacía el amor tenía que hacer enormes esfuerzos para no imaginarla a ella en su lugar. Se sacudió todos aquellos pensamientos y caminó hacia la salida, pero se detuvo en el zaguán a la espera de que Amelia se le adelantase para abrirle la puerta.

Amelia Wilkie se mantuvo erguida junto a la entrada hasta que la futura condesa subió a su landó. La dama la observó desde la ventanilla y tuvo que reconocer la fortaleza de aquella joven en un momento tan terrible para ella.

Caroline se sentó en la cama y cogió la mano de la condesa, que seguía con la mirada perdida. Se preguntó qué pensamientos ocuparían su mente y deseó poder sacarla de aquel mundo en el que había quedado atrapada, quizá para siempre. Miró a su alrededor, aquella habitación era ahora todo su mundo. Era la condesa de Southbourg, pero en realidad no vivía mejor que un preso. Atada a una cama y sin poder disfrutar de su maravillosa familia. La joven señora Symmons sintió una gran compasión por ella. Su madre le había enseñado a compadecerse de los que sufren y estaba claro que la condesa sufría. Sacó un pañuelo y limpió las lágrimas que habían empezado a caer por la comisura de sus ojos.

—Llora mucho —dijo Meredith acercándose a ellas—. Ojalá supiésemos qué pensamientos la torturan.

Caroline acarició la mano de la anciana con ternura.

Sentada en la cama observaba a su marido con atención. Él había empezado a desabotonarse la camisa, pero ella permanecía totalmente vestida e inmóvil, mirándolo. Norwell, a pesar de su escrutinio, se esforzaba en fingir

normalidad con muy malos resultados.

—¿No vas a decirme qué pasa? —preguntó al fin con aquella mirada inquisitiva.

—¿Ahora? —dijo él con evidente nerviosismo.

—Dijimos que no más secretos —le recordó ella—. Ni secretos ni mentiras.

Norwell cedió y dejó de quitarse la ropa para ir a sentarse en su lado de la cama de manera que podía verle la cara.

—Mientras estábamos en Boston le envié un telegrama a Jonathan pidiéndole que hiciese algo por mí —explicó.

Caroline lo miraba con interés y curiosidad.

—Fue después de una de mis charlas con el doctor Jacobs. Me di cuenta de que una de las cosas que debía hacer era soltar el lastre al que yo mismo me había atado. —Hizo una pausa y suspiró—. He vendido la casa de mi madre.

Caroline abrió los ojos y la boca con manifiesta sorpresa.

—No he sacado mucho por ella dado el estado en que estaba, pero el terreno era grande y los cimientos estaban bien...

—¿Norwell! ¿Por qué no me lo dijiste?

—Tú tenías otras preocupaciones. Fuimos a Boston para...

—¿Cómo dices eso? No debes dejarme al margen nunca más.

—No volveré a hacerlo, por eso iba a contártelo en cuanto nos hubiésemos instalado. Esto y otra cosa...

—¿Otra cosa?

Su marido asintió al tiempo que le cogía las manos sin dejar de mirarla a los ojos.

—También le pedí otra cosa —adelantó—. Le dije que sondeara si había alguien interesado en comprar esta casa.

—¿Qué? —Caroline se soltó de golpe con evidente disgusto.

—Escúchame, no hay nada decidido, haremos lo que tú quieras. Es la casa de tu abuelo y solo tú decidirás sobre ella.

—No es eso —dijo negando con la cabeza—, todo lo que hagamos debemos decidirlo juntos. Yo adoro esta casa, pero no viviremos en ella si tú no quieres. Pensé que te gustaba vivir aquí.

—Y me gusta, cariño —dijo con ternura—, pero después de todo lo que hemos vivido creí que sería bueno para nosotros empezar de cero en otro lugar.

Caroline frunció el ceño sin saber hacia dónde iba aquella conversación.

—Quería proponerte que nos fuésemos a vivir a Londres. Estaríamos cerca de la editorial y tú podrías dedicarte a leer manuscritos como hace Olivia, que es lo que querías. Comprariamos una casa en la que crear nuestros propios recuerdos. Un lugar donde empezar nuestra vida juntos, sin ningún lastre.

—Tendría que ser lo bastante grande para que Jewel pueda tener intimidad —dijo pensativa—. Esta es muy pequeña y eso me preocupaba...

Norwell sonrió divertido.

—¿Qué? —preguntó ella curiosa.

—¿Estabas preocupada por su intimidad y no por la nuestra? Eso es muy triste —dijo fingiendo cara de pena.

—¡No! ¡Claro que estaba preocupada por eso también! —Se ruborizó al darse cuenta de que se había burlado de ella y se abrazó a una almohada recostándose contra la pared.

—Entonces, ¿te gusta la idea? —preguntó interesado.

Caroline asintió repetidamente.

—Me encanta —dijo sonriendo.

—Y así Jewel podrá estar más cerca de Jonathan —dijo Norwell con picardía.

—No seas malo —dijo regañándolo.

—Desde que la señorita Flannery rompió su compromiso, Jonathan es libre como un pájaro, querida.

—Pero Jewel es solo una niña —dijo Caroline.

—Eso se cura con el tiempo.

—¡Me encanta! —Meredith se detuvo en el hall después de haber recorrido toda la casa dando su parecer sobre cada una de las habitaciones—. Mi preferido es el saloncito de tarde, pero toda la casa es una delicia.

—Y está muy bien situada —dijo Alston con expresión concienzuda—. Entre la editorial y Piccadilly Circus. ¿Cuándo os trasladáis?

—Mañana vienen los de la mudanza con todas nuestras cosas. No son muchas, la mayoría de los muebles y utensilios los dejamos en Winpenham.

—Muy bien hecho —aprobó Meredith—. ¿Al final Penny se quedará

con la casa de tu abuelo?

Caroline asintió sonriendo.

—Quiere mucho a su suegra, pero ella y su marido necesitan intimidad; más ahora que van a tener un hijo. Se ha empeñado en pagarnos un alquiler y no ha habido manera de negarse.

—Ya encontrarás el modo de devolvérselo —susurró su hermana, que la conocía bien.

—¿Entonces os gusta? —preguntó.

—Nos encanta, ¿verdad, Alston?

Su marido asintió mientras miraba a su alrededor.

—¿Dónde está Norwell?

—Ha ido temprano a la editorial, quería llevarle el borrador de su próxima novela a Tilford Beche para que le dé una primera impresión.

—¿Tú lo has leído? —preguntó Alston.

Caroline asintió.

—¿Y qué opinas?

Su cuñada mostró un rostro que expresaba a las claras su entusiasmo.

—¿Cuándo la recibió? —Norwell estaba sentado frente al editor y sostenía en sus manos la carta que Braden le había enviado.

—Ayer —dijo Tilford.

Norwell asintió y la miró dubitativo.

—Tengo que revisar unos documentos con el señor Askey —dijo el editor poniéndose de pie—. Le dejo unos minutos solo y así puede leerla tranquilo.

—¿No le importa? —preguntó el escritor algo incómodo. Había ido a llevarle el borrador y apenas habían tenido tiempo de hablar, no quería que pensara que no le importaban sus consejos.

—Claro que no me importa, señor Symmons. Además, ya le digo que tengo unos asuntos que resolver. Volveré en quince minutos.

El editor salió del despacho y Norwell cogió el abrecartas de su mesa y lo utilizó para abrir la misiva. Dentro se encontró con dos sobres. El primero contenía una carta de Braden y el otro era de Newland Reasbeck.

Disculpándose mentalmente con su querido amigo, no pudo resistirse a la tentación de abrir la carta del padre de Jewel primero.

«Estimado señor Symmons,

Espero que al recibo de esta se encuentren todos bien, aquí nada ha cambiado, excepto que ahora estoy más solo que antes.

Debo darle algunas noticias y tranquilizarlo también. Ya debe saber que su amigo Braden y su esposa Olivia gozan de una excelente salud, al igual que su amigo de la infancia Walter Ebbs.

El detective, el señor Dirk Donagher, trabaja ahora exclusivamente para mí. Bueno, no exactamente para mí, yo me encargo de que reciba los mejores casos de la ciudad y parece que no le va nada mal. Claro que antes de eso firmó un documento en el que se reconocía culpable del asesinato de cierta señorita. Usted no la conoce, pero su padre es uno de mis más acérrimos rivales y hace mucho tiempo que busca al culpable de ese trágico suceso. Porque me preocupo por su bienestar me ofrecí a guardarle esa confesión a buen recaudo. Imagínese lo que ocurriría si ese documento llegase a las manos de ese padre destrozado por el dolor. Ese hombre tiene fama de ser terriblemente cruel, nadie querría estar en su lista.

Y así llegamos a la peor parte de mi cometido al contarle todas las novedades que se han producido en su ausencia. Se trata de un triste hecho, aunque estoy seguro de que su fortaleza de ánimo lo ayudará a soportarlo con estoicidad. Le comunico que su padre se entregó a la policía después de haber asesinado a uno de mis empleados. Según han declarado los testigos, Darrel y Ricci se pelearon brutalmente hasta que Darrel le asestó el golpe de gracia. Fue detenido inmediatamente y parece que le van a caer un montón de años de cárcel. Para su tranquilidad le diré que al menos no será condenado a muerte.

Y esto es todo. Esperaré noticias tuyas sobre Jewel y ya sabe que debe contar conmigo para cualquier cosa que necesite.

Atentamente,

Newland Reasbeck.

Pd.: Adella les manda saludos. »

Norwell cerró la carta, con una mezcla de alivio y frialdad, y la guardó después en uno de sus bolsillos. Le tocó el turno ahora a la misiva de su amigo y editor Braden Locksley.

«Queridos Norwell y Caroline,

Adjunta a esta carta recibiréis otra firmada por Newland Reasbeck en la que os explicará sus decisiones sobre todos nosotros. Debo decir que Olivia, Walter y yo estamos más que satisfechos con cómo se han desarrollado los acontecimientos. El señor Donagher pasó unos momentos

delicados, pero al final su situación también se ha resuelto satisfactoriamente.

Del otro individuo prefiero no decir nada.

Aprovecho para daros la gran noticia: Olivia está embarazada. Estamos muy ilusionados y esperamos que todo salga bien. Contrariamente a lo que dice mi suegro a mí no me importa que sea niño o niña.

En otro orden de cosas os diré que estoy deseando recibir el manuscrito. Estoy seguro de que este libro va a ser aún mejor que el anterior y os prometo que tendrá una gran repercusión.

Donald no cesa en su empeño de conseguir que vengáis a vivir aquí. Como comprenderéis no puedo contarle vuestra situación y todo lo que ha ocurrido. Entre otras cosas porque de saber que había puesto a su hija en peligro me mataría con sus propias manos.

Esperamos vuestras noticias pronto.

Recibid todo nuestro cariño,

Olivia y Braden.»

Tilford Beche entró en el despacho unos pocos minutos después de que Norwell hubiese guardado la segunda carta.

—¿Ha terminado? —preguntó el editor antes de sentarse en su silla.

Norwell asintió con expresión afable.

—La carta venía en un paquete a mi nombre con esta nota. —El editor le entregó un papelito. En él, Braden le decía que le entregase la carta cuando estuviese solo y que Norwell decidiese qué hacer con ella.

—Espero que sean buenas noticias —deseó Tilford.

Norwell asintió despacio.

—Lo son —dijo pensativo.

—Bien, hablemos del manuscrito entonces, ¿le parece bien?

Norwell asintió y una sonrisa nerviosa se dibujó en su rostro.

—Me parece una excelente idea.

Capítulo 20

—Te queda muy bien ese vestido, Jewel. —Caroline miraba a su joven amiga con cariño—. Está claro que el color azul es el que más te favorece.

Jewel sonrió y bajó la cabeza con timidez.

—Mi madre también lo decía —dijo recordándola con ternura.

—Háblame de ella, ¿quieres?

—A veces me siento mal porque su recuerdo se va diluyendo con el paso de los años. Hay ocasiones en las que no puedo recordar cómo era su cabello o sus ojos y en otras su rostro se difumina por completo. Me siento muy triste, como si la estuviese traicionando.

—Te comprendo —dijo Caroline dejando el libro sobre la mesita y dedicándole toda su atención—. Yo también perdí a mi madre demasiado pronto.

—¿Aún la echas de menos? —preguntó la joven.

Caroline asintió con la cabeza.

—Muchísimo —confesó.

—Creí que al estar casada todo sería distinto. Al tener a alguien a quien quieres tanto...

—El amor de una madre no puede suplirlo ningún otro, me temo.

—Por suerte tengo a Nessie —dijo pensando en la institutriz—. Quiero agradecerte de nuevo que dejases que viniese a vivir con... nosotros.

—No tienes que agradecerme nada. Sé lo difícil que es marcharte de tu hogar y tener que vivir con desconocidos. Nessie lo hace todo más fácil para ti.

—La casa de los Weber no era mi hogar —dijo muy seria.

—¿Te trataron mal? —preguntó la otra con mucho tacto.

—No me gusta hablar mal de la gente —dijo la jovencita—. Y menos de personas que me acogieron y me dieron de comer. Pero nunca sentí que estuviese en mi hogar. No les critico por decir que no me querían allí, es la verdad. Por algún motivo que desconozco, se vieron obligados a acogerme. Estoy segura de que mi partida fue un alivio para ellos.

—¿El señor Weber nunca se comportó de un modo extraño contigo?
—Caroline se esforzó en disimular su preocupación—. ¿No hizo nada que te molestase especialmente?

Jewel pensó en ello unos segundos y finalmente negó con la cabeza.

—Era un hombre raro, a veces lo descubría mirándome de un modo distinto. No sé, es posible que fuesen imaginaciones mías, pero parecía un lobo a punto de atacar. —Se rio al escucharse—. Debes pensar que digo tonterías.

Caroline fingió reírse también, aunque por dentro sintió el frío helado de la muerte. Alguien llamó a la puerta y las dos mujeres se miraron interrogativamente.

—¿Esperamos visita? —preguntó Jewel.

Caroline negó haciendo una mueca con la boca. Las dos se volvieron hacia la puerta cuando Kench, el mayordomo, la abrió para dar paso a su visitante.

—El señorito Jonathan, señora —anunció.

Caroline se puso de pie para saludar a su hermano.

—Que sorpresa más agradable —dijo.

—Espero no molestaros —respondió Jonathan haciendo un gesto de cabeza a Jewel—. Le prometí a la señorita Sommerton que la llevaría a Palacio y he venido a cumplir mi promesa.

Caroline miró a Jewel y sonrió.

—¡Por eso te has puesto ese vestido! —exclamó—. Ya me parecía a mí que estabas demasiado arreglada para pasar la tarde conmigo.

—¿No te importa, Caroline? Me hace mucha ilusión —dijo con cierto temor.

—Pues claro que no me importa —respondió Caroline sin borrar su sonrisa—. Jonathan cuidará bien de ti. ¿Verdad, Jonathan?

—Por supuesto —dijo su hermano poniéndose firme—. Ya me conoces.

—Ve a por tu chal —la conminó para quedarse un instante a solas con su hermano—. En serio, Jonathan, pórtate bien con ella. Es casi una niña.

—Sabes que no —dijo él guiñándole un ojo—. Pero me portaré bien igual.

Jewel apareció lista para salir y los dos jóvenes se marcharon dejando a Caroline sola. Durante los siguientes minutos trató de concentrarse en la lectura sin éxito, así que después de varios intentos cerró el libro y dejó que

los pensamientos que vagaban por su mente lo hiciesen en total libertad.

Observó la habitación en la que estaba, cada mueble, cada cuadro colgado en las paredes era nuevo y no tenía ninguna historia que contar todavía. Norwell y ella habían iniciado una historia en aquella casa, pero no era un hogar. Aún no.

Desde que vivían allí su estado de ánimo había cambiado. Empezaba a sentirse segura y los fantasmas del pasado habían comenzado a desaparecer. Todo lo que había vivido en Boston, especialmente cuando comprendió que podían morir, la había removido por dentro. Varias veces había tratado de hablar de ello con Norwell, trasmitirle que quería intentarlo, que estaba lista. Pero él no la dejaba acercarse. Había levantado un muro alrededor de ella y la mantenía prisionera de su protección.

Se recostó en el sofá y se preguntó por qué. Estaba claro que todo lo que había ocurrido también había provocado un cambio en él. Quizá la suerte que había corrido su padre no le había aliviado tanto como él esperaba. Caroline se dio cuenta de que, por primera vez, podía pensar en Darrel Symmons sin que el terror atenazase su garganta y el corazón se le acelerase peligrosamente.

Pensó en Norwell, en todos los momentos que habían vivido juntos. Recordó los duelos con el arco y sonrió divertida. Los paseos, las charlas y discusiones. Las cartas del Caballero de la Triste Figura... Recordó el día de su boda, la dulzura con la que la trató en todo momento, sus dulces labios, que la besaron casi con temor. Pensó en todas las noches que se había dormido abrazada a él, sabiendo lo mucho que la deseaba, cómo su cuerpo lo torturaba por el anhelo que sentía hacia ella. Su corazón se aceleró al pensar en su torso desnudo, en sus fuertes brazos rodeándola. Cerró los ojos y se mojó los labios al pensar en su lengua jugueteando dentro de su boca, acariciándole el pezón... Se levantó y salió corriendo del salón.

—¿Te molesto? —dijo entrando en el despacho de Norwell.

Su marido levantó la cabeza y la miró con la expresión concentrada que tenía siempre que escribía.

—Tú nunca me molestas —respondió sonriendo.

Caroline se acercó a él y se sentó en su regazo. Norwell no sabía qué pasaba, pero era consciente de que nunca le había visto aquella mirada.

—¿Todavía me amas? —preguntó ella.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —dijo él rodeándola con sus brazos.

—Después de todo lo que te he hecho pasar, ¿todavía me deseas?

—Caroline... —Había una súplica implícita en su mirada y también en su gesto de apartarla ligeramente.

Ella apretó su cuerpo contra él en señal de resistencia.

—Quiero que me tomes en tus brazos y me lleves a nuestro cuarto —dijo mirándolo a los ojos—. Ahora.

Norwell se puso de pie y se libró de su abrazo apartándola con suavidad.

—Caroline, no...

Ella le puso una mano en los labios para callarlo.

—Sé lo que piensas: que lo hemos intentado muchas veces y siempre me he roto. Pero eso era antes. Desde que estuvimos en Boston no has dejado que me acerque a ti.

Norwell apretó los dientes en un gesto que evidenciaba lo que le costaba hablar de ello.

—Yo he cambiado —dijo Caroline mirándolo a los ojos—. Déjame demostrarte que he cambiado. Estoy preparada, Norwell, no me hagas suplicar.

Él gimió mortificado y la atrajo cogiéndola entre sus brazos.

—No digas eso —pidió—, Caroline, te amo tanto y no sabes cuánto te...

Se apartó de nuevo y se alejó de ella caminando hacia el mueble de las bebidas. Ella corrió hasta él y le sujetó la mano para que no se sirviese nada.

—No lo necesitas —dijo—. Ven, vamos arriba y te mostraré que estoy bien, que todo está bien.

Lo cogió de la mano y tiró de él suavemente llevándolo hacia la puerta.

—Jewel...

—Jonathan la ha llevado a ver el Palacio —dijo su esposa con una sonrisa—. Se te acabaron las excusas.

Estaban de pie en medio de la habitación y a los dos los embargaba una enorme tensión. Caroline desabrochó su vestido y se lo sacó por la cabeza, después lo dejó caer al suelo sin apartar la mirada de los ojos de su marido.

—¿Me ayudas con las cintas del corsé? —le pidió.

Las manos de Norwell temblaron cuando empezó, pero poco a poco fue recuperando la firmeza y consiguió librarse de la incómoda prenda

lanzándola al mismo lugar al que había ido el vestido. Sus ojos ardían en deseo cuando Caroline se quitó el resto de prendas y se mostró completamente desnuda ante él. Norwell siguió el recorrido de sus vertiginosas curvas hasta detenerse en la promesa que se ocultaba en el monte que había entre sus piernas. Casi podía sentir la suavidad de su piel en la punta de los dedos, en los labios... Entonces ella cogió una de sus manos y la llevó hasta uno de sus pechos. Norwell cerró los ojos un instante grabando aquella sensación en su cerebro para poder recordarla el resto de su vida. Ya la había tocado antes, pero no de ese modo, con esa entrega por su parte.

—Ahora tú —dijo Caroline empezando a desabotonarle la camisa.

Deslizó las manos sobre su torso desnudo y las bajó hasta la cintura del pantalón. Norwell estaba inmóvil, casi sin respirar cuando ella le desabrochó los botones y lo despojó de toda su ropa. Deseaba tocarlo, pero su decisión no llegaba a tanto y se quedó frente a él dispuesta y expectante.

Norwell tomó entonces la iniciativa y la besó. Las manos masculinas se posaron en su cintura y la atrajo hacia su cuerpo con suavidad y firmeza. Después colocó una de esas manos en su espalda y la otra sobre sus nalgas haciendo que su dedo medio se acomodase en el centro. El beso se hizo intenso y exigente hasta el punto de dejarla sin respiración.

—Nunca me habías besado así —susurró ella contra su boca.

—Nunca había estado tan cerca de poseerte —respondió él sin apartarse.

La ciñó con fuerza acomodando su erección entre sus piernas. Caroline sintió una electrizante sensación en su interior y supo que lo deseaba de verdad. Puso sus pequeñas manos en el pecho masculino y jugó con sus pezones. Norwell sintió que todo su cuerpo se encendía con un calor imposible y la arrastró hasta la cama.

Ella sentía el colchón contra sus nalgas pero él siguió de pie abrazándola con fuerza.

—Bésame —le ordenó y Caroline obedeció sin dudar.

Norwell cogió uno de sus pechos en su mano y jugó con él acariciando el pezón y provocando con ello una respuesta inmediata en su esposa, que se arqueó contra él buscando sin saber qué.

Norwell la alzó para tumbarla en la cama y después se colocó sobre ella guiando su miembro hacia la hendidura que había entre sus piernas.

—Querría acariciarte hasta saberme tu cuerpo de memoria —susurró él rozándola con su aliento en la oreja—. Desearía besar cada centímetro de tu

piel. Que me pidieses caricias como me pides paciencia. —Jugaba con su miembro acariciando aquel lugar secreto en una danza sinuosa y extenuante para ambos—. Quiero ver tu pelo cubriendo tus pechos y apartarlo rozando tus pezones con mis dedos. —Mientras hablaba iba ejecutando sus palabras con precisión magistral—. Quiero que seas tú quien guíe mis manos y mis besos, que me pidas que te estreche más fuerte entre mis brazos.

Caroline sentía el corazón golpeando con tanta fuerza que creyó que él podría verlo. Todo su cuerpo ardía y su vientre se hundía en ansiosos espasmos.

—Llevo tanto tiempo esperando oírte decir: tómame. —Rodeó su cintura con uno de sus brazos mientras con el otro acariciaba con suavidad uno de sus pezones. La dura erección rozó un punto demasiado sensible y Caroline gimió estremecida—. Si me dejas entrar sé que no habrá otro lugar al que pueda llamar hogar.

Ella temblaba de excitación y su corazón seguía bombeando sangre hacia su sexo. Norwell sabía que aquello que sentía entre las piernas era un caballo que podría desbocarse si no tiraba bien de las riendas y se juró detenerlo si era necesario.

—Te amo más que a mi vida —dijo mientras empezaba a empujar. Cuando vio que ella cerraba los ojos se detuvo—. Mírame, Caroline. No cierres los ojos, quiero que me veas.

Ella los abrió y estaban llenos de lágrimas. Norwell gimió e hizo ademán de apartarse, pero ella lo sujetó por las nalgas y no lo dejó, negando con la cabeza.

—No, no me dejes —pidió—. Te amo más que a mi vida y quiero ser tuya. Tómame, amor mío.

Llevaba tanto tiempo deseando oírla decir eso que algo estalló en el pecho masculino. A pesar del ansia insoportable que sentía en su miembro entró en ella con suavidad y cuando sus cuerpos no pudieron estar más unidos empezó a moverse despacio, con ritmo constante y cadencia lenta. Sintiendo cada roce, cada suspiro.

Caroline aprendió rápido y empezó a moverse con él, a su ritmo, sintiendo cómo su cuerpo se amoldaba al miembro masculino. Norwell la miraba con tal intensidad que el verde de sus ojos parecía refulgir cubriéndolo todo. Se dejó llevar por sus emociones y los movimientos se volvieron precisos y certeros provocando en ella un largo e incontenible gemido de placer. Era consciente de que algo se había despertado dentro de

Caroline y de que su cuerpo respondía a los estímulos que recibía. La llevó hasta el límite, hasta que su mente se sintió completamente ajena a nada que no fuese aquella cama. Cuando percibió las contracciones femeninas, Norwell se dejó ir sin fuerzas para resistirse más. Se apartó con suavidad y acarició el rostro de su esposa con ternura mientras sus ojos suplicantes le pedían una palabra de aliento.

—Estoy bien —dijo ella con una dulce sonrisa.

Él enterró la cabeza en su pecho y los sollozos agitaron su cuerpo con violencia. Caroline lo abrazó y lo llenó de besos.

—¡Te amo tanto! —dijo él con la voz entrecortada y ronca por las lágrimas—. ¿De verdad estás bien?

Ella asintió con una dulce sonrisa y limpió su rostro mojado, con todo el cariño del mundo.

—Sí, amor mío, estoy bien.

Norwell la besó y después la acogió entre sus brazos protectores. Cerró los ojos y respiró hondo percibiendo el aroma de su cabello.

—Te prometo que la próxima vez será mejor —prometió él después de unos minutos en silencio.

Caroline no dijo nada, tan solo cerró los ojos para guardar en su mente aquel apasionado recuerdo.

—Toda su mejoría ha sido gracias a ella —dijo el conde sin apartar la vista de la ventana. Fuera, en el jardín, Caroline empujaba la silla de la condesa mientras charlaban alegremente.

Norwell asintió convencido de que lo que decía su suegro era totalmente cierto. Siempre estuvo convencida de que lo único que necesitaba la condesa era salir de aquella habitación. Sus visitas a Southbourg se hicieron habituales y en ellas Caroline se encargaba de hacer que la condesa saliese de la casa. Paseaba con ella y charlaba sobre cualquier cosa a pesar de que al principio ni siquiera parecía escucharla. Hasta que un día respondió a uno de sus comentarios. Caroline no mostró sorpresa, simplemente siguió hablando e incluyéndola en la conversación como había hecho siempre.

—Jewel parece una buena chica —dijo la condesa.

—Lo es.

Meredith Cornforth asintió.

—Se nota que la has acogido bajo tu delicada atención, querida

Caroline. Me recuerda un poco a ti —dijo con evidente aprobación—. Aunque tiene unas ideas un poco demasiado... avanzadas.

Caroline sonrió al preguntarse qué pensaría la condesa de Adella Reasbeck. Miró hacia la casa y vio a su padre y a Norwell, que las observaban desde la ventana. Les hizo gestos para que salieran y los hombres no se hicieron de rogar.

—Hace una tarde magnífica —dijo el conde acercando una silla para sentarse junto a su esposa, que le sonrió con cariño.

—Creo que Caroline quiere decirnos algo —dijo la condesa con alegre expresión.

—Pero ¿cómo...?

—Ay, pequeña —replicó Meredith—, tienes un brillo en los ojos imposible de ocultar.

El conde miró a su hija sin comprender lo que ocurría.

—Estoy embarazada —dijo Caroline sin poder contenerse más. Estiró el brazo y Norwell cogió su mano al tiempo que asentía.

El conde parecía enormemente emocionado y se levantó para felicitarlos a los dos.

—¡Qué alegría! —exclamó dándole palmadas a su yerno en los hombros.

—¿Lo saben ya tus hermanos? —preguntó la condesa con enorme alegría.

—No, no lo sabe nadie aún —explicó Caroline—. Quería que vosotros fueseis los primeros.

—Después de Norwell, claro —apuntó el conde.

—Qué cosas tienes, Andrew —dijo su mujer riendo—, pues claro que después de Norwell.

—Soy muy feliz —dijo el conde, que últimamente estaba más blando de lo normal—. Pero ahora hay muchas cosas que preparar. Y tendré que modificar mi testamento, por supuesto. ¿Ya sabéis cómo le vais a llamar?

—Si es niño deberíais llamarlo Andrew —dijo la condesa, y los tres se volvieron a mirarla—. Y si es niña, Amelia, como tu madre.

Caroline sintió un golpe en el pecho y soltando las manos de su padre, que la había tenido cogida todo ese rato se acercó a la condesa y se arrodilló junto a ella. Meredith Cornforth acarició su pelo y luego su rostro con mucha ternura.

—Nunca te he pedido perdón por lo que os hice a tu madre y a ti —

dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Créeme, hija, si te digo que he pagado con creces el daño que os causé, pero, aun así, nunca me abandonará la pena de no poder deshacerlo.

Caroline le cogió la mano y la llevó hasta sus labios para besarla.

—Hace mucho tiempo que la perdonamos las dos —dijo tratando de sonreír.

—Se acabó que los hijos tengan que pagar por los actos de sus padres, cargando con el dolor de sus malas decisiones. Si de algo debéis librar a ese pequeño ser que crece dentro de ti es de los pecados heredados. Prometedme que él no sufrirá jamás por vuestras malas decisiones.

La condesa tendió las manos para que Caroline y Norwell las cogiesen.

—Se lo prometo —dijo Norwell apretándole la mano con firmeza.

La condesa miró a Caroline, que asintió visiblemente emocionada.

—Se lo prometo —confirmó.

Meredith Cornforth asintió satisfecha y los soltó.

—Bien, ahora hay que prepararlo todo para que os vengáis a vivir aquí cuando llegue el momento —dijo resuelta—. Y hay que avisar al doctor Haynes para que esté preparado.

Caroline sonrió divertida por su entusiasmo.

—Pero, condesa, falta mucho aún.

—Hay que pensar en todo, niña —insistió—. Tendrás la misma atención y cuidados que tuvo tu hermana, por supuesto. Para algo eres hija del conde de Southbourg. ¿Verdad, querido?

Su esposo se inclinó para besarla en los labios con extrema dulzura. Hacía mucho tiempo que no la besaba en público.

—Cuando llegue el momento se hará como dice mi esposa —dijo el conde mirando al joven matrimonio—. Si Norwell está de acuerdo, claro.

El escritor sonrió satisfecho de que al menos le dejaran opinar.

—Creo que la condesa ha estado muy acertada.

—Pues no se hable más —sentenció el conde dando una sonora palmada—, y ahora vamos decirle a Perkins que mande a buscar a Meredith. Estoy seguro de que tu hermana se alegrará tanto como nosotros de esta magnífica noticia.

El conde empujó la silla de su esposa hacia la casa y Caroline se volvió hacia su marido tratando de averiguar por su expresión lo que opinaba de todo lo que se había dicho. El escritor la rodeó con sus brazos y la miró con ternura.

—¿De verdad te parece bien? —preguntó—. Solo llevamos seis meses viviendo en Londres.

—Mi segundo libro está terminado, pronto recibiremos las galeradas y cuando llegue el momento ya estará en las librerías —respondió sonriendo—. Será como si nos tomásemos unas vacaciones.

—Pero ¿no te importará vivir en Southbourg?

—Viviría en una cueva cubierta de nieve y con solo pescado para comer si fuese el único modo de estar contigo.

Caroline le rodeó el cuello con los brazos al tiempo que ponía expresión dubitativa.

—Debes de quererme mucho, porque detestas el pescado.

—Ya ves —corroboró muy serio.

—Señor Symmons, es usted el hombre más adorable que hay sobre la tierra —dijo poniéndose seria.

Norwell la apretó contra su cuerpo.

—Señora Symmons —susurró—, espero que esta noche me demuestre sus sentimientos con algo más que palabras.

Caroline bajó las manos para ajustarle el pañuelo del cuello y apartar así la mirada. A pesar de lo mucho que habían intimado seguía ruborizándose ante cualquier insinuación al respecto, algo que servía de acicate para su esposo.

—Otra cosa —dijo ella poniéndose seria, esta vez de verdad—. Respecto al nombre de nuestra hija.

—Me parece bien —se adelantó él—. Comprendo que quieras que lleve el...

—No —puso una mano en su boca para hacerle callar—, escucha. Si es niño lo llamaremos Andrew, ya lo había pensado. De algún modo se lo debo y es justo. Pero si es niña la llamaremos María.

Norwell apartó la mirada tratando de esconder sus emociones. Su esposa cogió su rostro entre las manos y lo obligó a mirarla.

—No te escondas de mí —le pidió—. Sé lo mucho que querías a tu madre. Fue una mujer increíble que cuidó de ti y te protegió de ese miserable mientras vivió. Nuestra primera hija estará orgullosa de llevar su nombre y mi madre lo entenderá allí donde esté.

Norwell la miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Nuestra primera hija? —preguntó tratando de sonreír.

—No pensarías que íbamos a tener solo uno. —Lo cogió de la cintura e

inició un paseo hacia el robledal—. Al primer niño le pondremos Andrew y al segundo, si a ti te parece bien, le pondremos el nombre de mi abuelo, a no ser que quieras que se llame Norwell como tú.

—No, no quiero que mi hijo se llame como yo —dijo el escritor con rotundidad.

—Y a la segunda niña le pondremos Amelia, como mi madre...

—Eso suman cuatro —dijo Norwell riendo—. ¿Cuántos hijos piensas tener? Quizá escogimos una casa demasiado pequeña.

—Tengo mucho amor para dar —dijo ella riendo también.

Norwell se detuvo y la abrazó levantándola del suelo sin dejar de mirarla a los ojos.

—Te amo —le dijo al depositarla en el suelo con delicadeza.

—Ni la mitad de lo que te amo yo —respondió ella rodeándole el cuello con los brazos.

El conde hablaba con Perkins para supiese que se quedarían todos a comer mientras la condesa miraba por la ventana. Observó cómo se abrazaban y se besaban y sintió una calidez que le nacía del corazón.

—Amelia, María, miradlos —susurró—. Son felices.

Sentía a la madre de Caroline junto a ella, mirándola con una dulce sonrisa.

—Vamos, tenemos que irnos —le dijo tendiéndole la mano.

La condesa bajó los pies al suelo y se puso de pie, extendió la mano y se agarró a Amelia con firmeza.

El conde frunció el ceño y se volvió en el momento en el que la condesa daba un paso hacia la ventana y, antes de que pronunciase su nombre, la condesa se desplomó muerta.

Querid@ lector@, tengo una pregunta para ti: ¿Te gustaría leer una tercera historia sobre estos personajes? La trama principal de Caroline y Norwell ha llegado a un desenlace feliz, pero hay otros personajes como Jewel y Jonathan que darían lugar a una nueva novela. Si ese es tu gusto me encantaría saberlo. Te dejo mi dirección de mail y mis perfiles en las redes para que puedas ponerte en contacto conmigo.

A continuación te dejo el primer capítulo de *Retando al destino*, mi anterior novela, por si aún no la has leído y quieres tomarle el pulso a otra de mis historias.

Espero seguir contando con tu inestimable apoyo.
Gracias por todo.

Jana Westwood

Mail: janawestwood92@gmail.com

Facebook:

<https://www.facebook.com/JanaWestwood92>

Twitter: <https://twitter.com/JanaWestwood>

Y en Amazon: relinks.me/JanaWestwood

Capítulo 1

El senador Julio Dante se colocó en el atril dispuesto a torpedear una brillante carrera política delante de todo el país.

Su mejor amigo lo observaba desde el *backstage* con el corazón latiendo desbocado en su pecho. Sabía que lo que iba a hacer era una estupidez. Acababa de salir elegido senador por Toledo, ¿por qué arrojarlo todo por la borda?

Julio miró a Matías y pudo leer la súplica en sus labios: *Por favor, no lo hagas*. Su mejor amigo supo por su mirada que no iba a detenerse. ¿Cuántas veces había dicho Julio, cuando empezaron en eso de la política, que no podías salvar a todos todo el tiempo? *La política está para intentar ayudar al máximo de personas posible*, solía decir. ¿En qué iba a ayudar eso a nadie?

Pero eso fue antes de que Julio sostuviera la mano de aquella pobre mujer a la que habían mandado a su casa desde el hospital. Antes de que se cruzara con ella

en la calle y tuviese el tiempo justo de sostenerla cuando se desplomaba. Durante media hora le sostuvo la mano esperando que llegara la ambulancia. Apenas podía hablar, pero pudo decirle lo suficiente. Eran cosas que él ya sabía, que había leído en la prensa o escuchado en la radio, pero no es lo mismo escucharlo en las últimas palabras de una moribunda.

La luna bañaba con su pálida luz el rostro de la anciana cuando finalmente cerró los ojos para siempre, pero a él lo había cambiado irremediablemente. No se dio cuenta enseguida. La ambulancia llegó demasiado tarde y lo relevaron de su amarga tarea. Le dijo a la policía lo que había pasado, después de identificarse, y le dejaron irse.

Cuando llegó a su casa, en la zona alta de Madrid, se sirvió whisky en un vaso. Demasiado whisky.

Esa noche durmió mal, inquieto, en su enorme cama de dos metros y medio. Por la mañana se levantó temprano, como siempre, se duchó y recibió a Matías, que llegó con su buen humor de siempre.

—¿Has dormido solo? —preguntó echando un vistazo a su habitación. Después lo miró con el ceño fruncido—. Chico, haces cara de haber pasado muy mala noche.

—He pasado muy mala noche. —Julio bebió un largo trago del zumo de naranja que acababa de

exprimir—. ¿Quieres?

Matías arrugó la nariz y negó con la cabeza.

—Tu madre debería verte. —Sonrió—. Estaría orgullosa de su niño, tomando zumo natural todas las mañanas.

Aquella mención a su madre retorció las entrañas de Julio, que se dio la vuelta para que su amigo no se percatase.

—Mi madre estaría orgullosa de mí hiciese lo que hiciese. —Se llevó el vaso de zumo a la boca de nuevo.

—También es verdad —dijo Matías—. Y no solo tu madre. También tu abuela, tu hermana y tu legión de admiradoras.

Julio torció una sonrisa. Únicamente había tenido una relación seria y solo le duró nueve meses. No era porque él no quisiera, simplemente no había encontrado a la mujer adecuada. Su aspecto jugaba en su contra. Era un hombre atractivo, realmente guapo, y su físico atraía a un tipo de mujeres con el que él no se sentía cómodo.

Matías aún se acordaba de la terrible Dolores. Se había esforzado con demasiado ahínco llegando, incluso, al acoso. Pero Julio no era capaz de echarla de su vida sin más y eso estuvo a punto de costarle un disgusto de los grandes. Cuando finalmente lo hizo,

ella se dedicó a decirle a todas las mujeres de Madrid que no podían confiar en él.

—Dadle lo que quiere y dejaréis de interesarle — dijo en medio del salón del Palacio de Pozo Frío, en el que Julio celebraba la fiesta de Noche Vieja, después de tirar un vaso contra el aparato de música para que se la oyese bien. Después se fue dando un portazo y nunca volvió. Al menos se libraron de ella.

—Parece que no le gustan las mujeres fáciles — dijo Silvia, la hija del ministro de Cultura, a lo que todos los que estaban con ella rieron.

—Estoy dispuesta a comprobarlo —había dicho Marlene, la modelo que iba a protagonizar una película de Alex de la Iglesia.

Matías todavía se preguntaba si Julio había aceptado aquella proposición tan tentadora. Nunca alardeaba de sus conquistas. Sabía que entre las señoras se hablaba mucho de su amigo. Incluso había escuchado a las ujieres del senado llamarlo Jon Nieve hablando entre ellas y suspirar con devoción para enfado de sus colegas masculinos.

—Julio ha nacido para ser devorado en la cama; superadlo —dijo Marlene cuando Leo, el economista que salía un día sí y otro también en la tele, había preguntado qué tenía de especial.

—Pero si tiene fama de ser antipático —dijo

Gustavo, desconcertado—. Luego os quejáis de que os tratan mal, pero lo cierto es que os encanta que os den caña.

—¿Para qué quiero yo un gatito? —dijo Marlene—. Prefiero que Julio me dé unos azotes.

La modelo puso el culo respingón y se dio un par de cachetes haciendo que los hombres allí presentes pusieran los ojos en blanco.

A Matías le gustaba mucho Marlene y lo había intentado muchas veces con ella, pero la modelo solo tenía ojos para su amigo. No era que él no tuviera éxito con las mujeres, en realidad su carrusel de conquistas era interminable, pero lo cierto era que, si una mujer se fijaba en Julio, él no tenía nada que hacer porque físicamente eran muy diferentes. Julio era moreno y musculoso, pero con un aspecto estilizado y ágil. Llevaba una suave barba oscura que hacía resaltar sus brillantes ojos marrones. Matías, en cambio, era rubio y barbilampiño. Estaba muy en forma, para algo era cinturón negro de kárate, pero tenía una estructura robusta que lo hacía parecer más un *highlander* que un modelo.

—A ti te pasa algo —dijo Matías viendo el perfil serio de su amigo.

—Ayer me pasó una cosa.

Matías frunció el ceño con preocupación.

—¿Qué te pasó? ¿Alguien te atacó?

Todos estaban muy sensibles con los atentados terroristas últimamente y Julio sabía que su amigo estaba pensando en ello.

—No es eso —dijo el senador.

Matías lo miraba expectante y le hizo un gesto para que hablase de una vez.

—Fue cuando volvía a casa, después de reunirme con Carmena. Me crucé en la calle con una mujer mayor, iba tambaleándose y aceleré el paso para llegar hasta ella justo cuando se desplomaba. Estaba muy delgada. Fue como sostener un saco de aire.

Su amigo lo miraba con atención y con preocupación. Esperaba que no hubiese pasado nada que perjudicase su imagen pública.

—La mujer se murió en mis brazos, Matías.

—¡Me cago en...! —exclamó el otro.

Julio movió la cabeza con tristeza, antes de seguir hablando.

—La ambulancia tardó media hora en llegar y en ese rato me explicó muchas cosas...

Carraspeó y se dio la vuelta para servirse más zumo. Necesitaba mojarse la garganta para poder seguir hablando. Apuró el contenido del vaso y lo dejó en el fregadero.

—Era maestra de escuela, nunca se casó, no tenía

hijos ni familia. Se había puesto enferma y fue al hospital. La tuvieron esperando en urgencias ocho horas. ¡Ocho horas, Matías! —exclamó mirando a su amigo con expresión furiosa.

—Los hospitales están saturados.

—Después de esperar esas ocho horas la atendió un médico joven que le dijo que lo que le pasaba era normal porque era vieja.

—Gilipollas —dijo Matías—. Debía de ser un residente, los médicos veteranos saben que esas cosas no se dicen a la cara.

Julio miró a su amigo como si fuese imbécil.

—¿Te estás oyendo? —preguntó enfadado, y caminó hasta su habitación.

Matías lo siguió.

—Tío, que es broma, perdona. Debió de ser horrible que se te muriera la pobre mujer en los brazos, pero no sirve de nada lamentarse.

Julio se volvió hacia él y lo miró con una expresión que conocía bien y que casi siempre conllevaba algún peligro. Había en sus ojos una determinación y una seguridad aplastantes.

—Me dijo que era la cuarta vez que iba esta semana y que no le habían hecho caso. Que no importaba porque ya no iría más. Sabía que se estaba muriendo, Matías, lo sabía.

—Joder —susurró su amigo.

—Sabes cuál es ese hospital, ¿verdad? Nosotros lo permitimos, nuestro partido le hizo eso, Matías.

—Joder, joder, joder. —Matías se apartó el pelo de la cara, conocía bien a su amigo y sabía lo que estaba pensando—. Estás pensando... ¡No, no puedes, Julio!

—No puedo callarme más.

—No sabes lo que dices...

Los periodistas estaban listos.

—¿Me escuchan bien? —dijo Julio acercándose al micrófono.

Todas aquellas caras atentas asintieron expectantes.

—He convocado esta rueda de prensa para hacerles partícipes de mi decisión de renunciar a mi escaño de senador. Hace tres días murió una mujer en mis brazos a escasos metros del Hospital General. Esa mujer me explicó el viacrucis al que la había sometido una sanidad demasiado saturada y con muy pocos medios para atender a personas como ella, que de verdad lo necesitan. Me contó que fue maestra durante más de cuarenta años y que no se casó ni tuvo hijos que pudiesen ocuparse de ella en el final de su vida. Durante cuarenta años cumplió religiosamente con su país, pagando sus impuestos y cotizando mes a mes

para tener una vejez digna. —Se detuvo para mirar a los periodistas que tenía frente a él. A la mayoría los conocía y a casi ninguno le importaba lo que estaba contando. Respiró hondo y continuó—. Me explicó cómo una enfermera le había pinchado hasta siete veces por ser incapaz de encontrar una vena de la que extraerle sangre. Y me dijo que esa enfermera de más de cincuenta años tenía los ojos llenos de lágrimas porque no quería hacerle daño, pero llevaba trabajando tres turnos de doce horas y no se aguantaba derecha. Y por último me habló del médico joven y sin experiencia que le había dicho que lo que le ocurría era por la pila —el senador hizo una pausa dramática—, por la pila de años que tenía. Sí, ese sanitario fue tan cínico de hacer una broma como esa a una anciana a la que solo le quedaban unos minutos de vida.

Los periodistas escuchaban, con más o menos interés, mientras trataban de dilucidar la relación de aquel triste suceso con la dimisión del senador.

—Mientras esperábamos a que llegara una ambulancia, que tardó media hora a pesar de que estábamos a escasos minutos del hospital, la anciana falleció. Su nombre era Teresa Viudez. —El senador volvió a mirar a los periodistas, que empezaban a sospechar de qué iba aquella rueda de prensa—. Se preguntarán ustedes por qué los he convocado, ya

imaginan que no es para contarles este tristísimo suceso. La cuestión es que, después de que una pobre mujer, desamparada y sola, muriese en mis brazos, me he dado cuenta de que soy un ser humano. Sí, soy político, pero también corre sangre por mis venas y tengo abuelos, padres y hermanos.

Matías cerró los ojos. Estaba claro que se había lanzado al precipicio.

—Estoy aquí para denunciar los tejemanejes de algunos miembros de mi partido para beneficiarse de la privatización de varios centros sanitarios de nuestra ciudad, entre ellos el hospital en el que atendieron a Teresa. Son tres las compañías que se han repartido las concesiones de estos centros sanitarios, tres grandes grupos sanitarios que poseen la mayor red hospitalaria privada de España y que, además, tienen relación con empresas y fondos de capital riesgo de Reino Unido. Las tres compañías tienen entre sus asociados a personas cercanas o familiares de miembros de mi partido.

»Durante meses he escuchado algunas conversaciones que ahora mismo me hacen enrojecer de vergüenza por haber mirado a otro lado y no haber dicho nada cuando debía. Quizá, si lo hubiese hecho, Teresa Viudez estaría ahora mismo en su casa, cuidando de su gato y pensando en qué libro leer esta

noche.

»Esta mañana he presentado toda la documentación ante el Juzgado número uno de nuestra ciudad para que se ejerzan las acciones pertinentes.

El rumor entre los periodistas daba cuenta de la carga de profundidad que había soltado con aquella declaración. Sus caras eran ahora la viva imagen de la acción periodística.

—La muerte de Teresa me conmovió y me sacudió profundamente —siguió Julio Dante—. No me he beneficiado de ningún modo de estos hechos que denuncio, pero era conocedor, como muchos de mis compañeros, y considero que eso me invalida para representar a los ciudadanos que me votaron.

Matías lo observaba sin poder evitar pensar en lo bien que hablaba y lo seguro que se veía allí arriba destruyendo su carrera política y su posición social. Se preguntaba a qué se dedicarían a partir de ese día. Tendrían que buscar un trabajo, no podrían volver a sus puestos anteriores. ¿O Julio pensaba regresar al negocio familiar? Su abuelo estaría contento.

—Entiendo que desean hacerme preguntas. —Julio mostraba una triste sonrisa—. Estoy seguro de que comprenden que no puedo responderlas hasta que haya declarado en el juzgado. Sé que quieren nombres y, de momento, no puedo dárselos. Les conmino al momento

en el que el juez me permita hacer declaraciones. En ese momento responderé a todas sus preguntas sin ninguna reserva.

—Díganos al menos si piensa dimitir —dijo la periodista de El Periódico de Cataluña.

—Ya lo he dicho al comienzo de esta comparecencia —respondió—: Esta misma mañana he renunciado a mi escaño.

—¿Dejará también el partido? —preguntó un reportero de El País.

—Sí, dejaré también el partido.

—¿Ha hablado con el Presidente del Gobierno para explicarle todo lo que sabe? —Ahora era un representante del Diario Público.

—No —respondió taxativamente.

—¿Piensa usted que esto le dará rédito político? —preguntó un periodista de La Razón—. ¿Le han hecho alguna oferta en algún otro partido?

Julio sonrió asqueado, y negó con la cabeza.

—No voy a cambiar de partido y no, no me han ofrecido nada. Gracias a todos por venir. Buenas noches.

Se alejó del estrado perseguido por los flashes y el sonido de los disparadores de las cámaras que querían captar alguna expresión comprometida en su rostro. El teléfono vibraba cuando Matías se lo entregó.

—Es el presidente —dijo muy serio.

Julio miró la pantalla y apretó el botón rojo. Su amigo movió la cabeza con preocupación. Nadie le cuelga al Presidente del Gobierno.